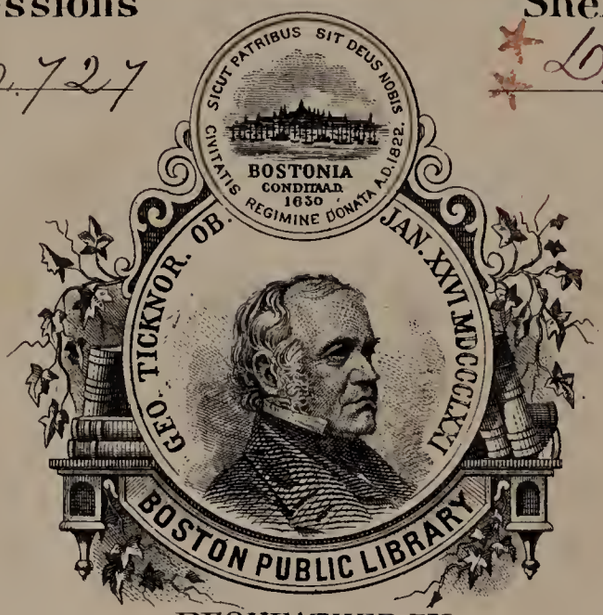
Accessions
116.727

Shelf No.
D. 150.32



BEQUEATHED BY
George Ticknor.
Recd. Apr. 26th 1871.

POESIAS.

A Mr. Jorge Ticknor, insigne literato y crítico eminente, en testimonio de distinguida consideración,

El Autor

Derechos de propiedad reservados.

EDICION DE 400 EJEMPLARES.

Núm. 99

José Lamarque
de Novoa
1999

J. 150. 32

POESIAS

DE

D. JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA,

ENTRE LOS ARCADES DE ROMA

IBERO ABANTIADE.

SEVILLA.
Imprenta de Manuel P. Salvador, Colon, 10.
—1867.—

PRÓLOGO.

D.100
.32

116727
.028.7.1

PRÓLOGO.

Dichosamente la centralizacion que, entronizada en la vecina Francia al espirar el pasado siglo y en los albores del presente por la tiranía revolucionaria y el despotismo napoleónico, ha sido despues importada entre nosotros, no ha logrado aun, ni creo que logrará en mucho tiempo, concluir con la fisonomía particular y la existencia autonómica de las diferentes porciones que constituyen nuestra España. Si el régimen á que aludo puede ser conveniente y aun necesario en el terreno de la política, y hasta determinado punto, y solo hasta determinado punto, en el administrativo, indudablemente es dañoso y de funestos resultados si se le considera bajo el punto de vista científico, literario y artístico; como que tiende á matar todo vuelo de la imaginacion, todo arranque de la inteligencia, todo generoso estímulo que no tomen como punto de partida el centro consagrado de todo saber, que no se concibe pueda ser otro que la capital del Estado, ó no vayan á recibir en él la sancion, si así puede decirse oficial, y merced á la que ya es lícito á presentes y venideros aplaudir y admirar lo que sin tan imprescindible requisito apénas se juzgaría digno de ocupar ni por un breve instante la atencion pública.

Sistema tan absurdo y esterilizador y que á la larga practicado no es posible que deje de dar amargos frutos en todo pais, daríalos aun más lastimosos, si llegara á arraigarse, en el nuestro, donde por carácter y por antecedentes históricos, tanta y tan poderosa vitalidad conservan todavía las más cultas é importantes ciudades que de él forman parte, y que, célebres ya en las artes, ya en las letras, ya en las ciencias, ya en unas y otras, sería por demas sensible que sucumbiendo bajo el rodillo nivelador, y abdicando toda gloriosa aspiracion, dieran al olvido sus preciadas tradiciones y se resignasen á ser frías y humildes espectadoras del movimiento intelectual en el centro geográfico de la nacion. Concretándome á Sevilla, donde este libro se dá á la estampa, y á la parte poética, á que él pertenece, sería por estremo doloroso que la ciudad que vió florecer á Al-Motadid y á Ibn-Said, á los líricos doblemente excelsos de la régia estirpe de los Abbadidas y á tantos otros cantores, honor de la España árabe; que escuchó despues entusiasmada las sublimes inspiraciones de Herrera y de Rioja, y los claros acentos de Jáuregui, Arguijo, Alcázar, Cetina y otros no ménos dignos de recuerdo; y finalmente, que vió no há mucho renovada su gloria por los Listas y Reinosos, los Arjonas y Blancos, los Castros y Roldanes, dejara de abrigar dentro de sus muros en la época presente á poetas dignos de continuar su espléndida historia literaria. Mas como esto no podia ser, no ha sido, y no pocos nombres de verdaderos y eminentes vates son prueba irrecusable de que el génio vivificador que tanto elevó en el concepto de propios y extraños á la célebre metrópoli andaluza, no solo no se ha extinguido, sino que, alzándose pujante y lleno de vida, alcanza cada dia nuevos triunfos, y ciñe con nuevos laureles la tantas veces laureada frente de la reina del Guadalquivir.

Entre ellos figura con justicia el del poeta á cuyas composiciones tengo el grato deber, impuesto por la cariñosa amistad que á él me une, de escribir un prólogo, y no he de menester repetirlo yo, cuando ya la portada ha dicho al lector que en este libro se contienen las producciones de D. José Lamarque de Novoa.

Una rápida ojeada sobre ellas basta para dar á conocer su espíritu y tendencias. Uno y otras son tan rectos como genuinamente españoles. El santo amor á la Religion y á la Pátria, tan aunados en nuestro suelo; la lealtad monárquica, timbre esclarecido de esta tierra de España, donde, segun la exacta y conmovedora frase de un orador célebre en el seno de la Representacion nacional, han pasado quince siglos gritando ¡*Viva el Rey*!; el más acendrado cariño á cuanto constituye el hogar doméstico, base firmísima de nuestra sociedad; los impulsos de la amistad más generosa, que, con raras excepciones, tan poderosos han sido siempre entre los vates con que se honra nuestra nacion, y muy en particular Sevilla, hé aquí los móviles á que más principalmente obedece y los objetos que con más predileccion canta el poeta cuyas composiciones forman el presente libro.

En cuanto á la forma en que las inspiraciones de Lamarque han sido expresadas, basta tambien abrir su coleccion á la ventura, para comprender que el poeta es verdaderamente digno de este nombre. Frase tan correcta y castiza como pudiera desear el más ardiente y entusiasta partidario de la inmortal Escuela Sevillana, la más pura y noble en su diccion de cuantas ilustran nuestro Parnaso; versificacion fluida y sonora siempre, grandilocuente y magestuosa cuando la gravedad y la elevacion del asunto lo exijen, blanda y apacible cuando la llaneza de este ó la dulzura de

los sentimientos que la inspiran así lo requieren; maestría grande en el modo como los asuntos son tratados; facilidad en el manejo de los diferentes métros y en el cultivo de los distintos géneros, hé aquí las dotes que avaloran las poesías de Lamarque.

Si el lector quiere tomarse la molestia de comprobar conmigo la exactitud de cuanto acabo de afirmar, y prefiere, lo cual le aconsejo que no haga, detenerse algunos momentos más en el prólogo, á anticiparse el placer de gustar por sí mismo las bellezas que he enumerado, fíjese conmigo, entre otras que pudiera elegir, en la poesía Á LA SANTÍSIMA VÍRGEN MARÍA EN MONSERRAT, justamente laureada en público certámen por la Academia Bibliográfico-Mariana. Pocas composiciones pueden ser más dignas del honor que á esta cupo. Constituye un pequeño poema en el cual se reunen y compendian, por decirlo así, todas las más distinguidas prendas literarias que á su autor enaltecen. La invocacion es bellísima; en ella se revela ardorosa y entusiasta la fé del poeta, fé á la cual puede sin duda aplicarse en esta ocasion aquel feliz apóstrofe de un preclaro representante de la moderna Escuela sevillana, D. Juan Justiniano, cuando en su comenzado poema *Hernan Cortés*, exclama dirigiéndose á la fé cristiana:

Y abrazada á la Cruz corres á ciegas
Y á puertos siempre y á ciudades llegas.

Con el sentimiento religioso, que á tan buen puerto conduce á nuestro poeta, únese en la invocacion otro sentimiento igualmente poderoso, como ya he hecho observar, en su corazon, el del amor pátrio, y no son ménos felices los versos que á expresarlo consagra. Los que afectando despreciar la forma, que en la poesía es á la par el pulimento y el

precioso y artístico engarce que hacen lucir en todo su esplendor la belleza del pensamiento, joya riquísima del arte, pretenden que la bondad de aquella solo se alcanza á expensas de este, y quieren presentar como premiosas y destituidas de expontaneidad las composiciones adornadas de cualidad tan importante, tienen ocasion de convencerse de su error leyendo esta y las demas producciones de Lamarque. Si de buena fé lo hacen y con la misma buena fé revelan la impresion que hayan recibido, habrán de confesar que la forma y el pensamiento se completan y avaloran mútuamente constituyendo dos partes de un todo indivisible, y que solo quien no merezca el nombre de poeta puede encontrarse embarazado por la frase y la versificacion al trasladar al papel sus concepciones. ¡Desdichado el poeta que se vea obligado á sacrificar el pensamiento á la forma, y tenga que andar rebuscando frases para expresarlo, ó que inclinar humilde la frente ante la absurda tiranía del consonante! ¡Desdichado á su vez el crítico que al juzgar una obra poética se empeñe en rebajar y encontrar defectos á la forma, precisamente por ser buena, y la moteje de amanerada y relamida sin serlo más que en su imaginacion, y no comprenda que el expresarse bien un buen poeta es tan sencillo y natural como el que lo haga en correcto y oportuno lenguaje cualquiera persona bien educada, y en torpes y mal zurcidos términos un rústico grosero! Si sobre ser bueno lo que se dice, se dice bien, tanto mejor; censurarlo equivaldría á motejar de poco enérgicas las Filípicas de Demóstenes por no haber usado el gran orador en ellas el *expresivo* lenguaje de un carretero.

Muy léjos me ha llevado esta digresion, no inútil en verdad, de la oda á que me iba refiriendo. Ocupándome de nuevo en su exámen, diré, que si la invocacion merece elo-

gios, no los merece ménos el resto de la poesía. La descripcion que en ella se hace de la célebre montaña es un acabado trozo de este género; la historia de la imágen; la evocacion de la homérica epopeya de los ocho siglos; la enumeracion de los nuevos triunfos que á la excelsa Señora debe España; el triste abandono en que despues ha yacido el glorioso santuario; el bello apóstrofe á la Vírgen sin mancilla; el recuerdo que en la última parte de este se consagra al santo huésped del Vaticano; la ferviente aspiracion que al terminar expresa el poeta, todo es á cual más digno de encomio, y perteneciendo á muy distintos géneros ofrece anchuroso campo, que aquel sabe aprovechar, para que luzcan en todo su brillo las varias dotes que lo distinguen.

¿Adelantaría algo el lector con que yo hiciera detenido análisis de las composiciones todas de este libro? ¿No las tiene á su alcance? ¿Á qué impedirle que por sí mismo las juzgue, sin que yo desflore la virginidad de las impresiones que han de causarle? No haré pues, tal, y limítome por tanto á indicarle como más dignas de su atencion, empresa difícil y muy ocasionada á error tratándose de un libro en que tantas la merecen, las tituladas: Á Ntro. Sto. Padre Pio ix, de tan briosa entonacion, y donde bajo tan verdadero colorido aparece el santo, apacible é indefenso anciano, más fuerte en su aislamiento, que sus injustos, encarnizados y prepotentes enemigos; al insigne pintor murillo, brillante homenaje rendido al príncipe de los pintores andaluces; al mar, que forma noble contraste en uno de sus puntos con la bajo otros conceptos sublime oda de Quintana; anhelo del alma, no ménos bella y harto más consoladora que la preciosa poesía que con el título de *La Ultima Puerta* forma parte de esa joya de la literatura contemporánea que se llama

Ráfagas poéticas de Arístides Pongilioni; EL LLANTO DE UNA MADRE, rica de sentimiento é impregnada en el heróico espíritu que animó á los valerosos marinos españoles al acometer bajo los muros del Callao una operacion de guerra, de cuyo mérito solo pueden juzgar los que científicamente conozcan la inmensa desventaja que toda escuadra tiene al pelear contra baterías terrestres, por débiles que séan, y harto más siendo tan formidables como en esta ocasion lo eran; EL OTOÑO, cuya lectura hace experimentar al alma todas las suaves emociones y toda la dulcísima tristeza que siempre produce la más poética estacion del año; HERO Y LEANDRO, y LA MUERTE DE SAFO, en las cuales evoca Lamarque con elevado estro estas interesantes figuras de la antigüedad griega; Á LAS RUINAS DE ITÁLICA, no indigna ciertamente de su asunto y no ménos sentida y melancólica que la del esclarecido vate cuyo recuerdo tan oportunamente tráen á la imaginacion dos de sus estrofas; Á ERCILIA, bajo cuyo pseudónimo compréndese desde luego que se oculta el nombre de la inspirada poetisa Doña Antonia Diaz, feliz y merecida compañera de su digno cantor, que en las composiciones á ella dedicadas nos dá á conocer con sin igual encanto y con el lenguaje de la más pura y delicada pasion, cómo lo que empezó amistad, transformóse despues en amor, y en amor que no ha de acabar sino con la vida.

Mencion especialísima tambien merecen las *Leyendas*, que con el título de SUEÑOS DE PRIMAVERA, componen, con un precioso ROMANCE HISTÓRICO y un ADIOS Á LA LIRA, que felizmente quedará sin efecto, la segunda parte de este libro, pues si en las POESÍAS LÍRICAS, que forman la primera, muestra Lamarque la altura á que raya en el género en que más han sobresalido los buenos escritores de la Escuela de Se-

villa, en este otro, cultivado con tan feliz éxito por el ilustre Duque de Rivas, honra de la nobleza y de las letras españolas, y por Zorrilla, grande y verdadero poeta, apesar de su voluntario desaliño, muestra dotes nada comunes y reune á ellas al propio tiempo que atinado gusto en la eleccion de los asuntos, gran conocimiento de las épocas en que sus personajes florecieron. Esta clase de composiciones, que, si nuevas en su nombre y en su forma entre nosotros, no lo son, como ha hecho observar un docto crítico al juzgar las del Duque de Rivas, en su índole y esencia, pues concuerdan cuanto es posible con las de nuestro admirable y popular romance, préstanse mucho á que campéen así las prendas de narrador que deben adornar al poeta que á ellas se dedique, como su conocimiento del corazon humano y de los resortes que en él hacen dormir tranquilas ó estallar como embravecido volcan nuestras pasiones, y participando á un tiempo mismo de la índole de la poesía lírica, de la novela y aun del drama, ofrecen en cambio no escasa dificultad si ha de conseguirse que el lector halle, ademas de agrado, verdadero interés en lo que lée. Sin temor de ser desmentido, puede afirmarse que Lamarque ha logrado vencer en las suyas esa dificultad. El injusto sacrificio de los hermanos Carvajales y el pavoroso emplazamiento del Monarca que lo ordenó; los infortunios de la sin ventura Doña Blanca, melancólica é interesantísima figura de la por demás angustiosa época que precedió al reinado de los Reyes Católicos, el más glorioso que registra la historia pátria, y que es en ella irrefutable ejemplo de que basta una direccion suprema, inteligente y firme, para transformar como por mágia el estado de un pais, y elevarlo desde el abismo de la postracion y la anarquía á la más excelsa cumbre del poder y de la

grandeza; los desdichados amores de la angelical Elvira de Ledesma, han hallado en Lamarque felicísimo intérprete, y acaso sea este el género de poesía en que más sobresalga.

Á riesgo de entrar en un campo vedado, pues mi mision no es otra que escribir un prólogo á las poesías que hoy, y en este volúmen, se ofrecen á la consideracion pública, voy á dar á conocer dos cosas al lector, que creo ha de perdonarme fácilmente, y aun ha de felicitarse de mi intrusion. Es la primera, que no todas las composiciones de Lamarque se contienen en la presente coleccion; muy en breve otro tomo formado únicamente de preciosas Baladas, género nacido en otros climas y recientemente importado entre nosotros, ha de aparecer al público para conquistar nuevos plácemes á su autor. Es la segunda, una de dichas Baladas, que á fin de que los lectores tengan el gusto de saborear desde ahora, avivando su deseo de conocer así mismo las demas, copio á continuacion:

VENGANZA DE UN NOBLE.

BALADA.

I

Fuése el conde don Ramiro
Al asedio de Granada,
Dejando á su esposa amada
En su castillo feudal.

Y al partir: «Guarda, le dijo,
»Tu honra más que mi tesoro,
»Que en mucho estimo el decoro,
»Y en muy poco mi caudal.
»Si aquella una vez se pierde
»Tarde ó nunca se recobra,
»Mas el vil oro se cobra
»Por la suerte y el valor.
»Y al volver aquí triunfante
»De vengar justos agravios,
»Cual hora encuentre en tus labios
»Dulce sonrisa de amor.»

Esto diciendo el buen conde
Montó á caballo ligero,
Y por agreste sendero,
Seguido de sus parciales
Y de sus deudos leales,
De sus tierras se alejó.
Y la bella castellana
Perderse en la selva, perderse le vió;
Y al separarse de la ventana
Un rayo de gozo, de dicha liviana
Su frente inundó.

II

Tornó el conde don Ramiro
Victorioso de la guerra,

Mas al llegar á su tierra
Con su mesnada leal,
Tristes nuevas de su honra
Tuvo, y de su esposa bella,
Y juró vengarse de ella
Por traidora y desleal.
Que en su ausencia requirióla
De amor un noble extrangero,
Á quien llaman don Gualtero,
El duque galanteador.
Y ella obsequiosa aceptando
Sus lisongeros favores,
En mas tuvo estos amores,
Que de su esposo el honor.

Ardiendo en ira el buen conde
Volvió riendas, y ligero,
Por ignorado sendero,
Seguido de sus parciales
Y de sus deudos leales,
De sus estados salió.
Y sin perder una hora
Á Francia atrevido, á Francia llegó:
Del duque al castillo se acerca, que honora
Blason coronado, y en él vengadora
Su lanza clavó.

III

Firme el conde don Ramiro,
Confiado en su pujanza,
El dia de su venganza
Mira tranquilo llegar,
Que audaz su rival odioso
Retólo á lucha de muerte,
Mas él en Dios y en su suerte
Confía para lidiar.
Ya en el palenque se miran:
Mas el conde á don Gualtero
Así le dice altanero
Á punto de acometer:
»Para triunfar de las damas
»Sagaz fuísteis y arrojado,
»Probad que sabeis, osado,
»Á los varones vencer.»

Y lanzándose con brio
Contra su contrario aleve,
Logró desarmarlo en breve;
Y á vista de sus parciales
Y de sus deudos leales,
Por tierra lo derribó.
Y su cabeza cortando,
De Francia con ella, de Francia partió,
Asombro á las huestes del duque inspirando;
Y el mismo camino pausado tomando
Á España tornó.

IV

Llegó el conde don Ramiro
Macilento á su morada,
Y á su encuentro, apresurada
Acudió la esposa infiel,
Y sin ver que cauteloso
Su dolo está comprendiendo,
Dulce sonrisa fingiendo,
Los brazos tendió hácia él.
»Aparta, muger perjura,
»Dice airado, y la rechaza;
»Y pues de engañarme traza
»Te diste, sin fé ni honor;
»Para que sin tregua goces
»De tus viles devaneos,
»Toma, y sacie tus deseos
»Esta prenda de tu amor.»
Y á sus piés, del duque arroja
La cabeza ensangrentada;
Y ella trémula, turbada,
Ante el conde y sus parciales
Y ante sus deudos leales,
Casi exánime cayó.
Mas sin piedad el esposo
Á ocultas prisiones llevarla mandó,
Do pase su vida sin paz ni reposo:
Así don Ramiro, de su honra celoso,
Su afrenta vengó.

La insercion de tan bella poesía habrá indemnizado al lector, cuya benevolencia séa tanta que haya malgastado su tiempo deteniéndose en el prólogo, de pérdida tan sensible, y para no exponerme de nuevo á incurrir en su desagrado, doy término á estos renglones, no sin expresar ántes el gozo que me cáusa el considerar que si la manía centralizadora ha privado á Sevilla de que en la célebre Universidad que aleccionó al insigne Arias Montano, se llegue al límite oficial del saber, simbolizado en la obtencion del primero y más importante de los grados académicos, no ha podido privarla de que, como protesta viva y elocuente, salgan de sus prensas libros que, segun lo hace el de Lamarque, vengan á demostrar cuán inextinguible es en ella la sávia inspiradora que inmortalizó su nombre al elevar á la más alta gloria los de los padres y fundadores de la esclarecida Escuela Sevillana.

Fernando de Gabriel.

A LA MEMORIA

DE MI BUENA Y QUERIDA MADRE

LA SEÑORA

DOÑA MARIA DEL CARMEN DE NOVOA Y CAMPOS

DE LAMARQUE.

POESÍAS LÍRICAS.

Á DIOS

EN EL AUGUSTO SACRAMENTO DE LA EUCARISTIA.

Ego sum panis vivus,
qui de cœlo descendi.
(S. Joan. cap. 6. *v.* 51.*)*

Mi humilde lira dadme, que en cántico sonoro
De Dios la omnipotencia mi labio ensalzará;
Y el pensamiento en bello, feliz sueño de oro
Cual vagarosa nube al cielo se alzará.

¡Oh, quien del rey profeta el arpa melodiosa
Tuviera, y la fecunda, sublime inspiracion!
Mi trova fuera entonces más grata y armoniosa
Que la que entona el ave, dulcísima cancion.

Yá lejos del revuelto, inmenso mar del mundo
Embriágase mi alma de místico placer;
Y ardiendo en viva llama de santo amor profundo,
De la materia el lazo intenta audaz romper.

¡Jehová, tú eres la vida!... El alto firmamento
Y la anchurosa tierra se alzaron á tu voz;
Y en el inmenso espacio, más rápidos que el viento,
Mil mundos se agitaron de tu mirada en pos.

¡Jehová, tú eres la vida!... El puro sol brillante
Que alumbra de cien orbes la ignota inmensidad,
Es solo de tu gloria destello rutilante,
Sujeto á tu sagrada y eterna voluntad.

Yo admiro, Dios supremo, tu inmenso poderío
En el sulfúreo rayo, del trueno en el fragor;
En los hirvientes mares, en el sonante rio,
En el tremendo empuje del noto bramador.

Y en la callada noche, cuando las áuras leves
Los cedros seculares agitan al pasar,
Parece que tu planta en los espacios mueves,
Y el eco de tus pasos figúrome escuchar.

Mas ¡ay! que en vano espero que á mí llegues radiante
Como bajar te viera Moisés al Sinaí:
Conozco no soy digno de ver tu almo semblante...
Mi pensamiento solo volar puede hácia tí.

¡Oh Dios tres veces santo! Y ¿quién tu omnipotencia
Y tu bondad sublime podrá desconocer?
Yo admiro los destellos de tu divina ciencia,
Y humildemente adoro tu incomprensible Sér.

Un tiempo fué que el hombre tus leyes olvidando
Mil crímenes y horrores terribles cometió;
Y audaz, y torpe y ciego, de tu poder dudando,
Á impuros, falsos dioses sacrílego adoró.

Mas pronto de tu ira los rayos tremebundos
Lanzaste, y convertidos no más que en polvo vil,

Se vieron los altares, los ídolos inmundos
Que torpe objeto fueran de adoracion servil.

Y entonces tu Hijo amado bajó al mísero suelo
Para salvar al hombre del yugo de Luzbel;
Y dióle nueva vida, y dióle *el pan del cielo*
Y *de salud el cáliz*; eterna union con Él.

¡Oh Dios! Yo reconozco tu gran misericordia
En este sacramento que nos libró del mal:
Él es el lazo fuerte de la feliz concordia
Que existe entre el humano y el Sér que es inmortal.

Y aun cuando no soy digno que á mí llegues radiante
Como bajar te viera Moisés al Sinaí,
Á tí ráudo se alza mi espíritu anhelante,
Y al ver la sacra Hostia mi fé te adora allí.

¡Señor, por tí fué el mundo!... Mas ¡ay! llegará un dia
En que en la nada horrenda á hundirse volverá.
Así la aterradora, sublime profecía
Cual de Daniel los sueños cumplida se verá.

¡Señor, todo lo puedes!... En esa hora de espanto,
Cuando en los aires ruja la ronca tempestad...
¡Oh! cúbrenos piadoso con tu divino manto,
Y sálvese, Dios mio, la triste humanidad.

A LA SMA. VÍRGEN MARÍA

EN MONTSERRAT. (1)

Repleatur os meum laude, ut cantem gloriam tuam: tota die magnitudinem tuam.
(Psalmo LXX. v. 8.)

No en las ardientes alas
De bélico entusiasmo el alma mia
Hoy afanosa elevará su vuelo;
Ni absorta al ver las deslumbrantes galas
De grandezas y pompas mundanales
Las vanas glorias cantará del suelo:
No, que en más puro anhelo
Mi enajenado corazon se inflama,
Y ante tu altar, inmaculada Vírgen,
Ardiendo en viva llama
De sacrosanta fé, mi pensamiento
Á la etérea region ráudo se eleva,
Y humilde y venturoso,
Férvidos himnos á tus plantas lleva.

Acéptalos, Señora; que mi labio
Pueda cantar tu célica hermosura;

Pintar el amoroso
Semblante, de bondad y gracia lleno,
Con que al mundo te muestras, ya humillando
Del soberbio Luzbel la altiva frente;
Ya apacible calmando
Las crespas ondas de la mar hirviente
En desatada tempestad bravía;
Ó bien cuando á tu influjo en las batallas,
Sedientas del láurel de la victoria,
Conquistaban, con bélica osadía,
Fúlgidos timbres de perpétua gloria
Las nobles huestes de la patria mia.

¡Oh España, ilustre España!....
¿Qué pueblo consiguiera
Láuro mas bello presentar al mundo
Que el digno láuro que tu sien decora?
Esclava de María
Orgullosa mostrabas por do quiera
Los altos templos que en tu amor profundo
Á la Madre del Verbo levantabas,
Y con santa piedad, nunca extinguida,
Insigne ejemplo á las naciones dabas.
¡Ah! ¿Cómo al recorrer las populosas
Ciudades que se admiran en tu seno,
Tu campiña feraz de mirto y rosas
Y de frutos dulcísimos vestida,
Fúlgidas galas que le presta el Cielo,
De la Fé no sentir el puro anhelo
Y la esperanza de la eterna vida?
¡Santuarios do quier! ¡Do quier el signo

De nuestra santa Religion sublime!
Parece que su vista
Perenne dicha al corazon imprime;
Y al contemplar en silencioso templo
De la Madre de Dios el busto santo,
Feliz al Cielo se remonta el alma
Bajo la sombra de su níveo manto.

Mas, como perla entre coral luciente,
Cual la cándida estrella de la aurora
Del grato abril al despuntar el dia,
Aparece en su trono refulgente
Una entre todas peregrina imágen
Que célicos encantos atesora.
Contémplase grandiosa su morada
Del elevado Montserrat umbrío
En la peña escarpada,
Y á la sombra de fértil enramada
Corre á sus plantas apacible rio.
Allí donde las águilas caudales,
Vencedoras del viento,
Entre las fuertes rocas desiguales
Tienen su firme asiento;
Allí en medio de rústica belleza
Se alza la mente á la sublime altura,
Y, olvidando feliz la tierra impura,
Sueña de Dios con la eternal grandeza.

¡Ah! ¿Quién al penetrar en el tranquilo
Y solitario albergue,
En otro tiempo venerable asilo

De justos, sapientísimos varones,
No se siente un instante arrebatado
Á más dichosa edad?.... Nuestra memoria
De aquel templo sagrado
En los gratos recuerdos se enajena,
Y de la Imágen la piadosa historia
Evoca el alma de entusiasmo llena.
Recordadla, cristianos:
En brazos de un Apóstol conducida
De Barcino en las playas aparece;
La multitud, de gozo estremecida,
Vítores mil y cánticos le ofrece;
Y al contemplar en ella
El fiel traslado de la Vírgen bella,
Que es del que sufre celestial amparo,
«Llega, le dice, matutina estrella,
Ven y serás el luminoso faro
Que á las virtudes servirá de guia;
Augusto santuario te alzarémos,
Y humildes á tus plantas rendirémos
Homenajes y ofrendas á María.»

Y alzóse el templo, y á los piés del ara
Santos, reyes y pueblos se humillaron,
Y siete siglos de ventura y gloria
Tus hijos, noble Iberia, contemplaron.

Empero ya el momento
De la expiacion tremenda se acercaba
Para el Monarca indigno, que olvidado
De religion y patria, descuidado

Á lascivos placeres se entregaba.
Presto las puertas de la fiel Tarifa,
De un vil traidor, por la maldad guiado,
Se abrieron á la intriga miserable;
Ráudas las tribus de Ismael osadas
La Bética invadieron,
Y tras ruda batalla formidable
El cetro godo y su poder se hundieron.

¡Ay, que ya el Guadalete enrojecido
Vá publicando la victoria cierta
Del Árabe temido,
Y del triste Cristiano los dolores!....
¡Ay, que ya los sangrientos invasores
De Barcino á las puertas se adelantan,
Y al escuchar del pueblo los clamores
Su fácil triunfo con orgullo cantan!
¿Será la santa Imágen peregrina
Triste despojo de sus torpes manos?....
No, jamás: ya un ilustre
Prelado se encamina
Al escarpado, silencioso monte
Que humilde besa el Llobregat sonoro:
Sobre sus hombros venerable carga
Con paso incierto y tembloroso lleva,
Y por un noble godo conducido
La deposita en solitaria cueva.
Y al alejarse acaso para siempre
De aquel monte y del Busto sacrosanto,
Así exclama, con eco dolorido,
De sus ojos vertiendo acerbo llanto:

«Guarda, guarda en tu seno,
Fuerte risco, tan célico tesoro;
No en tus cumbres jamás el Agareno
Ose imprimir su destructora huella;
Que en tí dejamos, con dolor profundo,
La imágen sacratísima de aquella
Que en las penas del mundo
Es fuente de esperanza y de consuelo:
Concha serás de perla misteriosa
Que por nosotros te confía el Cielo.
Y tú, Madre amorosa,
Por las lágrimas tristes que derraman,
Por las fervientes súplicas que elevan
Los fieles hijos que tu nombre aclaman
Y hoy hondo cáliz de amargura prueban,
Ahuyenta la ansiedad que les oprime,
Tiende, Señora, tu benigna mano,
Y á tu pueblo redime
Del ominoso yugo mahometano.
Haz que llegue la hora
En que, fúlgido sol de esta montaña,
Torne á lucir tu imágen bienhechora;
Que de tus hijos el amparo sea,
Y, protectora de la madre España,
El orbe todo tu grandeza vea.»

Dijo; y cual si presente
Tuviera lo futuro ante sus ojos,
El grato anuncio se miró cumplido.
Tras largos años de sangrienta lucha
Del Musulman los bélicos laureles

Trocáronse en abrojos,
Y ante el bravo Español gimió vencido.
Barcino se entregaba á la alegría
Del bárbaro opresor al fin salvada,
Que ya en sus muros tremolar veía
La sacrosanta enseña que debía
Brillar más tarde en la oriental Granada.

Empero bien más alto y permanente
Quiso otorgarle en su bondad inmensa
El supremo Hacedor omnipotente.
Era una noche plácida y suave
Del floreciente Mayo;
Tímida luna, en lánguido desmayo,
En el mar de occidente se ocultaba,
Y con acento grave
El viento en la floresta murmuraba.
En esplendor bañado
El Monserrat de súbito aparece,
Óyese el canto de celeste coro,
Y vaga nube de amaranto y oro
En elevada cima resplandece.
Á contemplar tan singular prodigio
El pueblo presuroso se adelanta,
Y, salvando del monte la aspereza,
Oculta cueva mira entre maleza
Á do penetra con segura planta.
Empero ¿qué grandiosa maravilla
Viene de todos á embargar la mente?
De improviso descúbrense la frente,
Doblan enagenados la rodilla.....

La imágen de la Vírgen sin mancilla,
Del antro oscuro en escondida estancia,
Con Jesús en los brazos
Á sus ojos atónitos se muestra:
Suavísima fragancia
Difunde en derredor, vivo destello
De luz fulgente y pura
Circunda en torno su semblante bello....
¿Qué más alta hermosura
El fervoroso espíritu cristiano
En éxtasis divino soñaría?
Así, cercado de radiante lumbre,
Jesús á sus discípulos amados
En la elevada cumbre
Del sagrado Thabor se mostraría.

Ya eminentes varones, rodeados
De la entusiasta multitud que llena
Con vítores el viento,
Conduciendo la Imágen sacrosanta
Á la ciudad cercana se encaminan:
Mas, ah, ¡nuevo portento!
¿Qué poderosa mano
Sus plantas á las rocas encadena?
¿Quién del cristiano pueblo de María
La generosa voluntad enfrena?
¡Oh! dejadla, dejadla; es que no quiere
Abandonar su albergue misterioso:
Otro templo le alzad en ese monte
Do en apacible calma
Nueva vida parece

Del alto Cielo recibir el alma,
Y un aire respirar menos impuro.....
Ella en su excelso trono
Será la blanca nube que se mece
De la esperanza en el oriente puro,
La escala santa de Jacob que ofrece
Fácil camino al *inmortal seguro.*

¡Ah! ¿Quién narrar pudiera los blasones
Los altos timbres de su nueva historia?
Subid al Montserrat, y vuestros ojos
Atónitos contemplen los despojos
De extrangeras naciones
Que príncipes y reyes
Á los piés ofrecieron de María....
Contad, contad sus triunfos.... Ah, que en vano
La mente con afan lo intentaría.
Ved allí las banderas
Que en Lepanto se alzaban arrogantes
Del potente Selim en las galeras;
Ved de Túnez los ínclitos laureles,
Digna alfombra á su planta,
De España gloria, encanto de sus fieles.
Y si buscais de paz dulces ofrendas,
La vista dirigid á la alta cimbria,
De lámparas ornada;
El camarin suntuoso, la estimada
Corona de brillante pedrería,
De sacrosanta fé fúlgidas prendas,
Un instante admirad, y absorta el alma
En la atmósfera pura y trasparente

De tiempo mas dichoso
Se agitará con entusiasmo ardiente;
Ó del órgano grave y sonoroso
Al escuchar la grata melodía,
De los antiguos, fieles peregrinos
Se fingirá los férvidos cantares,
Que el manso Llobregat entre sus olas
Ráudo llevaba á los tendidos mares.

Mas ¡ay! ¿por qué cercada
De ingrata soledad y honda tristeza
Hoy se contempla tu mansion, Señora?
¿Es que la duda y la impiedad ahora
Arrogantes se alzan? ¿Extinguida
La fé pudo quedar en nuestro pecho,
Y nuestra mente al seductor halago
Del mundano placer adormecida?
¡Deplorable verdad!... Época infausta!...
¿Qué importa que en el vago
Círculo del saber, de fama ansiosa,
Oh desdichada humanidad, despliegues
El mapa de tus triunfos, y orgullosa
Á contemplarlo con afan te entregues?
¿Qué importa, sí, que de tu seno bróten
Mil inventos y mil, si en sed de oro
Te abrasas, cual la Roma degradada
Del pérfido Neron y de Vitelio,
Y en el falaz tesoro
De tu mezquina ciencia
Se mira despreciada
La sublime verdad del Evangelio?

Oro y aplausos prestas al impío
Que niega de Jesús la omnipotencia, (2)
En tanto que la Iglesia en hondo duelo
Persecuciones llora,
Y el Padre de los fieles, sin consuelo,
Tu ciego error y tu ambicion deplora.

¡Oh inmaculada Vírgen!
¿Será que ya en la tierra
No brille la justicia? ¿Tu mirada
Del suelo apartas, con desden profundo,
Al ver de lodo inmundo
La miserable humanidad manchada?
¡Piedad, piedad, Señora!
Aun queda un noble pueblo
Que extraños cultos de su seno aleja,
Y solo al Dios omnipotente adora.
Contémplalo á tus plantas, oh María,
Y concédele pia
La salvacion que para el mundo implora.
Que su llanto copioso, del Eterno
Pueda alcanzar, por tu benigna mano,
El perdon á los míseros errores
En que se abisma el pensamiento humano,
Y llevar dulce alivio al triste anciano,
Al sucesor de Pedro en sus dolores.

¡Oh! dáme, Madre mia,
Que contemple la plácida alborada
De tan risueño y venturoso dia....
Que por siempre humillada

Se mire la impiedad, hoy arrogante,
Y la prole de Adan, por tí salvada,
Hosanna eterno á su Hacedor levante.
Sí; logre yo un momento
Disfrutar de tan célica ventura,
Y á tus plantas despues, oh Vírgen pura,
Tranquilo exhale mi postrer aliento.

A LA MUERTE DE JESÚS.

Aut Deus naturæ patitur;
aut machina mundi evertitur.
(Sanct. Dionis. Areopag.)

¿Por qué del almo cielo palidecen
Los vivos resplandores?
¿Por qué las sombras crecen
Y en triste noche umbría
Vése trocado de improviso el dia?
¿Por qué brama iracundo
Inquieto el mar, y en inflamada nube
El trueno estalla con fragor profundo?

¡Ay! que del alto Gólgotha en la cumbre
Fatídico se alza
Tosco madero, do en cruel suplicio
El Hijo del Eterno
Cual víctima se entrega al sacrificio.
Y bárbaros sayones
Martirizan al Justo,
É inícua multitud, que horror inspira,
Por la injusticia y la maldad guiada
Escarnece á su Dios, ardiendo en ira.
¡Ah! nada templa su furor creciente,

Ni de Jesús la sangre derramada,
Ni de su triste Madre el llanto ardiente:
Llanto amoroso que al correr fecundo
La tierra purifica, presagiando
Consuelo y paz y salvacion al mundo.

Y tú, pueblo deicida,
¿No eres el mismo que la voz alzando
Ante el Verbo divino,
Hossanna al hijo de David decías,
Y amante en su camino,
Oliva y verdes palmas le ofrecías?
¡Y hora le niegas! ¡Ay! ¿Qué infausta mano
Te impulsa al crímen, que iracundo y ciego
Desconoces su orígen soberano,
Y sordo estás de la clemencia al ruego?
¿Es que se acerca la terrible hora
¡Oh mísera Sion! en que perdidos
Los celestiales dones
Que bondadoso te envió el Inmenso,
No solo te contemplen las naciones
Vil juguete de bárbaras legiones,
Del Cielo por castigo,
Sino que errantes por el ancho mundo
Tus hijos vayan, sin tener ni un pueblo,
Ni un pueblo solo que les preste abrigo?

¡Oh! si, se acerca: con tu propia mano
En tu seno has abierto la honda herida;
Que no Isaías lo anunciára en vano,
Ni fuera de Ezequiel la voz perdida.

Si, ya espira Jesús.... El eco airado
Resuena de Jehová, triste la lumbre
Desfallece del sol; tiembla la tierra
Del uno al otro polo,
Y las cenizas que la tumba encierra
Se reaniman, causando al hombre espanto:
Chocan las piedras, y del templo santo
Se rasga el sacro velo....
Ruge Satan en su infernal morada,
Que el alma fiel, de su poder salvada,
Feliz ya puede remontarse al Cielo.

A JERUSALEM.

Dabo domum istam sicut Silo, et urbem hanc dabo in malecditionem cunctis gentibus terræ.
(Jerem., cap. XXVI, v. 6)

Triste Sion, tu manto
Rasga en señal de perdurable duelo;
Alivio sea á tu dolor el llanto,
Que eterno es tu quebranto,
Y á la vez lo publican tierra y cielo.

Por la maldad guiados
Tus hijos á su Dios desconocieron;
Diéronle dura muerte despiadados,
Y en su furor, osados,
Su nombre y su poder escarnecieron.

¡Ay! llora: el sacrificio
Ya consumado está.... La turba ciega
Huye aterrada del fatal suplicio,
Que, de su culpa indicio,
Tiembla el orbe y su luz el sol le niega.

Y el trueno ruge airado,
Desátase la mar embravecida,
El hirviente volcan brama irritado,
Y el mundo vé asombrado
En los sepulcros renacer la vida.

¡Tiembla, Sion!.... Llegada
Es para tí la hora.... Infausta guerra
Dejará tu campiña desolada;
Tu prole desdichada
Amparo no hallará sobre la tierra.

Del Gólgotha en la cumbre
Aun yace Dios, pendiente del madero:
Cércale en torno misteriosa lumbre;
Amor y mansedumbre
Muestra la faz del celestial Cordero.

Amor, amor profundo
Que eterno bien y salvacion ofrece:
La esperanza por él reina en el mundo,
Y Luzbel iracundo,
Vencido en sus cavernas se estremece.

Mas ¡ah! que designado
El Verbo fué, cual víctima expiatoria,
Para lavar la mancha del pecado,
Y su sangre ha regado
La palma celestial de esta victoria.

La existencia debía
Costar de un Dios, y de su Madre tierna
El ardoroso llanto, que sería
Ofrenda dulce y pia
De paz y amor y de ventura eterna.

Ella siguió anhelante
Los pasos de Jesús: de pena herida
Tinto en sangre miró su albo semblante,
Y muda, palpitante,
Hora ¡ay triste! en la cruz lo vé sin vida.

¡Oh, Madre! Sin consuelo
Vuelves los ojos hácia el Hijo amado:
Él era solo tu constante anhelo....
¿Quién ya podrá en el suelo
Dar alivio á tu pecho acongojado?

El mundo nada encierra
Que lenitivo á tu afliccion señale:
De la muerte el silencio tu alma aterra,
Sola estás en la tierra....
¡Ay! no hay dolor que á tu dolor iguale.

¿Cómo al ver tu tristura
No se conmueve el pecho del impío?
¡Oh! déjame un momento, Vírgen pura,
Unir en tu amargura
Á tu llanto de amor el llanto mio.

Y tú, ciudad deicida,
Si de Jesús la suma omnipotencia
Adivinas de horror estremecida,
Llega á sus piés rendida,
Que es fuente inagotable de clemencia.

Mas ¡ah! que el orbe entero
De tu impiedad, oh pueblo, es ya testigo:
No hay perdon para tí.... Grande y severo
Se alza el Dios justiciero....
¡Su eterna maldicion irá contigo!

Á NUESTRA SEÑORA DE CASTELLANOS,

EN EL SOLEMNE ACTO DE SU TRASLACION Á LA IGLESIA DE CHAMBERI.

Estrella celestial, cándida y pura,
Bella, dulce María,
Que del querub acoges en la altura
La grata melodía;

Dame que el alma por la Fé inspirada,
Con desusado vuelo,
En tu amor sacratísimo abrasada
Se eleve al almo cielo.

Dame que al son de mi inacorde lira
Á tí mi voz levante,
Y que al fuego cediendo que me inspira
Tu nombre y gloria cante.

¿Quién al Hispano que gimió vencido
Del Lete en la ribera,
Quién sino tú contra el Muzlim temido
De nuevo enardeciera?

«España y libertad» el gran Pelayo
Gritó ante tus altares,
Y el santo grito resonó en Moncayo
Y se extendió en los mares.

De patria y libertad al noble acento
Mil fuertes campeones,
Tremolaron, intrépidos, al viento
De guerra los pendones.

¿Quién contrastar pudiera su osadía
Si por la Fé lidiaban,
Y el nombre sacrosanto de María
En la lucha invocaban?

Tú sufriste, Castilla, el yugo impío
Del bárbaro Agareno;
Mas te lanzaste al fin con fuerte brio
Y corazon sereno.

Y Europa entonces admiró tu arrojo,
En tí los ojos fijos;
¡Ay, que se vió tu suelo en sangre rojo
Con sangre de tus hijos!

Pero venciste; y do se alzó arrogante
Del error la morada,
De la Madre de Dios brilló triunfante
La imágen venerada.

Un templo erige el pueblo do la bella
Efigie de María

Fúlgida luce, como blanca estrella
Tras la tormenta impía.

El ínclito Fernan su gracia implora
Doblada la rodilla;
La inmensa muchedumbre, protectora
La aclama de Castilla.

¡Oh sacrosanto amor! ¡Oh eterno dia
Anuncio de ventura!
Antorcha fué tu sol, de España guia
Contra la hueste impura.

Que á la luz de la Fé se alzó esplendente
El ángel de la gloria,
Y férvida corrió la hispana gente
De victoria en victoria.

Y al soberano esfuerzo, al poderío
De las armas cristianas,
Vencido contemplaron al impío
Las costas africanas.

Por tí, oh Vírgen, España triunfadora
Miróse en su camino:
Fué brillar de dos mundos cual señora
Su espléndido destino.

¡Gloria, gloria á tu nombre! Eterna brille
Tu proteccion divina:
Á la horrenda impiedad por siempre humille
Tu enseña peregrina.

Y hoy que Mántua te aclama, venturosa,
Con férvidos loores,
Vierta, oh Madre, tu mano poderosa
En ella sus favores.

Viértalos, si; que vivirá en tus fieles
Por siempre su memoria,
Y acrecerás con ellos los laureles
Que ciñe España para eterna gloria.

EN LA RESTAURACION

DEL TEMPLO

DE NUESTRA SEÑORA DE LA SOLEDAD,

EN LA VILLA DE SANTA MARIA.

I.

En la florida Mallorca
Existe una antigua villa,
Risueña como sus campos,
Su nombre es santa María.
En ella un templo se alza
Donde la imágen bendita
De la Reina de los Cielos
Cual astro fulgente brilla.
Allí de los fieles todos
Recibe oblacion cumplida,
Y por contemplarla vienen
Desde apartadas orillas.
El pueblo con fé profunda
Invócala en sus desdichas,
Y al punto la estrella luce
De su esperanza perdida.

Ha siglos dulce consuelo
Es de las almas sencillas,
Que en ella miran la escala
Que segura al Cielo guia.
¡Oh, feliz el que por ella
Del mundo la pompa olvida!
¡Feliz el que siente y llora
La soledad de María.

II.

¿Por qué en los semblantes hoy
Profunda ansiedad se pinta?
Grata ventura cual antes
¿Por qué no reina en la villa?
¿Tal vez bramadores vientos
Asolaron sus campiñas,
Y perdida su fortuna
Los tristes labriegos miran?
¡Ah! no; que florido el campo
Propicio siempre les brinda
Los tesoros de su seno,
Justo premio á sus fatigas.
Todo á la vista sonríe,
Tristeza tan solo inspira
El sacro templo, trocado
En solitarias ruinas.
En él inplacable el tiempo
Posó su planta atrevida,
Y á completar su obra acaso
Vinieron manos impías.

Por eso con pena amarga
El pueblo la frente inclina:
Llorar no puede en su templo
La soledad de María.

III.

Mas ¡oh placer! cesa el duelo
Y torna á brillar la dicha,
Cual luce cándida aurora
Tras lluviosa noche umbría.
Ya el pueblo corre anhelante,
Y en sus cantares publica,
El gozo que su alma siente
Y el noble afan que le guia.
Su arruinado santuario
De nuevo alzado se mira,
Al impulso generoso
De la reina de Castilla. (3)
Y al ver en su solio antiguo
La santa imágen bendita,
Por la piadosa Isabela
Votos al Eterno envía.
¡Oh, venturosas mil veces,
Almas nobles y sencillas,
Que realizada mirais
Vuestra esperanza querida!
Llegad al templo, que al Cielo
Conduce la Fé divina
Á los que en la tierra lloran
La soledad de María.

Á NTRO. STO. PADRE EL PAPA PIO IX,

CON MOTIVO DE SU ALOCUCION PRONUNCIADA EN EL CONSISTORIO SECRETO DE 30 DE SETIEMBRE DE 1861.

Locuti sunt adversum me lingua dolosa
et sermonibus odii circumdederunt me; et
expugnaverunt me gratis.
Pro eo ut me diligerent, detrahebant
mihi: ego autem orabam,
Et posuerunt adversum me mala pro
bonis: et odium pro dilectione mea.
(Psalmo CVIII.)

¿Qué acento poderoso
Hoy se levanta y los espacios hiende,
Y en misterioso vuelo
Desde el sonoro Tíber al undoso
Índico mar se extiende,
Y luego sube á la region del cielo?

¿No la oís? Es su voz; la voz divina
Del sucesor de Pedro, á quien sañuda
Con torvo ceño la maldad combate:
Al resistir el impetuoso embate
De la impiedad, que furibunda brama,

Desde el altivo y fuerte Vaticano
Noble y severa la verdad proclama.

En vano, en vano la falange impía
Que la bandera alzó de injusta guerra
Ahogarla intenta en su furor, y en vano
Con ronca vocería
Quiere imponer sus leyes á la tierra:
Ella vibra sonora como el trueno
En la inmensa extension del Oceano;
Ella, venciendo la traicion y el dolo,
Cruza el mundo veloz de polo á polo
Al impulso de un genio soberano.

Mas ¡ay! que al escucharla
Se alzan de nuevo, con furor creciente,
Los que mintiendo libertad aspiran
La Italia á dominar con sus legiones,
Y odio y venganza en su ambicion respiran.
Ellos cual fiero, asolador torrente,
Que troncos y peñascos arrebata,
Van derrocando tronos y extendiendo
Su imperio por las míseras naciones,
Y la justicia y el poder vendiendo
Al hórrido tronar de sus cañones.

¡Vedlos, cristianos! Con rencor profundo
Al desigual combate ya se aprestan;
Y en libelo infernal, con torpe mano,
Viles calumnias sin piedad asestan,
Ante la Europa inerte y asombrada,

Contra el piadoso, venerable anciano
Firme sosten de nuestra Fé sagrada.

Hubo un tiempo en que unida y venturosa
Levantábase Italia prepotente,
Con noble ardor corriendo presurosa
Su independencia á defender y el trono
Del sagrado Pastor.... Él la guiaba
Por la senda del bien; y entusiasmado
Y libre el pueblo de traidor encono,
Desde los Alpes hasta el mar gritaba:
¡*Que viva el sabio, el inmortal Pio Nono*!

¡Cuán presto, oh Dios, el tenebroso velo
De lamentable error, la clara estrella
Vino á ocultar que pura fulguraba
De la esperanza en el radiante cielo!
Alzóse la maldad, y tras la huella
De su temible planta destructora
La discordia siguió; se alzó potente
La funesta impiedad, y triunfadora
Su estandarte clavó en el Capitolio,
Atentando insolente
Del Pontífice augusto al alto solio.

¡Ay! desde entonces en tremenda lucha
Se agita el Occidente,
Y solo el grito de ansiedad se escucha
De la madre infeliz, que en duelo insano,
Al hijo de su amor mira espirante,
Ó en la lid derramando, delirante,

Tal vez la sangre de su propio hermano.
¡Mísera madre! En su dolor profundo
Del mundo en vano proteccion implora,
Que á los tiranos ¡ay! escucha el mundo
No al que agobiado por las penas llora.

¿Y hemos de ver tranquilos, impasibles,
La virtud humillada, perseguida,
Y por boca de fieros impostores
La santa Religion escarnecida,
La fé de nuestros ínclitos mayores,
Dulce consuelo en nuestra triste vida?
No, no, jamás: alcemos con firmeza
Nuestra voz en defensa de la hollada
Religion, oh católicos, y dando
Al orbe digno ejemplo de entereza,
Cercad, nobles guerreros, la morada
Del Padre de los fieles, perseguido
Por el inicuo, detestable bando....
Que el mundo todo en su redor os vea
Formando un fuerte, inespugnable muro,
Y antes que vil apóstata ó perjuro
Allí cada cristiano un martir sea.

Y tú, santo Pontífice, que miras
Combatir tu poder; que los errores
Lamentas de tu pueblo y los dolores
Porque del mundo al bien tan solo aspiras;
Sigue, sigue con firme confianza
Defendiendo los fueros sacrosantos
De la Iglesia de Dios; no la esperanza

Muera en tu pecho, no; que aun la Fé vive
Pura en el noble corazon cristiano,
Y nuevo aliento con tu voz recibe.
No tu constante esfuerzo será vano
Por alcanzar la palma de victoria:
Triunfarás del Averno,
Y el orbe entero al admirar tu gloria
Gracias sin fin tributará al Eterno.

Á S. M. LA REINA D.ª ISABEL SEGUNDA,
EN SU LLEGADA Á SEVILLA.

Ven, oh lira, á mis manos, y un momento
Al rumor de los ecos de alegría
Con que la patria mia
Demuestra su lealtad, con firme acento
Daré lleno de férvido entusiasmo
Un nombre augusto al vagaroso viento.

No al opresor que pueblos avasalla
Y en fratricida guerra asoladora
Traspasa de la ley la justa valla,
Ni al que llevado de ambicion innoble
Guiando vá su hueste triunfadora
Por extrañas naciones abatidas,
Ensalzaré en mi canto:
Es del poeta la mision más noble.
El mercenario solo
Cantar puede las glorias
Del déspota feroz que en cien victorias
Lleva do quier desolacion y llanto:

Él su deseo ardiente
De esclavizar el mundo
Halagará tal vez, que el oro enfrena
Su labio, y torpemente
Se humilla al peso de su vil cadena.
Mas el que mira con horror profundo
El imperio del mal, y firme adora
La viva luz de la virtud divina,
Feliz la altiva frente
Ante ella solo con respeto inclina.

¿Y quién, oh Reina amada,
De la santa virtud en tu mirada
No adivina los mágicos destellos?
Al desvalido, al huérfano, al anciano
Grato consuelo prestas compasiva;
Tu acento les devuelve la esperanza,
Y les brinda la dulce bienandanza
De que la suerte con furor los priva.
Entonces venturosos
Vuelven á tí la vista enternecidos
Y ven tus ojos, que piedad revelan:
Lágrimas hay en ellos,
Lágrimas puras que su lumbre velan;
Mas, ah, que así velados son mas bellos.

Barcino, Augusta, la ciudad que baña
El Turia cristalino
Y el pueblo que aun recuerda en Covadonga
La de Pelayo memorable hazaña,
Escucharon tu acento peregrino.

Do quiera que tu planta dirigiste,
Magnánima Isabel, galanas flores
Brotaron llenas de fragancia y vida:
Á tu presencia huyeron los dolores,
Que á tí fué siempre la esperanza unida.
Y al par que alivio diste á la indigencia
Digno sosten el arte y la alta ciencia
En tu mano benéfica encontraron,
Y Reina cual ninguna generosa
Artistas y poetas te aclamaron.

No de otra suerte tras la noche oscura
Brilla en oriente la rosada aurora,
Y con su lumbre pura
Da vida al campo y los espacios dora.
Los bosques sacudiendo
Su agreste cabellera la saludan,
Bullen las áuras con rumor sonoro,
Y á recibirla, en temeroso vuelo,
De mil aves se apresta alado coro
Himnos alzando á la region del cielo.

Hora tus pasos bondadosa guias
Á la perla del Bétis, y anhelante,
Sientes la viva, misteriosa llama
Del noble y puro ardor en que se inflama
Tu corazon benéfico y amante.
Dar esplendor y vida á las naciones
Es de un monarca la mejor victoria,
Y así al verter con generosa mano
Bienes sin cuento sobre el pueblo hispano,

Timbres alcanzas de perpétua gloria.
Do quiera la entusiasta muchedumbre
Á contemplarte, oh Reina, se adelanta,
Y regando de flores tu camino
Tus nobles triunfos, tus virtudes canta.

Ya la ciudad insigne que en su templo
Los restos guarda del tercer Fernando,
Tu llegada triunfal ansiosa espera.
¡Oh júbilo! ¡Oh ventura! Ya tronando
Anuncia el ronco bronce que ligera
Se acerca la veloz locomotora,
Al viento adelantando en su carrera.
En la elevada torre
Aparece la enseña anunciadora
De tan feliz y suspirado instante:
Yá desalada corre
La inquieta multitud, de gozo llena,
Y en el profundo afan que la enagena
Contempla de su dicha el sol brillante
Sin que lo empañe pasajera nube:
Llegas al fin, y al verte
Más tu belleza su entusiasmo aviva,
«¡Es ella!» exclama, y estruendoso VIVA
Del viento en alas al empíreo sube.

¡Oh plácido momento!
¿Quién podría tu mágia arrobadora
Dignamente cantar?... Llega, Señora,
Y que el Príncipe egregio que algun dia
Ha de regir á la nacion hispana,

Se goce de su pueblo en la alegría.
Híspalis, siempre fiel á tus mayores,
Hoy á sus Reyes con amor profundo
Saluda de placer arrebatada,
Renovando, con férvidos loores,
Sus votos de lealtad acrisolada.
¡Que en tan pura ovacion absorto el mundo
El patrio amor de nuestras almas vea,
Y su recuerdo, en gloria asaz fecundo,
Presagio eterno de ventura sea!

A SS. AA. RR.

LOS SERMOS. SRES. INFANTES DUQUES DE MONTPENSIER, CON MOTIVO DE LA RESTAURACION DE LA CAPILLA DE NTRA. SRA. DE VALME.

Lució plácida aurora en que la saña
Desdeñando del Árabe aguerrido,
Un Rey santo, del pueblo bendecido,
Rescató la ciudad que el Betis baña.

Digno templo en honor de tal hazaña
Á la Madre de Dios vióse erigido
Do Fernando su voto vió cumplido,
Patente haciendo su piedad á España.

Más ¡ay! que el tiempo destruyó altanero
Tan grato monumento de victoria,
Honra y orgullo al par del pueblo ibero.

¡Oh Príncipes! ¡Cuán grande es vuestra gloria
Al devolverle su esplendor primero!
¡Láuro, láuro inmortal ríndaos la historia!

Á S. A. R.

EL SERMO. SR. INFANTE DE ESPAÑA

DON SEBASTIAN GABRIEL DE BORBON,

EN LAS RUINAS DE ITÁLICA.

Llegad, Príncipe, á *Itálica famosa*,
Patria augusta de césares y santos,
Que un tiempo al mundo se mostró orgullosa
Con noble magestad, rica de encantos.

Llegad, y á vuestra vista de su historia
Los portentosos fastos resplandezcan,
Y ostentando el laurel de la victoria
Las sombras de sus héroes aparezcan.

Aquí fué un dia de Febea el templo,
Alzáronse magníficas moradas,
Y en honor de varones de alto ejemplo
Columnas cien miráronse elevadas.

Y de Silio á la vez la voz vibrante
Sonó en el valle y en la enhiesta loma,
Al Águila cantando, que pujante
Venció al Cartaginés, terror de Roma.

Del gran circo en el ámbito anchuroso
Su arrojo y fuerza el gladiador medía,
Al César saludando, valeroso,
Cuando á la muerte impávido corría.

Si: deslumbrantes del saber romano
Mostrábanse la gloria y la belleza,
Y de Teodosio insigne y de Trajano
El ínclito poder y la grandeza.

¡Valor, ciencia, poder! ¡ah! ¿qué se hicieron
Del gran pueblo los triunfos inmortales?
Enervados sus hijos se adurmieron
Al estruendo de impuras bacanales.

Roma dobló su cuello degradada....
Fué más dura, oh Itálica, tu suerte,
Que ese recinto do brillaste alzada
Solo respira soledad y muerte.

Mas esos restos de tu antigua gloria
Que hora recuerda con afan mi labio,
Antorchas son fulgentes de la historia,
Páginas mudas donde estudia el sabio.

Ellos inspiracion dan al poeta,
Son del arte un tesoro apetecido:
¡Prez al que noble su valor respeta
Y libra su memoria del olvido!

Vos, Señor, que á las ciencias consagrado
De altos príncipes sois claro modelo,

Que por sublime inspiracion guiado
Premio dais al saber, con vivo anhelo;

Llegad, llegad á *Itálica famosa*,
Y al contemplar su mísero abandono,
Usad vuestra influencia generosa,
Y suba nuestra súplica hasta el Trono. (4)

Y á la egregia Isabel, que una mirada
Dirigió protectora á estos lugares,
Que en noble afan los contempló extasiada
Al rumor de los *vivas* populares;

Con efusion decidla: «De Adriano
La noble patria aun yace en polvo inmundo:
Tended, Señora, vuestra régia mano
Y sus ruinas luzcan ante el mundo.

Ellas encierran de la historia hispana
Áureos timbres, artística riqueza;
Preciados restos que la huella insana
Del tiempo, no agotó con su fiereza.

Mas si entre polvo vil desparecieron
Muéstrense á vuestro influjo soberano:
La que Rioja y Caro enaltecieron
Se alzará cual Pompeya y Herculano.»

Así, Señor, vuestro elevado nombre,
Que ya la ciencia por ilustre aclama,
Brillará con altísimo renombre
En el sagrado templo de la fama.

AL MAR.

Desde los altos muros formidables
Que circundan á Cádiz la opulenta,
Yo te saludo ¡oh mar! Las indomables,
Inquietas ondas de tu seno hirviente,
En su lucha violenta
Las rocas baten do se alzara un tiempo
La soberbia Tarteso prepotente,
Que á los embates rudos
De tu inmenso poder y tus furores,
Despareció como la densa niebla
Á los rayos del sol deslumbradores.
¡Oh! deja, airado mar, que en este dia
Un recuerdo consagre á lo pasado...
Calma tu furia horrenda,
Y, de silencio y soledad cercado,
Haz que pueda, en feliz melancolía,
Contemplarte de asombro enagenado
Desde las playas de la patria mia.

¡Oh, cuan alta se muestra y portentosa,
Oceano inmortal, en la altiveza
De tu oleaje férvido y rugiente,
La infinita grandeza
Del supremo Hacedor omnipotente!
En esta hora llena de poesía
En que la luna triste y soñolienta,
En lánguido desmayo,
Se reclina en tus ondas macilenta
Lanzando al mundo su postrero rayo,
De Dios la idea nuestra mente inspira,
Y por do quiera su poder se admira.

¡Poder inmenso! El descreido en vano
Osa negarlo con audacia loca;
Elocuente tu voz, ronco Oceano,
Elévase más alta que su acento;
Que altivas al herir la firme roca
Tus olas por el ábrego impelidas,
O cuando humildes á besar la arena
Llegan, en apacible movimiento,
«¡Dios!» en la playa y en el mar resuena,
Y «¡Dios!» repite en lontananza el viento.

Yo sentí de placer y de entusiasmo
Latir mi pecho, en la niñez dichosa,
Al contemplar el caudaloso rio
Que besa el pié de la ciudad famosa
Do ví la luz del sol por vez primera,
Que en sus bullentes aguas
Te imaginaba el pensamiento mio.

¡Cuántas veces, oh mar, allí en la orilla
Se alzó ráudo mi espíritu á la esfera,
Cruzó los llanos de mi patrio suelo,
Salvó montañas, y en tendido vuelo
Por admirarte vino á esta ribera!
Mas, ah, que nunca en mi ilusion la mente
Fingirse pudo de tu fiero empuje
El horrido fragor, ni esa latente
Perpétua lucha que tu seno agita...
Al contemplarte ahora,
Fiero, terrible, revolverte insano
Cual hiena aprisionada,
Ronco bramar con voz atronadora,
Batir la playa, límite supremo
Que te trazó la omnipotente mano,
Trémula de pavor mi alma suspira,
Mas recuerda á la par y absorta admira
Los altos triunfos que al cruzar tus olas
Las flotas de mi patria consiguieron,
Que acreciendo las glorias españolas
Sendas brillantes á la ciencia abrieron.

¡Colon! tu egregio nombre,
De escarnio objeto á la ignorancia un dia,
Hoy de la eterna admiracion del hombre,
Aun vése escrito en el humilde templo
Do Marchena su amparo te ofrecía:
Aun de Palos se escucha en la ribera,
Y llevado en las olas lo repite,
Con entusiasta acento,
Feliz del Inca la region entera;

Que es bastante á llenar tu nombre solo
Cuanto baña en pausado movimiento
El anchuroso mar, de polo á polo.
Por tí España, aumentando
Su riqueza y poder, un nuevo mundo
Á su régia corona entrelazaba,
Y á otras naciones su saber llevando
La mas grande entre todas se mostraba.

Mas no á tí solo, Genovés ilustre,
Reservaba la suerte amargas pruebas
En las burlas de necios cortesanos,
Ni en tí solo vería
El mundo, al que olvidado por su patria
Amparo buscaría
En los hidalgos pechos castellanos.
Aun nuevos triunfos generoso el Cielo
Á Iberia destinaba,
Y de los sabios náutas lusitanos
El más digno y valiente le enviaba.
Abandonado y pobre,
Mas ardiendo de gloria en vivo anhelo,
El bravo Magallanes
Ante el insigne Carlos aparece,
Y, del mar despreciando los afanes,
La vuelta dar al mundo,
Llegar del sur hasta el confin le ofrece.
Atónito el Monarca,
Con ánimo profundo,
Al genio mira que su apoyo implora,
Y en generoso arranque, despojando

Su pecho de la insignia vencedora
En Clavijo, con ella el del ilustre
Navegante, magnánimo, decora.

«Parte,-le dice,-que tu arrojo sea
Presagio de victoria:
En propagar la Fé tu esfuerzo emplea,
Y al admirar tu gloria,
El mundo todo con asombro vea
Sin ocaso radiar el sol fulgente
De mi España feliz en la alta frente.»

¡Oh empresa temeraria
Pero á la par sublime y bienhechora!
Tú los miraste, oh plácida Lucero,
Lanzarse osados á la mar sonora,
Y con cien y cien *vivas* saludaste
Al Lusitano insigne, que certero
Mandaba las gallardas carabelas:
Tú su voz escuchaste,
De dudas tal vez llena y temerosa
Al ver al viento desplegar las velas;
Y al bronco retronar de los cañones,
Que anunciaban la marcha presurosa,
Á los náutas mandabas, generosa,
Tus suspiros y ardientes bendiciones.

¡Oh corazones fuertes y leales
Cuya nobleza os guia
Á empresas inmortales!
¡Láuro al genio sublime que olvidando

De su hogar apacible la dulzura,
Corre á extrañas regiones, anhelando
Propagar con la Fé, ciencia y cultura!

Mas por qué, sacro mar, por qué tus ondas,
Que abrieron para el bien facil camino
Y donde puro se retrata el cielo,
Han de turbar sañudos los mortales
Con la guerra cruel, fecunda en males?
Hora mi mente, en remontado vuelo,
Las páginas de sangre
Recorre de tu historia,
Y de Abukir y Trafalgar se muestran
Las escenas de horror á mi memoria.
¡Trafalgar! ¡Trafalgar!.... ¿Qué pecho hispano
Á tu infausto recuerdo no se inflama
De santa indignacion?.... Allí el Britano
El laurel alcanzó de la victoria,
Mas ¡ah! que quiso en vano
Á España arrebatar el de la gloria.
¡Dia de horror!.... Las naves destrozadas
En el revuelto mar desparecieron,
Y mil y mil guerreros esforzados
Defendiendote, oh patria, denodados,
En el rudo combate sucumbieron.

¡Campeones de Iberia! eternamente
Vuestros gloriosos nombres, repetidos
Por la sonora trompa de la Fama,
Aclamados serán de gente en gente.
Ellos la viva llama

Alentarán del entusiasmo ardiente
En los fuertes hispanos corazones,
Y vivirá por siempre su recuerdo
Para ejemplo y terror de las naciones.

Y qué ¿tanto heroismo,
Tanta sangre española derramada
Infecundos serán? ¿Nunca humillada
El poder sentirá de nuestro encono
La implacable Albion? ¡Ah! que algun dia
No lejano tal vez, tú, patria mia,
Te alzarás orgullosa....
El Ponto fatigado al grave peso
Gemirá de tu armada poderosa,
Y, libre entonces de temor y azares,
Serás la altiva reina de los mares.

Cuando se acerque tan feliz momento,
¡Oh pielago espumoso!
Calma, mitiga tus soberbias olas;
Y al par del vago viento,
Grato suene tu arrullo y armonioso
Saludando las naves españolas.

RECUERDO DE LA ADOLESCENCIA.

LA VUELTA DE LAS GOLONDRINAS.

Á MI APRECIADO AMIGO EL EMINENTE ORIENTALISTA,
SR. D. LEON CARBONERO Y SOL.

I.

Llega á mis hogares, llega,
Mensajera de la dicha,
Llega, llega presurosa
Desde la africana orilla.
Ya los campos Primavera
Con verde alfombra matiza,
Y ya en mi vergel, do brotan
La rosa y la siempreviva,
De madreselva cubierto
Se vé el torreon do anidas.
Ansiando estaba tu vuelta,
Bella y plácida avecilla,
Y ayer al oir tu canto,
Llena el alma de alegría,
Salté del lecho gozoso
Por darte la bienvenida.
Era yo niño y mi madre

Al verte me dijo un dia:
«Respeta siempre, hijo mio,
Á las pobres golondrinas,
Que á nuestro hogar ellas traen
La felicidad perdida.»
Esto dijo, y desde entonces
Te idolatró el alma mia.
Hora tras hora pasaba,
Horas por mi mal ya idas,
Oyendo los dulces trinos
De tus cántigas festivas,
Y viendo como alentabas
De tus hijuelos la vida.
Mas, ¡ah! que vino el otoño
Con sus nieblas y sus brisas,
Y solo encontré tu nido,
Que hácia el Africa partías,
En tanto que yo anhelante
Por las sendas escondidas
De mi vergel te buscaba,
Como á mi más tierna amiga.
¡Ay! yo pregunté á mi madre
Por ver si de tí sabía,
Y me respondió: «Hijo mio,
No busques las golondrinas,
Que esta mañana se fueron
Del mar á la opuesta orilla. (5)
Lágrimas derramé entonces
Creyéndote ya perdida,
Que ardientes se deslizaron
Por mis pálidas mejillas.

II.

Al verme llorar mi madre
Por consolarme decía:
«Reza, hijo mio, á la Vírgen,
Que ella, de tí condolida,
Hará que otro año vuelvan
Tus amadas golondrinas.»
Y recé con fé profunda,
Y la viajera avecilla,
Al llegar la primavera
Vino á posarse tranquila,
Bajo el techo donde canta
Y enamorada suspira.
Un año y otro la veo
Tornar de remotos climas,
Cual nuncio de bienandanza
Que Dios al humano envía.
Y contémplome dichoso
Si en mis hogares anida,
Que siempre me trajo ella
Felicidad y alegría.
Mas ¡ay! que yermos los campos
Veo con dolor, y caidas
De los álamos las hojas,
Al partir las golondrinas.
Siempre que las ví ausentarse
Tuve que llorar desdichas;

Ya la muerte de mi blanca
Y amorosa tortolilla,
Ó ya del bóreas rugiente
Las furiosas embestidas,
Con que tronchó de mi huerto
Las flores de más valía.
Una vez cuando dichoso
Con Láura, mi dulce amiga,
De un amor puro gozaba
En grata paz y delicias,
Partió al otoño cual siempre
Del África á las colinas
El ave que absorto admiro,
Y á poco la muerte impía
Llevóse á mi tierna Láura
Dejándome al par sin vida.
Entonces ¡ay! de mis ojos
Las lágrimas que vertía,
Silenciosas resbalaron
Por mis pálidas mejillas.

III.

Si vienes hoy á traerme
Mi felicidad perdida,
Llega presurosa, llega,
Mensajera de la dicha,
Ven otra vez de mis lares
Á tu mansion favorita.

Mas si al llegar el otoño
De tu presencia me privas,
No desparezca de nuevo
De mi mansion la alegría.
Sí; tiempo es ya que mi alma
Trégua á sus dolores pida,
Que mucho sufrió en tu ausencia
Y aun no es feliz todavía.
Por eso ayer al sentirte
Gozoso ví tu venida,
Que nueva aurora mi mente
De amor y paz adivina.
Canta, golondrina, canta,
Cual en mi niñez lo hacías,
Canta, de mi hogar tranquilo
Por la sombra protejida:
Y si en el otoño huyes
Del mar á la opuesta orilla,
No más con tu triste ausencia
Renazcan las penas mias,
Ni ardientes lágrimas corran
Por mis pálidas mejillas.

Á MI MADRE EN UNA ENFERMEDAD.

Ya es de noche; sosegada
Te veré al rayar el dia;
Duerme, duerme, madre mia,
Que yo velo junto á tí.
Duerme, duerme; tus afanes
Calmar pueda mi desvelo:
Al ver mi pesar el Cielo
Tendrá compasion de mí.

Mañana cuando la aurora
Aparezca por Oriente,
Cesará la fiebre ardiente
Que agrava tu enfermedad.
Y verás cuán feliz soy
Al recibir tus caricias,
Que para mí no hay delicias
Sin tí, ni felicidad.

¡Pobre madre! Se ha dormido;
Cedió á mi tenaz empeño:
Hora mi nombre en su sueño
Se le escucha murmurar.

Le dije que al verla libre
De esa cruel fiebre insana,
Feliz me hallaría mañana,
Y le mentí á mi pesar.

¡Feliz yo! ¡Sarcasmo horrible!
Por siempre huyó mi esperanza,
Y solo mi vista alcanza
Un oscuro porvenir.
Huyó, sí, cual desparece
Tras la densa niebla umbría,
La estrella que antes lucía
En un cielo de zafir.

Y huyeron las ilusiones,
Que son del alma el tesoro,
Y mis ensueños de oro
Desparecieron tambien.
¡Ah, feliz, feliz mil veces
Aquel que aunque triste llora,
Dentro del alma atesora
Un recuerdo de su bien!

Mas para mí, que cruzando
Del mundo por el camino,
Siempre funesto destino
Mi dicha vino á turbar;
Son ¡ay triste! los recuerdos
Lo que el áspid á la rosa,
Lo que al náuta procelosa
Noche, en irritado mar.

¡Ella! ¡Oh martirio! ¡Ella siempre!
Do quiera su imágen miro,
Y hasta en mi sueño respiro
De su aliento el suave olor.
Ilusion que de la aurora
Desparece al tibio rayo,
Y que en lánguido desmayo
Deja al alma en su dolor.

¿Por qué, oh Dios, me has concedido
Este corazon de fuego,
Si eterno desasosiego
Me diste con él al par?
¡Oh! siempre mi sueño dure,
Sueño eterno sea mi vida,
Si esa mi ilusion querida
Solo en sueños puedo hallar.

Tú tambien, oh madre mia,
Fuiste un tiempo desgraciada;
Huérfana, desconsolada
Lloraste en tu juventud.
Mas hora el amor de un hijo
Y el cariño de un esposo,
Te han hecho en dulce reposo
Llegar á la senectud.

Vive feliz, madre amada,
Sin tí, sin tu amor profundo,
Para mí ¿qué fuera el mundo?
Yerto páramo no más.

Que no hay amor semejante
Al de una madre querida;
¡Triste de aquel que perdida
Llora á su madre quizás!

Nunca, nunca tu existencia
Acibaren mis dolores;
De la aurora á los albores
Feliz, madre, me has de ver.
Y aunque á mi dolor conceda
Toda el alma por despojos,
Nunca verás de mis ojos
Ni una lágrima caer.

¡Oh! sí, tranquila, dichosa
Te veré al rayar el dia;
Duerme en tanto, madre mia,
Que yo velo junto á tí.
Duerme, duerme; tus afanes
Calmar pueda mi desvelo;
Por tu salud ruego al Cielo,
Y él tendrá piedad de mí.

Á LOS SOLDADOS HERIDOS

EN LA GUERRA DE ÁFRICA.

¡Prez al valor! El mundo entusiasmado
El noble arrojo, la victoria canta,
De esos ínclitos héroes que en lid santa
Combatieron con ánimo esforzado.

Salúdalos, ¡oh pueblo! El irritado
Ponto cruzaron, y con firme planta,
Del Ismaelita, cuya furia espanta,
El pabellon por ellos vióse hollado.

Llegad, hijos del Cid: de vuestra gloria
El sol muéstrase ya puro y fulgente,
Timbres prestando á la española historia:

Ejemplo sed á la futura gente,
Y el preclaro laurel de la victoria
Eterno brille en vuestra noble frente.

EL OTOÑO.

A MI QUERIDO AMIGO EL DISTINGUIDO LITERATO
DON FEDERICO DE SAWA.

Ven, estacion de Otoño sosegada,
Ven, que quiero aspirar tu brisa pura,
Y en plácida dulzura
Ver trocarse el dolor que me anonada.
¡Con cuánto afan en el ardiente estío,
Inquieto y anhelante,
Te recordaba del tranquilo rio
En la risueña orilla!
Allí vagando el pensamiento mio
Ya fijaba mi vista en la barquilla
Do en grata paz el pescador bogaba,
Ó ya del sol al trasponer el monte
Los últimos fulgores contemplaba.
¡Cuántas veces la noche silenciosa
Sorprendióme esperando tu venida;
Y cuántas, cuántas la arboleda umbrosa
Triste vagar me viera,
La esperanza al huir desvanecida
Que de admirarte el alma concibiera!

Hora ya siento de placer henchido,
En esta bella, deliciosa tarde,
De mi Otoño querido
El áura mensajera,
Á cuyo impulso, temeroso y leve,
Van las hojas del álamo cayendo
Lentas cual copos de brillante nieve.
Ya perdido su ardor el rey del dia,
Velado por la bruma, al mar de Atlante
En su marcha incesante
Va descendiendo por el ancho espacio,
Y en vistosos colores
De fúlgido topacio,
De azul y oro, de carmin y gualda,
Tiñe las nubes que dejó á su espalda.

¡Cuán hermosa estacion! ¡Ah! yo la adoro
Como á Brama y á Siva el indio adora,
Que ella presta á mi pecho, bienhechora,
De ardiente inspiracion rico tesoro.

Llega plácido Otoño. En esta hora
Apacible y serena,
En que siento la brisa halagadora
Que á anunciar tu llegada
Á mí se acerca en ámbares bañada,
Halagüeña impresion consoladora
Conmueve el alma mia,
Que al influjo se entrega descuidada
De agradable y fugaz melancolía.

¡Oh, cuán bellos se agolpan á mi mente
Mis pasados ensueños
De ventura, de amores y de gloria,
Que veloces huyeron con los años
De mi risueña edad, y desengaños
Me dejaron tan solo por memoria!
Lejos crecí del mundanal ruido,
Pero el mundo placeres me brindaba,
Placeres ¡ay! que yo desconocía,
Y al mar del mundo me lancé atrevido.
Y canté su belleza, su armonía,
Canté mi amor y la muger que amaba,
Y la gloria canté que ambicionaba,
Y fuí feliz un dia....
Feliz, sí; que los céfiros suaves,
El tranquilo arroyuelo,
El melodioso canto de las aves,
Todo gloria y amores respondía
Á mi voz anhelante;
Y hasta el límpido azul del claro cielo
Aun más azul entonces y más puro
Mostrábase á mis ojos;
La plateada luna,
Que trémula brillaba en la laguna,
Su pálido esplendor, languidamente
Enviaba á mi frente,
Y el trasparente rio
Con sus sonoras y apacibles ondas
Arrullaba á su paso el sueño mio.

Mas ¡cuán breves pasaron los momentos

De ventura y placer! Como las hojas
Del ábrego impelidas,
Huyeron de mi vista, y las mentidas
Palabras de amor puro y bienandanza,
En humo se tornaron, y con ellas
Mis ensueños de gloria y mi esperanza.

¡Oh, jamás á mi espíritu agitado
Os presenteis, falaces ilusiones!...
Huid, huid, que quiero, sosegado,
De más puras y gratas emociones
Gozar en mi retiro.....
Y tú, apacible Otoño, cuyas áuras
Vagando van en incesante giro
De flor en flor, por la risueña márgen
Del Betis caudaloso,
Acude á mis acentos presuroso,
Y ven á dar á mi dolor consuelo.
¡Oh! si, llega, no tardes; que si airado
Del crudo invierno el aquilon furioso
Yerma dejase la campiña bella,
Sin árboles, sin vida,
Arrancándome al par mi dulce calma,
Siempre de tí, de mi estacion querida,
Grato recuerdo quedará en mi alma.

EN LA SOLEMNE PROFESION RELIGIOSA
DE SOR MAGDALENA DE LOS DOLORES CHAVES,

en el Monasterio de Santa Inés de Sevilla,

EL DIA 13 DE AGOSTO DE 1860.

Hay para el alma triste y abatida
Instantes de consuelo,
En que se alza de ventura henchida
Á la region del cielo.

Y allí en la fuente de virtud y amores
Que del Inmenso emana,
Reflejados quizá vé los albores
De su eterna mañana.

Allí alejada de la tierra impura,
En éxtasis profundo,
Comprende que no existe la ventura
Sino lejos del mundo.

Dilo tú, Magdalena, tú que un dia
Feliz te contemplabas,
Y al rudo golpe de la suerte impía
Perdiste el bien que amabas.

¿Quién pudiera en la noche aterradora
De tu fatal quebranto
Alentar tu esperanza salvadora?
¿Quién enjugar tu llanto?

Como nave del viento combatida
En el mar proceloso,
Cruzabas, vacilante, de la vida
El piélago azaroso.

Y pronta á sucumbir al enemigo
Dolor que te aquejaba,
Solo la Religion te daba abrigo:
La Fé te consolaba.

Un pensamiento grande, pudoroso,
Bello como la aurora,
Vino á encender tu corazon piadoso
En llama vividora.

Y ardiendo entonces en amor divino
Exclamaste inspirada:
«Ser esposa del Verbo es mi destino;
Vivir á Él consagrada.»

Hoy al término llegas anhelado,
Y en cántico sonoro,
De célico placer arrebatado
Te aclama al almo coro.

Feliz tú, Magdalena, que apartada
Del mundo corrompido,

Encontrarás en Dios siempre entregada
El dulce bien perdido.

Nunca, nunca ambiciones los placeres
De este mundo engañoso;
Solo halláras en él míseros seres
Luchando sin reposo.

Y del alma virtud, que firme adoras
Henchida de esperanza,
Alzarse vieras siempre triunfadoras
La envidia y la venganza.

¡Oh! ¿qué digo? jamás. Bajo ese techo
Que la virtud abriga,
Nunca recordará tu amante pecho
La ambicion enemiga.

Sí; dichosa serás. ¡Oh quién hubiera
Así del mundo huido!
Yo tambien como tú dormir quisiera
El sueño del olvido.

Mas si le es fuerza al hombre en sus pasiones
Luchar con el Averno,
Hoy, esposa de Dios, tus oraciones
Lleguen por nuestro bien hasta el Eterno.

A MI APRECIABLE AMIGO

EL INSIGNE POETA,

SEÑOR DON FERNANDO DE GABRIEL Y RUIZ DE APODACA,

CON MOTIVO DE LA PUBLICACION
DE SUS POESIAS.

Grato, Fernando, á mis oidos llega
El dulce son de tu armoniosa lira,
Que el alto númen de virtud te inspira,
Y jamás la pasion, torpe te ciega.

En santo ardor mi espíritu se anega
Si ardor santo tu voz blanda suspira,
Y patriotismo y fé y valor respira
Si hispanas glorias á cantar se entrega.

Al extrangero que abatir pretende
Nuestra honra patria, muéstrasle el ejemplo
Del gran Filipo, que en su amor se enciende.

Fé, nobleza, virtud, siempre contemplo
En tu musa inspirada: así se asciende
De la gloria inmortal al sacro templo.

LA AMISTAD.

Á ERCILIA.

Alivio del mortal infortunado
Que triste llora en perdurable duelo,
Dulce amistad, que plácido consuelo
Ofreces á mi espíritu agitado;
Deja que te bendiga entusiasmado,
Y de mi lira al son, con vivo anhelo,
Feliz te aplauda, por tu amor suspire,
Y el númen seas que mi mente inspire.

Mas ¡ah! ¿cómo pudiera tu alabanza
Dignamente entonar? En tí se encierra
La ventura más alta que en la tierra
El generoso corazon alcanza.
Tú nos brindas segura bienandanza;
Tú si adversa la suerte nos aterra
Eres el puerto donde el alma olvida
Las fieras tempestades de la vida.

¡Oh, cuán grata es tu voz! Más armoniosa
Llega á mi oido que del vago viento
El dulce murmurar, que el blando acento
De la tórtola amante y cariñosa:

Ella aleja benigna y poderosa
El amargo pesar y el desaliento,
Y la esperanza, con fulgor divino,
Álzase á su poder en mi camino.

Yo creo escucharla en la floresta umbría
De la tarde en el último suspiro,
Ó cuando el áura en incesante giro
Lánguida gime al despuntar el dia:
Yo creo escucharla llena de armonía
En mi ignorado y plácido retiro;
Cuando en la noche, con temor profundo,
Velado en sombras aparece el mundo.

¡Bienhechora deidad! Plácido sueño
Cierra mis ojos á tu voz suave,
Cesa de mi inquietud el peso grave,
Y lo futuro á ver torno risueño;
Y aunque en mi corazon con duro ceño
El dolor su puñal de nuevo clave,
Firme resistiré su enojo insano
Si tú me tiendes, amistad, la mano.

Y tú, mi Ercilia, en cuya noble frente
De saber, de virtud y de hermosura
Rica diadema brilla, siempre pura,
Cual de espléndido sol rayo fulgente;
Tú en cuyo canto inspiracion ardiente
Anhelante bebí y alma ventura,
Deja que en tu amistad mi dicha vea,
Y tan supremo bien eterno sea.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA

DOÑA MANUELA FERNANDEZ DE SALAMANCA.

Aun antes que el tesoro
De tu gracia admirara y gentileza,
Llegó á mi oido el aclamar sonoro
Del mundo, que la alteza
De tu virtud cantaba y tu belleza.

Hollar galanas flores
Fué, Manuela, tu plácido destino:
Cercáronte en la cuna los amores;
Tu rostro peregrino
Bañó en sus tintas el pudor divino.

En tus rasgados ojos
De alma ternura el esplendor destella,
Con tu mirada ahuyentas los enojos;
No es tan pura y tan bella
La de la tarde fugitiva estrella.

¡Ah! no mintió el acento
Que justo aplauso sin cesar te ofrece;
Tal como la soñara el pensamiento
Tu hermosura aparece,
Que aun más y más por la modestia acrece.

Así la sabia Atenas
Á las sencillas Gracias se fingía,
Ricas de juventud, de encanto llenas,
Y en plácida armonía
Láuro y honor á su beldad rendía.

Mil veces venturosa
La que cual tú, de hechizos adornada,
Mira correr la juventud hermosa
Por la virtud preciada
Y por la excelsa ilustracion guiada.

Goza, goza los dones
Que te concede bondadoso el Cielo;
Y nunca de tus bellas ilusiones
Detenga el ráudo vuelo
El desengaño con su faz de hielo.

Sí; que grata y suave
Pase tu vida, de inquietud ajena:
Jamás sus huellas la tristeza grabe
En tu frente serena,
Envidia del jazmin y la azucena.

Y cuando el tiempo alado,
Al transcurrir las horas fugitivas,
Tu ancianidad señale despiadado,
Que en pláticas festivas
De tu niñez con los recuerdos vivas.

HERO Y LEANDRO.

Era una tarde nebulosa y triste:
Del Helesponto en la arenosa playa,
Así, sus ojos en el mar fijando,
Hero infeliz doliente murmuraba:

«Undoso mar que guardas en tu seno
Fiel el secreto de mi amor ardiente,
Y hora contemplas, de piedad ageno,
La horrible angustia que mi pecho siente.

Tú que un tiempo benéfico acogías
De mi amante la férvida plegaria,
Y en olas de zafir le conducías
Á esta costa en la noche solitaria;

Oh mar, sagrado mar, dime si ingrato
Por siempre mis amores dió al olvido,
Y de otro amor en súbito arrebato
Llorarle debo para mí perdido.

Ya siete veces la triforme diosa
Hundió en tus ondas su nevada frente;
Y el nuevo dia me encontró llorosa,
Sumida en dudas y ansiedad creciente.

¡Implacable ansiedad!... Dulce bien mio,
¿Así olvidar pudiste mis favores,
Y hundirme ciego, con tenaz desvío,
De eterna soledad en los horrores?

¿Y perjuro tal vez?.... Dudas impías,
No la estrella anubleis de mi esperanza:
Volved, auroras de felices dias,
Volved, noches de plácida bonanza.

Y tú, Leandro, si por dicha aun vive
En tí el recuerdo de tu amada, ¡oh! llega;
Ven y los láuros del amor recibe,
Y á sus delicias con afan te entrega.

Vuelva yo á verte, cual te ví gozoso
En esta playa por la vez primera,
Fijar en mí tu vista cariñoso
Al señalarme tu natal ribera.

—¿Ves?-me dijiste:-mis paternos lares
Lejos están; el Ponto nos separa:
Mas ¿qué son á mi amor rudos azares?
Por tí los venceré; Venus me ampara.—

¡Ah! ¡Cuántas veces al morir el dia
Aquí en la orilla te esperaba á solas!
¡Cuál gozaba al mirar como vencía
Audaz tu brazo las batientes olas!

Feliz ganabas la ribera, y luego
Yo cariñosa tu valor premiaba:

¡Cómo al son dulce de tu blando ruego
Mi corazon amante palpitaba!

Mas ¿qué digo? ¡infeliz!... Fieros los hados
De mi alejan la dicha, el bien que adoro:
De los supremos dioses irritados
En vano, ay triste, compasion imploro.

¿Y esto es vivir? ¡Oh númenes!... La muerte
Á inquietud tan horrible prefiriera:
Rásguese el velo de mi ignota suerte
Aunque al perder mis esperanzas muera.

Tal te pide, oh Citeres, la que un dia
Consagrada en tu altar siguió tus huellas:
¡Ay! niña entonces sin amor vivía
Mas me halagaban ilusiones bellas.

Por tí mis padres, de mi hogar querido
El mágico recuerdo, y la memoria
De mis dulces amigas dí al olvido,
Que en tu culto cifré mi única gloria.

En premio de mi afecto, oh Citerea,
Presta á mi ruego plácida acogida:
Una vez sola á mi adorado vea
Aunque muera despues: tuya es mi vida.»

Tal exclamó, vertiendo acerbo llanto;
Y cual si respondiese á sus palabras
La diosa, y aceptára el sacrificio
Que en su dolor la mísera anhelaba;

En breve, por las olas arrojado,
Cadaver yerto apareció en la playa:
Hero llega, lo mira, retrocede,
Y hondo gemido de su pecho exhala.

Delirante despues entre sus brazos
Lo estrecha con afan.... ¡Desventurada!
¿Qué le resta en el mundo si los dioses
Su único bien por siempre le arrebatan?

En vano, en vano palpitante anhela,
Cual Prometeo á su marmórea estátua,
Á la muerte dar vida, con el fuego,
Con el oculto fuego que la abrasa.

Ya aquellos dulces, adormidos ojos
Jamás responderán á sus miradas,
Ni aquellos labios, murmurando amores,
Se posarán sobre su frente blanca.

¿Qué le resta?.... La muerte será solo
Término digno de su suerte infausta:
Inmenso el mar ante sus piés se tiende,
Y en ronco son parece reclamarla.

Ya en sus ondas veloz se precipita;
Ya un gemido se escucha en lontananza....
La nueva aurora, de los dos amantes
Los tristes restos alumbró en la playa.

Á S. M. LA REINA
DOÑA ISABEL SEGUNDA,
EN SU VISITA A ITÁLICA.

Si renombre inmortal brinda la historia
Al rey que con aliento sobrehumano
En conquistas sin fin alcanza ufano
El preclaro laurel de la victoria;

Más noble y digno aplauso á la memoria
Ofrece del egregio soberano
Que abre á la ciencia, con propicia mano,
Facil camino al templo de la gloria.

Por tí, oh Reina, cual astro peregrino,
La antorcha del saber brilla fecunda:
Tú engrandeces de Itálica el destino.

Así bella aureola te circunda,
Y hoy de Trajano al par y Élio divino
Álzase el nombre de Isabel Segunda.

BETULIA LIBRE.

HIMNO TRIUNFAL.

TRADUCCION DE P. METASTASIO.

CORO DEL PUEBLO.

¡Loor á Dios!... Sus iras
Lanzó contra el impío;
Luchando por nosotros
Fué el triunfo de él en pos.
Truncó de sus contrarios
El fuerte poderío;
Es suya la victoria:
¡Hosanna eterno á Dios!

JUDIT.

Llegó el Asirio: en torno
Los persas le seguian,
Taló cruel los valles,
Los rios agotó.
Del sol los resplandores
Velados parecian,
Tembló Israel: cercano
Por él su fin juzgó.

CORO.

Loor á Dios: etc.

JUDIT.

Con fuego, con cadenas
Y muerte amenazaba,
Betulia á su voz ruda
Llenóse de pavor.
Mas imprevisto golpe
Con el soberbio acaba,
Y como niebla al viento
Se extingue su furor.

CORO.

Loor á Dios: etc.

JUDIT.

Dispersos, sin amparo
Los bárbaros huyeron:
Se estremeció el Asirio,
El Medo se aterró.
No fueron los gigantes
Que al cielo se atrevieron,
Débil muger fué solo
La que su frente holló.

CORO.

¡Loor á Dios!.... Sus iras
Lanzó contra el impío;
Luchando por nosotros
Fué el triunfo de él en pos.
Truncó de sus contrarios
El fuerte poderío;
Es suya la victoria:
¡Hosanna eterno á Dios!

AL INSIGNE PINTOR

BARTOLOMÉ ESTEBAN MURILLO.

Como la palma erguida
Que ignorada tal vez lozana crece
Entre humildes arbustos confundida,
Y firme resistiendo
Ya el devorante fuego del estío,
Ya el ímpetu tremendo
Del vendabal que rudo la estremece,
Gallarda al fin se eleva y poderosa
Y tan altiva que tocar parece
La dilatada bóveda del cielo,
Así con noble anhelo
Se alza el genio inmortal. El vil encono,
La infausta suerte ó la rastrera envidia
Combatirlo podran con saña fiera,
Y el vulgo alzar á la ignorancia un trono;
Mas él, triunfante de la audaz perfidia,
Del hórrido infortunio y del olvido,
Salvando de los siglos la distancia,
Al fin grande y severo,
De inmarcesibles láuros circuido,
Preséntase arrogante al mundo entero.

Y tal, oh gran Murillo, apareciste.
En vano la fortuna despiadada

Sus dones te negó: tu mente ardía
Sedienta de saber; arrebatada
Tu noble alma al esplendor naciente
De tu genio creador se enardecía,
Y de la suerte impía
Venciendo los azares,
Por hallar del saber la pura fuente,
Corriste en alas de tu afan vehemente
Al pueblo que acaricia el Manzanares.

La altiva Mantua te acogió en su seno,
Mantua feliz que extática admiraba
De otro hijo insigne de tu patria bella
Las plácidas creaciones,
Y rey de sus pintores lo llamaba.
¡Oh! Tú tambien en ella
Recibiendo entusiastas ovaciones
Al par reinar pudieras de tu amigo,
Cual émulo inmortal del grande Apeles.
Tú tambien en la egregia,
Brillante corte del monarca hispano
Al sólio de las artes te alzarías,
Y alto premio á tu genio soberano
Del ilustre Filipo alcanzarías.

Mas ¡ah! que no tu alma
Divina inspiracion hallar pudiera
Entre la pompa y el tumulto vano
De esperanzas y glorias mundanales:
La silenciosa y apacible calma
De la grata ribera

Que el Betis con sus límpidos cristales
Corona de verdor y lozanía,
La atmósfera rosada y transparente,
Las leves áuras, el florido suelo
De la perla oriental de Andalucía,
Los vivos rayos de su sol fulgente
Ansiabas contemplar en tu desvelo,
Para elevar tu espíritu ferviente
Á la etérea region del almo cielo.

Y á tu patria tornaste: poderoso
El genio entonces te elevó en sus alas.
¡Oh! ¿Quién, Murillo, enumerar podría
De tus creaciones las supremas galas?
Aquel fresco y suave colorido,
La célica poesía
Que en tus lienzos magníficos destella
¿Quién superó jamás?.... Por tí mas bella
La natura aparece,
Y con nuevo fulgor, con nuevo encanto
Á los ojos del mundo resplandece.

Tal de Timantes y de Zeuxis, gloria
De la ilustrada Grecia, se mostraba
El númen portentoso: ya el quebranto
Profundo que inspiraba
De Ifigenia el horrendo sacrificio,
Ora el ardor, augurio de victoria,
Del atleta invencible, al ejercicio
De los rudos combates avezado,
Ó ya la dulce y cándida belleza

De nívea y pura frente,
De cabellos de oro,
Vida de sus pinceles recibieron,
Y de su patria fueron
Y de las artes inmortal tesoro.

Empero tú, Murillo, levantaste
Á más alta region libre la mente;
Que á la fecunda inspiracion ardiente
Y del artista al númen soberano,
Venturoso adunaste
La pura fé del corazon cristiano.
¡Oh! sí; la fé en tu pecho
Viva encendió la misteriosa llama
De ese entusiasmo férvido, divino,
Que al hálito de Dios solo se inflama.
Ella alumbró en la tierra tu camino;
Por ella comprendió tu pensamiento
El místico delirio, el sentimiento
Que á Felix dulcemente enardecía
Ante la Vírgen pura,
Que radiante de gloria y de hermosura
Á sus ojos risueña aparecía.
Por ella del humilde Paduano
Adivinaste el éxtasis profundo,
Cuando abiertos los cielos contemplaba,
Y hasta sus brazos con amor llegaba,
Tierno infante amoroso,
El sacrosanto Redentor del mundo.
Y por ella tambien entre querubes,
Paz, amor y dulzura destellando

Su rostro peregrino,
Cercada en torno de flotantes nubes,
La blanca luna con sus piés hollando,
De estrellas coronada,
Viste en tu puro y religioso anhelo
Á la Madre del Verbo inmaculada.
¿Quién, como tú en el suelo
Mostró jamás su celestial traslado?...
El alma ante su faz encantadora
Siéntese blandamente conmovida,
Y vé por ella la apacible aurora
Dulce esperanza de la eterna vida.

¡Salve, Genio inmortal! Gratos loores
Tu patria orgullecida
Hoy tributa feliz á tu memoria,
De inmarcesibles láuros y de flores
Tu nombre circundando... Hundió la muerte
Generaciones cien en el olvido
Y otras ciento hundirá, pero tu gloria
Eterna habrá de ser. No de otra suerte
En medio de los vastos arenales,
Resistiendo los rudos vendabales
Las soberbias pirámides se elevan:
Y en tanto que los montes se estremecen
Del hórrido Simoun al fuerte amago,
Altivas aparecen;
Sin que jamás en ellas
Entre el perpétuo, universal estrago
Puedan los siglos imprimir sus huellas.

ANHELO DEL ALMA.

Soñé con la ventura: por hallarla
Tras los placeres con afan corrí,
Y la ilusion primera de mi vida
Murió al rumor de báquico festin.

La riqueza es la dicha,-pensé entonces,-
Y grandiosos palacios recorrí,
Y allí al orgullo y á la ciega envidia
Ocultando el dolor ví sonreir.

¿Quién del poeta eclipsará la gloria?
¡Por el genio brillar! ¡Dicha sin fin!
Dije; mas ¡ah! sus fúlgidos laureles
Regados siempre con su llanto ví.

¿Do la felicidad? clamé abatido,
Mi esperanza al mirar rápida huir,
Y oculta voz que resonó en mi alma
«En el Cielo,-me dijo,-solo allí.»

EN EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA DOÑA ANA DE IBARRA.

En buen hora, ninfa bella,
Llegaste á mi hermosa patria,
Al eden del Mediodía,
Á la reina de Vandalia.

En buen hora; que ya ráudo
El helado invierno pasa,
Y la grata primavera
Tiende sus brillantes alas.

Todo á gozar te convida:
El verde prado que esmaltan
Mil flores, que dan al aire
Su deliciosa fragancia;

El puro azul de ese cielo
Que ya las nubes no empañan,
Y el sol brillante que alumbra
Del campo las ricas galas.

Todo á tu vista sonríe:
El cielo, el campo, las aguas
Del claro Betis undoso
Que á saludarte se para;

Y las flores y las aves
Que, ocultas en la enramada,
Porque tu frente acaricia
Envidia tienen al áura.

Mas si natura sonríe
Y cariñosa te halaga,
¿Por qué alejarte pretendes
De esta mansion encantada?

¿Es que á las flores, al cielo
Que Sevilla muestra ufana,
Á sus trinadoras aves,
Á sus auroras rosadas,

Prefieres, Anita hermosa,
La nieve de tus montañas
Y las nublosas riberas
Que el Nerva y el Plencia bañan?

¿Vino quizás un recuerdo
De tu venturosa infancia
Á despertar en tu mente
Ilusiones y esperanzas?

Si es así, parte dichosa,
Parte á tu ribera amada,
Y que la estrella te alumbre
De perpétua bienandanza.

Á ERCILIA.

¡Oh, cuán grato es vivir si la esperanza
Nos halaga con plácidos ensueños,
Y en la futura edad, pura y riente,
Dicha sin fin ofrece á nuestros ojos!
Hora gozando de sin par ventura,
Lleno de amor y paz indefinibles,
Vuelvo á pulsar mi abandonada lira,
Y el pensamiento vuela en el espacio
Por hallar el objeto que mi alma
En su entusiasmo indescriptible adora.

Yo la admiré radiante de hermosura
Por vez primera en el vergel ameno
De su grata mansion, y enajenado,
De amor sentí mi corazon herido.
¡Feliz, feliz mil veces el que pudo
Contemplar un momento de sus ojos
El lánguido mirar, y de su boca
La placentera, angelical sonrisa!
Es su talle gentil como la palma
Mecida por las áuras del otoño,
Muestra su tez los sonrosados tintes
De la estiva mañana, y su cabello,
Aun más negro que el manto de la noche,

Su cuello vela en ondulantes rizos.
Brilla en su frente pudorosa y bella
Del genio creador la ardiente llama,
Y destellan sus ojos viva lumbre
Como el almo lucero de la tarde.

¡Oh encantadora, incomparable amiga!
Tú la faz sacrosanta me recuerdas
Del arcangel divino que en mi infancia
Cercano imaginaba al lecho mio,
Velando siempre mi tranquilo sueño.
Tú eres la casta, pudorosa vírgen
Qne en su idealismo concibió la mente,
Y que mi alma con afan buscaba
En medio del revuelto mar del mundo.

Cual de los éuros al ardiente soplo
Mustias se inclinan las lozanas flores
Perdido su verdor, así en un tiempo
Al torrente de fieros desengaños
Ví agostarse la flor de mi esperanza.
¡Ay! yo creí desfallecer al peso
De mi acerbo dolor, y ya el terrible
Ángel de las tinieblas y la muerte
Tendía sobre mí sus negras alas:
Mas tu voz escuché; los dulces ecos
De tu harpa de oro á mí llegaron,
Y llanto de ternura vertí entonces,
De amor arrebatada el alma mia.
Así tambien el triste peregrino
Al caminar perdido por las selvas

En noche oscura de aterido invierno,
Contémplase feliz si por oriente
Vislumbra de la aurora el tibio rayo.

Y tú, ninfa gentil, la aurora fuiste,
La clara aurora del risueño dia
De bienandanza y paz. Ráudas huyeron
Á tu poder las nubes de tristeza
Que cercaban mi mente; luminoso
El sol resplandeció de la esperanza,
Nuevo encanto prestando á mi existencia.

Y luego.... luego en tu mirada ardiente
Bebí la inspiracion; pulsé la lira,
Y en trova melodiosa tu hermosura,
Tu preciada virtud y el amor mio,
Canté lleno de férvido entusiasmo.
¡Oh venturoso dia! En mi memoria
Vivirá tu recuerdo, como vive
De mi pasion la inestinguible llama.
Y tú, mi bella Ercilia, que piadosa
Diste á mi corazon almo consuelo,
Mírame siempre con benignos ojos,
Y que nunca las sombras de la duda
Oscurezcan tu frente.... Yo te amo,
Y este amor dá á mi pecho nueva vida.
Tu nombre resonando en mis cantares
En alas volará del vago viento,
Y en el espacio el eco fugitivo
Repitiéndolo irá por la ribera
Del manso Betis hasta el mar de Atlante.

Á UN AMIGO POETA EN SUS BODAS.

CANTO EPITALÁMICO.

EL POETA.

Ved los esposos: en amante lazo
Ya ante las gradas del altar se inclinan:
Ya el sacerdote con acento grave
Fiel los bendice.

Tímida ella de rubor se cubre,
Leve suspiro de su pecho exhala;
Lágrimas vierten de placer sus ojos,
Lágrimas tiernas.

Tal aparece embalsamada y pura
Rosa temprana en la estacion florida,
Cuando las áuras, de vital rocío
Bañan sus hojas.

Vedlos; se acercan. Tributad, amigos,
Dignos loores á la esposa bella;
Mil parabienes al feliz consorte
Dad halagüeños.

Suenen los bríndis, y del néctar puro
Cien y cien copas apurad, oh vates,
Triunfe esta noche de las NUEVE HERMANAS
Triunfe Lieo.

¡Oh caro amigo! Que la gloria brille
Siempre á tus ojos, y el amor sonría:
Dignas coronas de laurel y mirto
Ciñan tus sienes.

¡Quién más dichoso! De tu ninfa bella
Grato el acento halagará tu alma,
Noble entusiasmo, inspiracion sublime
Dando á tu mente.

Canta, poeta; que al vibrar tu lira
Láuros el mundo rendirá á tu nombre:
Ella tus triunfos partirá contigo,
Siempre risueña.

Sed venturosos: vuestra vida pase
Cual entre flores arroyuelo puro;
Nunca la estrella que brillante os guia
Velen las nubes.

CORO.

Suenen los brindis: en su honor colmemos
Cien y cien veces la espumante copa:
Suban al cielo nuestros fieles votos,
Ecos del alma.

A POLONIA EN 1863.

¿Qué poderoso acento
En la márgen del Vístula resuena,
Que en ímpetu violento
«Guerra, guerra» clamando al vago viento
De patrio ardor los corazones llena?

Triste un pueblo que gime
De la opresion bajo la férrea planta
Escúchalo, y sublime
Á quebrantar el yugo que le oprime
Contra el déspota fiero se levanta.

No al tirano homicida
Bastó, Polonia, contemplar tus penas;
Quiso el par que vencida,
Verte cantar su triunfo envilecida
Al infausto rumor de tus cadenas.

Mas, ah, nunca obediente
Pudieras consentir en tal mancilla;
Tu altiva y noble frente
Antes que á su mandato omnipotente
Rendir quisiste á su feroz cuchilla.

¡Cuántos, cuántos horrores
Por verte subyugada desplegaron
Los fieros opresores!....
Contestaron con risa á tus clamores,
Y tu sagrada religion hollaron.

¡Crueles!.... ¿Quién pudiera
Largo tiempo sufrir tal tiranía?
Oprobio eterno fuera
Cual corderos morir, sin que se uniera
El grito de venganza al de agonía.

«Baste, Dios justo, baste;»
Dijiste alzando las opresas manos;
Y el hierro fulminaste,
Y á la tremenda lucha te lanzaste
Gritando con valor: «¡Fuera tiranos!»

Mas ¡ay! que cual torrente
Que ráudo baja de enriscada altura,
Destruyendo potente
Cuanto se opone á su veloz corriente
Y sembrando el terror por la llanura;

Así se precipita,
Polonia, contra tí, su triunfo cierto
Juzgando, el Moscovita,
Y al exterminio con su voz excita
Al bárbaro cosaco del desierto.

¡Y sola, abandonada
Te encuentras, oh baldon!.... La culta Europa
Te tiende una mirada
De compasion tan solo, y descuidada
Deja que apures del dolor la copa.

«En vano, ay triste, en vano
Invocarás de Wola los laureles;
-Dice el audaz tirano:-
Esclava humilde besarás mi mano,
Y hollarán tus campiñas mis corceles.

Tus guerreros vencidos
Á mis plantas verás, y tus pendones
Do quiera escarnecidos:
En vano clamarás, que á tus gemidos
Sordas serán por siempre las naciones.»

¿Será verdad, Dios santo?
¿Y podrá Europa contemplar inerte
De ese pueblo el quebranto,
Sin que responda á su dolor y llanto
Con ronco grito de venganza y muerte?

No, jamás; que al acento
De independencia, oh pueblo, que proclamas
Con heróico ardimiento,
Responderán cien almas y otras ciento,
Que de entusiasmo con tu arrojo inflamas.

Presto tal vez la aurora
Luzca en que fuerte la justicia vibre
Su espada vengadora;
Tal vez ya suena de expiacion la hora....
Lucha, Polonia, en tanto y serás libre.

Lucha; tu causa abona
La justicia de un Dios omnipotente:
Si el mundo te abandona,
La del martirio celestial corona
De tus guerreros ornará la frente.

Y al par tu claro nombre
Justa la fama grabará en su templo;
Entusiasmado el hombre
Admirará por siempre tu renombre,
Y á las naciones servirás de ejemplo.

EL LLANTO DE UNA MADRE.

EN EL REGRESO DE LOS VALIENTES MARINOS ESPAÑOLES, VENCEDORES EN EL PACÍFICO.

I.

Ráudas se alejan las naves
De las ibéricas playas,
Al estruendo de los vivas
De multitud entusiasta.
Truena el cañon, y cien brazos,
Al ronco son de las salvas,
Su postrer saludo envian
Á los marinos de España.
Allá de la ardiente América
En regiones apartadas,
Van á vengar un ultraje,
Van á luchar por su patria.
Por eso el pueblo aplaudiendo
Empresa tan noble y santa,
Bendiciones les envía,
Y su alto valor aclama.
Entretanto anciana humilde,
Vertiendo abundantes lágrimas,

Vé partir con grave pena
La alígera y fuerte armada:
Que en una de aquellas naos
Vá un pedazo de su alma,
Vá la vida de su vida,
Un hijo de sus entrañas.
«Madre, ¡adios!-al partir dice;-
¡Adios! que el deber me llama:
Voy á luchar por la gloria,
Por el honor de mi patria;
Y quiera el cielo que vuelva
Victorioso á estas comarcas,
Que á ser vencido prefiero
Sucumbir en tierra extraña.»
Tal dijo: la triste madre
Llanto copioso derrama,
Y anuda su voz de queja
El dolor en su garganta.
Mas en su angustiado pecho
Grato consuelo derrama
Saber que á luchar su hijo
Vá por el honor de España.

II.

¿Qué alegre rumor el viento
Lleva en sus ligeras alas?
¿Qué anuncia el himno de gloria
Que el pueblo ardoroso canta?

¿Vengó España las ofensas
Que en regiones apartadas
Los descendientes ingratos
De sus hijos le causáran?
La hispana, inocente sangre
Por bandidos derramada,
Venganza obtuvo en los puertos
De la costa americana.
En vano ferradas torres,
Nuevas y potentes armas,
Y aun la traicion opusieron
Á nuestra invencible escuadra.
La hora sonó del combate,
La hora sonó deseada,
Y cual el rey de las selvas
Lleno de valor avanza
Contra su enemigo artero,
Sin temor á su arrogancia,
Así los bravos marinos
Prez y gloria de su patria,
Firmes la muerte desprecian,
Y á los contrarios se lanzan.
El sol, al nacer, flotante
Vió la bandera peruana,
Y al ocultarse miróla
Abatida y humillada.
Las fuertes torres, los muros
Del Callao defensa y guarda,
En miserables ruinas
Nuestra victoria proclaman.
Al saber tan grata nueva

Su voz Hesperia levanta,
Bendiciendo á sus marinos
Y al caudillo que los manda.
Solo una anciana, entre el pueblo
Que el entusiasmo embriaga,
Al celebrar la victoria
Lágrimas tiernas derrama:
Que allá en los extensos mares
De la América lejana
Tiene un hijo que á la guerra
Fué, de su entusiasmo en alas.
La peste, el hambre y el fuego
Combatieron á la armada;
Sangre costó la victoria,
Y el hijo de sus entrañas
Perecer en el combate
Pudiera en hora menguada;
Que él defendió como bueno
La prez y el honor de España.

III.

Del mar cortando las olas
Bella nave engalanada,
Cual ave marina, llega
Á las ibéricas playas.
Es la que lleva por nombre
El de la córte de España,
Una de las que en Abtao
Honor fué de la jornada;
La invencible en el peligro,

La que Alvar Gonzalez manda...
¡Alvar! que á pecho desnudo
El fuego desafiaba.
Ved el pueblo: presuroso
Por saludarle se afana;
Sonoro el címbalo al viento
Sus ecos alegres lanza,
Y entre vítores y aplausos
La multitud entusiasta,
«Láuro á los bravos marinos
-dice,-que en tierras lejanas
Triunfante de los contrarios
Alzaron la enseña hispana.»
Una anciana, entre las turbas,
Llanto de placer derrama,
Que contra su seno estrecha
Al hijo de sus entrañas.
Él le cuenta los azares
Que en la costa americana
Sufrió con valor heróico,
Con indomable constancia:
Y orgulloso al referirle
Que en la victoria alcanzada,
Vertió su sangre, sin duelo,
Por su Reina y por su patria,
«Bendito, bendito seas,
-La madre llorando exclama;-
Tú la esperanza y la gloria
Eres de mi pobre casa,
Que con valor has sabido
Luchar en honor de España.»

LAS RUINAS DE ITÁLICA.

A MI QUERIDO AMIGO
EL DISTINGUIDO LITERATO É INSPIRADO POETA,
SR. D. JUAN J. BUENO.

¡Cuánto es sublime
la voz de los sepulcros y ruinas!
(Heredia.)

Cuando Roma triunfante
Cual señora del mundo aparecía,
Y su poder omnímodo extendía
Desde las playas del soberbio Atlante
Hasta el Jónico mar, ciudad famosa
Alzábase potente
Del Betis en la márgen deliciosa,
Ostentando, orgullosa,
Ceñida de laurel su altiva frente.
Templos, palacios, termas,
En su extenso recinto
Grandiosos se elevaron;
Y de sus hijos el saber, la gloria,
En himnos de victoria
Entusiastas los pueblos aclamaron.

¡Oh Itálica! eras tú; tú que en ruinas
Hoy trocada te ves, y triste lloras,
Y al suelo á tu pesar la sien inclinas,
Y al tiempo en vano compasion imploras.

En vano, sí: con implacable saña
Ráudos en tí los siglos imprimieron
Sus huellas destructoras,
Y en polvo tus grandezas convirtieron.
Preciada joya de la madre España,
¿Qué es de tu antiguo nombre y poderío?
¿Dó las torres están, dó el fuerte muro
En que tus hijos, con ardiente brio,
Las agresoras huestes resistieron
Del soberbio Varron? ¿Dónde el ruidoso
Pueblo que en tu recinto se albergaba,
Y al héroe victorioso,
Y al atleta invencible
Con férvido entusiasmo saludaba?
¡Ay, que ya ante mis ojos
Con funerario velo te presentas,
Y abandonada y muda solo ostentas
De tu poder los míseros despojos!

Empero, ¿quién al verte
En tu mismo sepulcro no te admira?
¿Quién tu inmortal renombre y tu grandeza
Triste no evoca y con dolor suspira?

Aun lo recuerdo bien: en apacible
Noche, con paso incierto

En torno tuyo con afan vagaba,
Y ora tu anfiteatro ya desierto,
Ora tus rotos, abatidos muros
Con pavor en silencio contemplaba.
En lánguido desmayo
La luna se inclinaba soñolienta,
Sobre tu faz lanzando, macilenta,
Desde Occidente moribundo rayo.
Trémulo ante la calma aterradora
En que sumida estás, por un momento
Honda ansiedad mi corazon devora....
Mas de improviso en mi delirio creo
Que aun el genio romano en tí palpita,
Y al pueblo todo entusiasmado veo
Que de una sombra en derredor se agita.
¡Trajano! es él: sobre su augusta frente
Deslumbrante corona altivo muestra....
Su faz revela su saber profundo,
Y el cetro que glorioso rige al mundo
Severo empuña con potente diestra.
«¡Salud, guerrero ilustre! Conducido
Tu carro siempre fué por la victoria;
Por ella te encumbraste al Capitolio,
Que el pueblo rey, al admirar tu gloria,
Puso á tus piés su ambicionado sólio.
¡Salud!...»
Mas ¡ah! que en breve en su camino,
Con mesurada planta,
Otro guerrero insigne se levanta,
Y otro, cercado de esplendor divino.
De él caminan en pos, ambos ciñendo

Sobre sus sienes la imperial corona,
Y al contemplarlos, con ruidoso estruendo,
Cantos de amor la multitud entona.
«¡Salud, Élio inmortal! y tú benigno,
Magnánimo Teodosio, que anhelante
En alas de la fé tendiste el vuelo,
¡Gloria eterna á tu nombre!
Por tu virtud, por tu ferviente celo
La sacrosanta religion, triunfante
De la ciega impiedad, se alzó en el suelo.»

Así exclamé: y aun escuchar creía,
En la region del viento,
El entusiasta, prolongado acento
Del pueblo que á sus héroes aplaudía,
Cuando á mi vista súbito aparece
Turba fatal, que desbordada y fiera,
De Iberia por los campos se derrama
Sembrando destruccion en su carrera.
Á la siniestra, vacilante llama
De sus negras antorchas,
¡Oh Itálica! te miro,
Y mi angustiado pecho
Exhala de terror hondo suspiro.
Nada resta de tí. ¡Ay! ¿Qué se han hecho
Tus jardines, tus templos y palacios?...
El ángel de la muerte,
Batiendo sobre tí sus negras alas,
Goza tal vez al contemplar tu suerte:
Y al ver perdidas tu belleza y galas,
«Itálica no existe» dice el viento,

Y pavoroso y triste
El eco, que en tus ámbitos se esconde,
«Itálica no existe,»
Á su acento fatídico responde.

¡Ruinas....! ¡Soledad!.... El tiempo vuela
Y sigues en el polvo reclinada.
«¿Muerta ya para siempre, abandonada,
Verás que el claro brillo de tu nombre
Entre las sombras de la edad se pierde,
Sin que al hollarte indiferente el hombre
Tu pasado esplendor jamás recuerde?»

Dije: y con paso tardo ante mis ojos
Sér misterioso en breve se presenta
Que respeto y amor al alma inspira.
Láuro su sien inmarcesible ostenta,
Pulsa su mano resonante lira,
Y dando en son doliente
Su voz al aire vago,
De Itálica recuerda conmovido
¡*Cuánta fué* la *grandeza y es su estrago*!

¿Quién eres, genio ilustre, que perdido
Vagas por estas yermas soledades?
¿Eres Silio tal vez, Silio que ahora
De su helado sepulcro se levanta,
Y la ruina de su patria llora,
Y el infortunio de su pueblo canta?
¡Ah! no: Silio la guerra
Enalteció y sus barbaros horrores....

Tú cantas el dolor, y tu voz grave
Es plácida y suave,
Como el áura que gime entre las flores.
¡Salve, Rioja insigne,
Vate sublime de la patria mia!
Á tu poder *Itálica famosa*
Levántase del polvo del olvido,
De nuevo apareciendo victoriosa.
Su preclaro renombre, que perdido
De largos siglos trás la noche umbría
Quedaba de la suerte al golpe rudo,
En tus cantares con amor le ofreces:
¡Salve, salve mil veces!
Inspirado cantor, yo te saludo.»

Mas súbito volviendo
Del letargo fatal que me embargaba,
Alzarse miré el sol, que desde Oriente
En roja luz bañaba
Con vivos rayos mi cansada frente.
«Adios, adios quedad, míseros restos
De la ciudad que un dia
Emporio fué de la soberbia Roma;»
Dije de tí alejándome, abismado
En profunda y tenaz melancolía.
Y desde entonces tu tremenda historia,
Fija siempre en mi espíritu agitado,
El fin me muestra de la humana gloria.

AGITACION DE AMOR.

Fugaz huyó el dia; la luna en oriente
Ya trémula brilla con tibio fulgor,
Y al cénit se eleva, serena y riente:
El áura suspira, murmura la fuente
Quejidos de amor.

¡Cuán bella te muestras, oh noche de estío!
Sus brisas más puras concédete el mar;
Y plácidas llegan al bético rio
Cargadas de aromas y blando rocío
Mi mente á inspirar.

¡Oh selvas umbrosas! ¡Oh gratas riberas
Que en llanto inundára de acerbo dolor!
Vosotras tan solo, que sois compañeras
Del alma afligida, las tristes quimeras
Sabreis de mi amor.

Venid, áuras puras, de amores tesoro;
Mis tiernos cantares á Ercilia llevad:
Decid á la ingrata que siempre la adoro,
Y en blando murmullo, festivo, sonoro,
Su sueño arrullad.

Decidla que solo por ella respiro,
Que eterna su imágen grabada está en mí;
Y luego, áuras leves, si allá en su retiro
Exhala del alma profundo suspiro,
Traedlo hasta aquí.

Mas ¡ay! que felices vivís sin dolores,
Y en vez de moveros mi amargo pesar,
Seguís dulcemente vagando entre flores,
Que de ellas tan solo los castos amores
Os place escuchar.

Gozad, dulces áuras, gozad, flores bellas,
En tanto que lloro su injusto desden;
Vivid contemplando las claras estrellas,
Y nunca mi llanto, mis tristes querellas
Pesares os den.

Gozad: mas si acaso, oh flores sencillas,
La veis de vosotras vagando en redor,
Decidla cual peno por estas orillas,
Y ved si se bañan sus blancas mejillas
En llanto de amor.

A MI BUEN AMIGO
EL EXCMO. SEÑOR MARQUÉS DE CABRIÑANA,
INSIGNE POETA.

Codicia el vulgo, de brillar sediento,
El mundano poder y la riqueza,
Dones que desparecen con presteza
Cual niebla leve que arrebata el viento.

De la santa virtud y del talento,
Que al hombre ofrecen perenal grandeza,
El noble, el sabio á la suprema alteza
Aspiran solo, con sublime aliento.

Así tú, caro amigo, que comprendes
Cuan vanas son las dichas mundanales,
En la llama del bien tu pecho enciendes:

Y del genio en las alas celestiales
Al templo augusto del saber asciendes,
Alcanzando laureles inmortales.

EN LA PRIMERA MISA

DE MI QUERIDO AMIGO EL JÓVEN PRESBÍTERO

D. LUIS GONZAGA HERRERA,

INSPIRADO POETA.

Sonó la hora: rápido
Llegó el feliz momento
Que con ardiente júbilo
Pudiste imaginar.
Llegó, y hasta el Altísimo,
En dulce arrobamiento,
Podrás tú noble espíritu
Ferviente levantar.

¡Oh! llega al tabernáculo:
Inclina en él tu frente,
Y la plegaria mística
Pronuncia con ardor:
De los espacios célicos
Á tí vendrá el Potente,
Que en *pan de gracia* cándido
Se ofrece por su amor.

Amor santo y benéfico
Del Dios único y trino,
Misterios mil recónditos
Encierras para mí:

Mas de la Fé purísima
El eco peregrino
Me dice: «En la hóstia adórale,»
Y al Verbo adoro allí.

Feliz tú que en el piélago
Del mundo descreido
De salvacion el áncora
Podrás, amigo, hallar:
Y del doliente huérfano,
Del pobre y desvalido,
Las ardorosas lágrimas
Benévolo enjugar.

Que es tu mision angélica,
Y en ella Dios te guia:
Sí; de virtud sin límites
Ejemplos mil darás:
Y confundiendo al réprobo
Con tu palabra pía,
La santa Fé católica
En triunfo extenderás.

Ah, sí; ante pueblo innúmero
Figuro contemplarte,
Que humilde espera y férvido
Los ecos de tu voz;
Ó ya en silencio, atónito,
Te admira al escucharte,
Ya de tu acento ávido
Tras tí corre veloz.

Así del alto empíreo
Alcances el tesoro
De gracias, que el Ingénito
Concede en su bondad;
Cual lo alcanzaron, fúlgido,
Leandro é Isidoro,
Al dar ejemplo altísimo
De amor y de piedad.

Ven, llega al tabernáculo:
Inclina en él tu frente,
Y la plegaria mística
Pronuncia con ardor....
De los espacios célicos
Á tí vendrá el Potente,
Que en *pan de gracia* cándido
Se ofrece por su amor.

Y luego, cuando en éxtasis
Sublime y venturoso,
Lleno de amor purísimo,
Al Todopoderoso
Eleves tiernos cánticos
Con noble magestad....
Oh, ruégale que plácido
Del mundo los errores
Perdone, y que amantísimo
Mitigue sus dolores,
Y en el Eden contémplele
Feliz la humanidad.

Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II,

EN SU LLEGADA Á BADAJOZ

DE PASO PARA PORTUGAL.

HIMNO.

CORO.

Augusta anhelante contempla á Isabela
Del Gébora á orillas, cual fúlgido sol:
¡Miradla!.... Es el ángel que al triste consuela,
La madre benigna del pueblo español.

I.

Por do quiera que mueve su planta
Brota el suelo laureles y flores,
Y en aplausos y en dignos loores
Vibra el aire que aspira en redor.
Es Hesperia que amante y gozosa
Á su Reina benévola aclama,
Y á su paso coronas derrama
Por mostrarle su férvido amor.

II.

En el bético suelo, en Barcino
Y del vasco en la grata ribera,
Bondadosa, feliz, placentera,
De sus pueblos el voto acojió.
Y del huérfano triste al quebranto
Dió benigna amoroso consuelo;
Del anciano doliente el anhelo,
Generosa, do quier mitigó.

III.

Hora al suelo de Gama sus pasos,
Precursora de bienes, dirige,
Senda abriendo á los pueblos que rige
De riqueza y de dicha eternal.
La discordia vencida se aleja,
Que altos reyes extienden sus manos,
Y el Ibero y el Luso, ya hermanos,
Hoy se estrechan en lazo cordial.

IV.

¡Salve aurora que dulce esperanza
Á los pechos benéfica augura!
Luengas horas de paz y ventura
De tí lleguen risueñas en pos.

No rivales: de amor sin segundo
Digno ejemplo mostrad, oh naciones,
Y colmadas de mágicos dones
Os vereis por la mano de Dios.

V.

Zumba el bronce, en las torres herido,
El cañon con sus salvas atruena,
Y del viento los ámbitos llena
La ovacion entusiasta y leal:
«¡*Viva, viva la Reina clemente*!»
Clama Augusta en acento sonoro,
Y de ninfas el plácido coro
¡*Viva*! dice, con eco inmortal.

CORO.

Augusta anhelante contempla á Isabela
Del Gébora á orillas, cual fúlgido sol:
¡Miradla!.... Es el ángel que al triste consuela,
La madre benigna del pueblo español.

A MI QUERIDO AMIGO EL CÉLEBRE POETA

D. NARCISO CAMPILLO.

Cual águila real que en ráudo vuelo
Á la etérea region se alza atrevida,
Por olvidar, en su extension perdida,
La triste cárcel del mezquino suelo;

Así tu alma, con ferviente anhelo,
De noble aspiracion, de ardor henchida,
Nueva lumbre buscando, eterna vida,
Alzóse audaz hasta llegar al cielo.

Un vivo lampo de la luz fulgente
Emanacion de Dios, que al sol empaña,
Entonces vino á iluminar tu frente:

Y con voz firme, á la maldad extraña,
Cantaste lleno de entusiasmo ardiente,
Y vate insigne te saluda España.

A LOS DEMOLEDORES

DEL ARCO DE SANCHO ORTIZ.

TRADUCCION DE MR. A. DE LATOUR. (6)

BAJO ESTE ARCO, EL CID DE ANDALUCIA RETÓ Y MATÓ, POR ÓRDEN DEL REY, A BUSTOS, AMIGO SUYO Y HERMANO DE SU PROMETIDA.

Cuando cayó el noble Bustos
Al golpe de fuerte espada,
Con desfallecida mano
Á este arco señalaba.
«Que pase la noche, dijo,
Que torne á lucir el alba,
Mientras erguido aparezca
Treguas no tendrán tus ánsias,
Ortiz, recordando siempre
Que sin compasion me matas.»

Cayó el arco que sombríos
Recuerdos atesoraba:
Testigo anciano de Bustos,
Tu muerte fué decretada.

Hora al contemplar tus restos
En la noche solitaria,
Mientras las trágicas sombras
De entrambos evoca al alma,
«Ortiz está perdonado,»
Misteriosa voz exclama.

Ah, fué de su edad el crímen
No de él; que si el rey hablaba,
Era obedecer forzoso;
Y su abnegacion fué tanta,
Que fiero retó al amigo
Amando tierno á la hermana,
Y con tranquilo semblante
Despues, y con fria calma,
Tornóse á buscar la muerte,
De Bustos á la morada.

Bravo Ortiz, duerme tranquilo:
Mas á tí, que en furia insana,
Con mano que en adelante
No podrá detener nada,
Del suelo de Andalucía
Los monumentos arrancas
Do la poesía y el arte
Digna inspiracion alcanzan,
Nivelador despiadado,
¿Quién perdonará tu audacia?

A MI QUERIDA AMIGA

LA INSPIRADA POETISA Y NOVELISTA CÉLEBRE,

SRA. DOÑA MARIA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

Tu voz, cual eco de ave canora,
Dulce poetisa, siento vibrar;
Como el de brisa murmuradora,
Cúal la armonía grave y sonora
Que dá á los vientos sereno el mar.

Eco suave de alma ventura
Que ensalza al genio y á la virtud,
Que dá consuelos en la amargura,
Y senda muestra grata y segura
Por do camine la juventud.

Bien haya, amiga, tu dulce acento
Que dicha y gloria lleva al hogar,
Que alta pureza dá al pensamiento,
Y en pechos nobles, con firme aliento,
Santas virtudes sabe inspirar.

Feliz quien pudo, tierna cantora,
Sentir cual sientes, llena de ardor,
La luz del genio, grande, creadora,
Que al tiempo vence, que es bienhechora
Fuente de vida, nuncio de amor.

Mas, ¡ay! que en vano pintar anhelo
La ardiente llama que en tí admiré,
Y ese amor santo que aspira al cielo,
Y á Dios el alma, con ráudo vuelo,
Conduce en alas de viva Fé.

Ah, cuando opreso por los rigores
De aguda pena, triste gemí,
Blandos consuelos á mis dolores
En ese célico amor de amores
En que te inflamas, solo sentí.

Cual hora al lado de esposo amante
Gozando sigas tan alto bien;
Y de laureles y oro brillante
Digna diadema, pueblo anhelante
Ciña, oh cantora, ciña á tu sien.

AL EMINENTE ACTOR É INSIGNE POETA

D. JULIAN ROMEA,

EN LA NOCHE DE SU BENEFICIO.

¿Quién, Artista sublime, conmovido
No se sintiera al escuchar tu acento?...
Evocaste á Colon, y al pensamiento
De tu mente, Colon ha respondido.

De Gloucester el pecho endurecido,
Ageno á todo humano sentimiento,
Del desgraciado Tom el sufrimiento
¿Quién como tú jamás ha comprendido? (7)

¡Gloria á tu nombre!... La radiante llama
Del genio creador brilla en tu frente;
Te admira el alma, á tu poder sujeta:

Y al par del pueblo que feliz te aclama,
Grito, cediendo á mi entusiasmo ardiente:
¡Láuro eterno al actor! ¡Láuro al poeta!

LA MUERTE DE SAFO.

A MI MUY QUERIDO Y RESPETABLE AMIGO

EL ILUSTRE POETA

SEÑOR DON GASPAR BONO SERRANO,

CAPELLAN DE HONOR DE S. M.

Áura suave que del mar Egeo
Leve acaricias las azules ondas,
Tiende tus alas y á Sicilia lleva,
Lleva mi canto.

Vé: que al ingrato, fugitivo amante
Llegue el suspiro que exhaló mi pecho;
Eco amoroso que vibró en mi lira
Lánguido y triste.

¡Ah! si él pudiera contemplar mi llanto
Tal vez piadoso mi dolor calmára;
Estro divino, inspiracion sublime
Diera á mi mente.

¡Mísera! ¿Debo de Faon acaso
Dulces caricias esperar de amores?
Solo desdenes á mi pecho guarda....
¡Pérfido amigo!

¡Oh! que Neptuno su velera nave
Hunda en las olas del soberbio Ponto:
Venguen los dioses mi terrible afrenta;
Muera el perjuro.

¡Ay! que mi labio sin querer le ofende:
Tú, mi adorado, mi Faon querido,
Vive aunque olvides para siempre á Safo;
Yo te perdono.

Hora en tus brazos mi rival dichosa
Tal vez escuche tus palabras tiernas;
Yo gimo en tanto y por mi bien anhelo
Solo la muerte.

Así en la triste playa silenciosa
Del Léucade gemía
La poetisa infeliz, honor de Grecia.
Torrentes de armonía
De su lira brotaban, y llorosa
Daba al viento sus lánguidos cantares,
Pero su voz doliente se perdía
Como la voz del náufrago en los mares.

En vano, en vano la mirada ansiosa
Inquieta fija en el cristal sereno

Del pacífico mar; en vano espera
Con triste corazon de angustia lleno
Ver llegar la trireme salvadora
Que le devuelva á su Faon querido:
Horrible soledad aterradora
En torno de ella impera,
Y por montes y valles repetido
El eco solo á su clamor responde.
¡Oh tormento cruel! ¿Adónde, adónde
Hallar pudiera á su dolor consuelo,
Si su amante la deja en el olvido
Y al par le niega su favor el cielo?

Con paso vacilante,
Pálido el rostro, incierta la mirada,
Dirígese anhelante
Á la selva tranquila y apartada
Do se alza el templo del divino Apolo.
Llega ante el ara y trémula se inclina:
—¿«Cuál será al fin la suerte,
Al venerable arúspice pregunta,
Que el cielo airado á mi pasion destina?
¿Eterno es mi dolor?»-«Solo la muerte
Podrá tu amor y tu fatal quebranto
De tu pecho extinguir.»-con voz severa
El sacerdote dice, y muda, inerte,
Anegada su faz en triste llanto,
La hora terrible de su fin espera.

Mas súbito se alza altiva y fuerte;
Suspiros ya no exhala, ya no llora,

Que su pecho rencor tan solo abriga;
Y con mirada audaz, provocadora,
Retar parece al Dios que la castiga.

Tal vez en alas de su genio ardiente
Eleva hasta el Olimpo el pensamiento,
Y dichosa un momento
Con los dioses supremos se compara.
Tal vez guiada por su amor vehemente,
De Pirra y Deucalion la grata historia
Recuerda llena de esperanza y vida,
Y en la ilusion quimérica perdida
De sus sueños de gloria,
Ver de nuevo á su amante se figura
Estrecharla ardoroso entre sus brazos
Palpitante de amor y de ventura.
¡Oh, cómo entonces los estrechos lazos
Que aprisionan el alma
Romper intenta con afan su mente
Y libre alzarse en venturosa calma!
Brilla un destello en su elevada frente
De inspiracion sublime, y portentosa
Vé la fama crecer de su renombre,
Salvando de los siglos la ominosa
Y destructora huella:
Así tambien en triste y tormentosa
Noche de invierno, fugitiva estrella
Luce un momento fúlgida en el cielo,
Para ocultarse, macilenta, en breve
De parda nube tras el denso velo.

¡Ay, su esperanza huyó! Cual niebla leve
Del ábrego fugaz arrebatada
Sus ensueños de amor se disiparon.
Tres veces ¡ay! los cándidos albores
De la aurora gentil, iluminaron
La floresta encantada,
Del mar tiñendo las cerúleas ondas
De oro y grana en purísimos colores,
Y ella en vano esperó...Desalentada
Vedla ya caminar hácia el horrendo,
Profundo abismo con incierta planta:
Mas ¿qué rumor extraño se levanta
Y viene á herir su oido en son tremendo?
Es que el pueblo de Grecia, presuroso,
En inmenso tropel impetuoso,
Acude á presenciar el sacrificio
De la sin par cantora,
Á quien Sicilia consagrára estátuas,
Á quien Atenas entusiasta adora.

Cual las olas del Ponto, que iracunda
Y horrible tempestad desencadena,
La turba, así, que la ribera inunda,
Bulle y se agita de impaciencia llena.
Safo aparece al fin: en la alta cumbre
Del Léucade se muestra, y silenciosa
La multitud la admira;
Mas el dolor se pinta en los semblantes,
Que al par que admiracion piedad inspira.

Lívida y temblorosa,

Suelto el cabello en trenzas ondulantes,
Hácia el piélago inmenso que la espera
Sus pasos apresura,
Mas detiénese un punto, y su mirada
Fija del ancho mar en la llanura.
«Faon, Faon,-exclama,-tú en la fiera
Sima del mal me hundiste, y desgraciada
Me has hecho con tu amor, mas vendrá un dia
En que llores, cruel, la suerte mia.
Del mundo aborrecido, y agoviado
De vergüenza y dolor, con triste acento
La muerte invocarás, mas ella impía
Se burlará tambien de tu lamento.»
Dijo; y el salto dando, entre las ondas
Despareció fugaz...Entonce al viento
De lástima y terror hondos gemidos
De la apiñada multitud se alzaron,
Que tristes por el eco repetidos
Hasta en Lesbos dolientes resonaron.

Tú la lloraste, oh Grecia, y esos ayes,
Ese llanto del alma
Que tierna consagraste á su memoria,
Son de su triunfo la brillante palma,
Son digno láuro á su esplendente gloria.
Ellos de siglo en siglo resonando,
El talento profundo
De la insigne poetisa y los amores
Publicarán al mundo,
Y las almas sensibles conmovidas
Lamentarán su suerte y sus dolores.

¡Ah! yo tambien la lloro: dulcemente
Me siento al recordarla enternecido,
Y el fuego no extinguido
Renacer del amor siento en mi pecho.
¿Tanto la ardiente inspiracion alcanza?
Sí; que en acerbas lágrimas deshecho
A su divina voz triste suspiro,
Ó dichoso respiro
El hálito inmortal de la esperanza.

SUEÑOS DE PRIMAVERA.

LEYENDAS.

INTRODUCCION.

Pasó el helado invierno: su nívea cabellera
Hundió en el hondo seno del turbulento mar:
Alegre ya sonríe la grata Primavera,
Ceñida su alba frente de rosas y azahar.

Ostentan las praderas su pompa y galanura,
El serpeante arroyo murmura en dulce son,
Los árboles se visten de mágica verdura
Y en ellos alza el ave su plácida cancion.

No gime yá en los bosques el aquilon bravío,
Ni empañan negras nubes el horizonte azul;
Tranquilo se desliza el sonoroso rio
Entre el flexible sáuce y el lánguido abedul.

¡Oh dulce Primavera! Al contemplar tu cielo
Por entre el verde manto de agreste pabellon,
Tus olorosas flores, tu sol puro y sin velo,
En paz respira el alma, se ensancha el corazon.

Llegad, llegad, oh bellas, las que en fatal desmayo
La perdida llorais de algun infausto amor;
Sentid las frescas áuras del floreciente Mayo,
Y ved del sol poniente el rayo temblador.

Llegad, llegad al campo: feliz melancolía
Y dulces esperanzas encontrareis en él:
Allí las ilusiones de amor y la alegría
Renacen cual las galas del plácido vergel.

¡Cuán bella, rodeada de céfiros y flores,
Gentil la Primavera cruzando el aire vá!
El genio es de la vida que ahuyenta los dolores
Al poderoso acento del fuerte Jehová.

Yo siento convertirse el estro que me inspira
Á su presencia grata en fuego abrasador;
Y pulso delirante mi abandonada lira,
Y ensueños mil de gloria me cercan y de amor.

Su velo ante mis ojos descorre lo pasado
Y mil recuerdos vienen mi mente á iluminar;
Huir miro los siglos, y débil, fatigado,
Por ráudo torbellino me siento arrebatar.

Y en la callada noche, al rayo macilento
De la argentada luna, cual mágica vision,
Envuelto en parda niebla, por la region del viento
De espectros miro alzarse fantástico escuadron.

Mas no son negras sombras de inícuos opresores,
Terror del mundo todo, las que mis ojos ven;
No son, no, de Tarquino los bárbaros horrores,
Ni de Neron los vicios y las maldades cien.

Son fúlgidas visiones de apuestos paladines
Y de gentiles damas que, en no remota edad,
En justas y torneos ó en plácidos festines
Mostraban su destreza, su amor ó su lealtad.

Y admiro con asombro, de seres olvidados
Ejemplos de heroismo, de astucia ó de virtud,
Y entonces doy al viento sus nombres ignorados,
Y canto sus historias al son de mi laud.

Ven dulce Primavera, y ofrece al alma mia
Ensueños mil de gloria, imágenes de amor...
Por tí del mundo olvido la injusta saña impía;
El láuro por tí anhelo que ciñe el trovador.

LA PEÑA DE MARTOS.

LEYENDA PRIMERA.

Al Sr. D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca,
caballero profeso del hábito de Alcántara, Gentil-hombre de Cámara de S. M. con ejercicio, etc.,
en prueba de afectuosa amistad
y consideracion.

LA PEÑA DE MARTOS.

I.

LA MUERTE DEL VALIDO.

Gran tumulto hay en Palencia
Nobleza y plebe se agitan;
Un triste acontecimiento
La mente de todos fija,
Y hácia la morada régia
Las turbas se precipitan.
Allí el cadáver de un hombre
En el umbral se divisa,
El rostro desfigurado,
Bañado en su sangre misma,
Que horror y lástima á un tiempo
Al contemplarle infundía.
El pueblo le reconoce....
Noble, muy noble es la víctima;
De régia estirpe desciende,
La plebe su fausto admira,

Y, valido del monarca,
Los cortesanos le envidian.
Es don Juan de Benavides,
Poderosa es su familia;
Venganza tomará el rey,
Dios al matador asista.
Presto la noticia cunde
De maldad tan inaudita,
Y al Palacio, presurosos,
Alarde haciendo á porfía
De lealtad, acuden condes,
Caballeros de alta guisa,
Hijos-dalgos y escuderos,
Y el clero tambien envía
Representantes que expresen
Al monarca de Castilla,
El dolor que esperimenta,
La indignacion que le anima
Contra el autor ignorado
De tan fiera alevosía.
Yá en el salon de Consejos
Reunidos todos se miran,
Y con inquietud esperan
Del monarca la venida.
Hay algunos que en voz baja
Sobre el hecho mil noticias
Increibles, aventuran:
Quién del suceso, la intriga
De algun monarca extrangero
Dá por causa, quién la envidia
De un magnate cuyo nombre

Mentar expuesto sería,
Y no falta quien lo achaque
Á la anhelante codicia
Que en los deudos del finado
Sus riquezas encendían;
Que por gozallas más presto
Fraguaron tal villanía.
Mas todos, todos presienten
Que atroz será la justicia,
Y con misterio murmuran:
«Noble, muy noble es la víctima,
Y el rey tomará venganza;
Dios al matador asista.»

II.

LA SOSPECHA.

Abrióse al fin una puerta
De la magnífica estancia,
Y un paje anunció á la Corte
La presencia del monarca.
Vistiendo acerada cota
Y sobre ella de escarlata
Rica túnica, de oro
Y zafiros recamada,
Y en sus hombros régio manto

De velludo, do resaltan
Esmeraldas y rubíes
Y blancas pieles de Arábia;
De fino temple al costado
Ciñendo tajante espada,
Y á sus sienes real diadema,
Cuyo brillo al sol iguala,
El rey don Fernando el cuarto
De su Corte á las miradas
Mostróse, con faz severa
Y con gentil arrogancia.
Todos á su paso inclinan
La frente; cada uno aguarda
Para sí grato saludo,
O tal vez una palabra
Del rey... pero en vano: él sigue
Mudo y severo su marcha,
Y preocupado subiendo
Del alto sólio las gradas,
Siéntase, y con voz que indica
La mal comprimida rabia,
Así con pausado tono
Á sus cortesanos habla:
«Prelados y nobles condes,
Ricos-homes que la guarda
Y defensa habeis del reino,
Caballeros, cuya espada
Blandísteis siempre en defensa
De justas y buenas causas,
Y vosotros, servidores
De mi persona y real casa,

Publicad, si lo sabeis,
El nombre del que villana
Y torpemente ha manchado
Sus manos, de sangre avaras,
En la del fiel Benavides,
Á las puertas de mi Alcázar.
Decidme quien fué el malvado
Que inventó tan negra trama
Contra el mejor caballero
Con que Castilla se honraba.
Decidlo, decidlo presto...
Una sospecha me basta,
Pues os juro por quien soy
Que su cabeza en la plaza
Rodará, y hasta sus nietos
Ha de alcanzar mi venganza.»
Siguió silencio profundo
Á esta terrible amenaza;
Ninguno en el rey airado
La vista fijar osaba,
Y en vez de hombres parecían
Los cortesanos estátuas.
«¿No hay ninguno que conozca
Al autor de tal infamia,
-Prosiguió con ronco acento
El irritado monarca,-
Ó es que el temor vuestras lenguas
Con lazos indignos ata?
¿Impune quedará el crimen?
¿Libre el matador?.. ¡Oh rabia!
Mas... ¡que luz! ¡ah! yá adivino:

No hay duda, siempre sus casas
Rivales fueron; vencidos
Los ví por su fuerte lanza;
Ellos son...los Carvajales:
Con esta tan *noble* hazaña
Borrar quisieron la afrenta
Qué el vencimiento les causa.
¡Traidores! ah, yo les juro
Que el manto de Calatrava
El verdugo de sus hombros
Ha de arrancar: deshonrada
Su estirpe verán, y luego...
Dios se apiade de sus almas.»
Dijo: despidió á su Corte
Con inseguras palabras,
É internóse macilento
Por las vecinas estancias.
Cual hojas del viento heridas
Los cortesanos temblaban;
Mudos de terror oyeron
La sentencia fulminada,
Y al abandonar sumisos
El régio y suntuoso Alcázar,
Llenos de temor y dudas
Con ténue voz murmuraban:
«¿Será verdad? Y los hijos
De familia tan preclara,
¿Habrán sobre ella intentado
Echar tan horrible mancha?
Tal vez injustas sospechas...
¡Oh, qué golpe les aguarda!

Sí, morirán... ¡dura suerte!
Su sentencia está dictada,
Que el rey don Fernando el cuarto
Es terrible en sus venganzas.»

III.

TIRANO Y VÍCTIMAS.

De Palencia partió el rey
Por sus huestes precedido,
Y hácia Martos se dirige
Silencioso y pensativo.
No vá de su Fé y su patria
Á combatir enemigos,
Sino á saciar, insensato,
Sus vengadores instintos.
En vano el bético suelo,
De ricas galas vestido,
Risueño á su paso muéstrale
Sus pomposos atractivos.
Canoras aves en vano,
Con sus melodiosos trinos,
En dulce canto de amores
Vienen á halagar su oido:
Que él, en alazan soberbio,
Siguiendo audáz su camino,

Solo en su cruel venganza
Tiene el pensamiento fijo.
Por ella hasta el amor puro
De su patria dá al olvido,
Y odioso será por ella
Á los venideros siglos.
  Yá desde lejos divisa
El alto y fuerte castillo,
Ayer morada de infieles,
Hoy de cristianos asilo.
Allá en una de sus torres,
Blanca como piel de armiño,
Flotar vése una bandera
Del céfiro al blando giro.
Roja cruz tiene en su centro,
Santo y noble distintivo
Que ostentan de Calatrava
Los caballeros invictos,
Terror de la gente mora,
Nunca en la guerra vencidos,
Honor y prez de su patria
Por su lealtad y heroismo.
Allí estan los Carvajales,
Que comendadores dignos
Son de la Orden, y gefes
De aquel murado recinto.
Por eso veloz á Martos
Camina el monarca altivo;
Venganza pide á sus ojos
La sangre de su valido,
Y del Potente juzgando

Ser intérprete divino,
Olvida, torpe, en su orgullo
Que está ofendiendo á Dios mismo.
Marciales trompas anuncian,
Del real viajero el arribo,
Vítores pueblan el aire,
Y ponderoso rastrillo
Sobre el foso descendiendo
Dá paso al Rey, que seguido
Vá de hueste numerosa
Que para escoltarle vino.
Formados los caballeros
Á la entrada del castillo
Míranse yá, y á rendir
El homenaje debido
Al rey de Castilla llegan,
Más que todos decididos,
Los hermanos Carvajales;
Mas, ah, que al doblar sumisos
La rodilla ante el monarca,
Él les dice enfurecido:
«¡Alzad, miserables! Nunca
Los traidores y asesinos
Merecieron la alta honra
De ser servidores mios.»
Y dirigiéndose luego
Á sus capitanes, dijo:
«Prendedlos; y que cargados
De esposas y férreos grillos,
Sean á la lóbrega cárcel
De esta mansion conducidos.»

Amenazante murmullo
Se alzó al oir el indigno
Mandamiento del tirano,
Mas pronto quedó extinguido;
Y hasta las ilustres víctimas
De proceder tan inícuo,
Trémulas tambien ahogaron
De su indignacion el grito.
Así el áustro fiero, en torno
De áudaz, pirata navío,
Ruge, conmueve las ondas,
Y amenaza destruirlo.
Mas serénase, y á poco
Torna el corsario atrevido
Á saciar en cien bajeles
Su ciego furor impío.
Con altivez el monarca
Gozoso mira su triunfo,
Y aparentando sereno
Rostro, y corazon tranquilo,
Á oculto aposento llega,
Por sus magnates seguido,
De sus nobles prisioneros
Á meditar el castigo.

IV.

EL EMPLAZAMIENTO.

Pardas nubes se amontonan
En el ancho firmamento,
Y el sol oculta medroso
Su cabellera de fuego.
Pálida centella á veces
Rasga de la nube el seno,
Y ronco trueno distante
Ruge en prolongados ecos.
En la llanura de Martos,
Cabe el monte giganteo
Que entre las nubes se pierde
Y llegar parece al cielo,
Presa de dolor y espanto
Vaga numeroso pueblo,
Presagiando en sus murmullos
Un triste acontecimiento.
Triste, sí; que yá se acerca
El duro instante supremo,
En que los nobles hermanos,
Víctimas del error ciego
De injusto rey, que no abriga
Piedad ni amor en su pecho,
En afrentoso suplicio

Darán su postrer aliento.
Yá tras el erguido muro,
Los aires estremeciendo,
Confusas voces se escuchan
Y rumor de armas siniestro.
Y en la fuerte barbacana
Del Castillo, el pendon régio
Vese ondear en la mano
Del gefe de los arqueros.
Allí se halla el rey, su rostro
Lívido está, mas sereno:
Gozar quiere en su venganza,
Que es su corazon de acero.
Yá del murado recinto
Las anchas puertas se abrieron,
Y entre guardias aparecen
Los desventurados reos.
No ya el noble distintivo
De la cruz orna sus pechos,
Mas de Calatrava algunos
Esforzados caballeros,
Clementes los acompañan
Su inocencia comprendiendo,
Sin temor al duro encono
Del rey poderoso y fiero:
Y dos freires de la Orden,
Con dulce y piadoso acento,
Para el momento terrible
Van sus almas disponiendo,
No por mirar que les falte
Valor y cristiano anhelo,

Que ante el suplicio no tiembla
El inocente, ni ciego
Las leyes santas olvida
El español caballero,
Sino por que Dios ordena
Dar á los tristes consuelo.
  Los dos hermanos caminan
Con paso firme aunque lento,
Y á la esplanada se acercan
Donde, de peñas cubierto,
En ráuda pendiente el monte
Desciende hasta el valle ameno,
Que en ella debe cumplirse
En breve el fatal decreto.
Mas, ah, ¿por qué horrorizados
Detiénense?.. ¿Torpe miedo
En sus pechos valerosos
Pudo abrigarse un momento?
¡Oh! no es temor, que es asombro
Y ansiedad y duda á un tiempo
Lo que conmueve sus almas;
Que no al hacha el noble cuello
Doblarán... aun esto es poco:
Funesta caja de hierrro,
Negro instrumento de muerte,
Allí se mira; sus cuerpos,
Vivos aun, encerrados
En ella serán, y luego
Lanzados por los verdugos
Al precipicio tremendo.
Así implacable el rey quiere

Prolongar sus sufrimientos,
Y manchar con tal afrenta
La gloria de sus abuelos.
Mas yá al lugar del suplicio
Llegan, y el rumor inmenso
Del pueblo crece, y confuso
Conturba los ráudos vientos.
Á la fortaleza vuelven
La vista un punto los reos,
Y al rey ven, que los contempla
Tranquilo el rostro y severo.
Entonces como inspirados
Alzan las manos al cielo,
Y así uno de ellos exclama
Con firme y pausado acento:
—«Rey de Castilla, recuerda
Que existe un Dios justiciero;
Ante su presencia iguales
Son el cayado y el cetro.
Nos haces morir ahogando
La oculta voz, que, en tu pecho,
Tu error y nuestra inocencia
Á gritos te está diciendo.
Nos haces morir, oh rey,
Mas de tu fallo sangriento
Al tribunal inmutable
Apelamos del Eterno:
Y antes que el sol treinta veces
Del mar se oculte en el seno,
Ante el sólio te emplazamos
Del Juez único y supremo.»

Así dijo: á sus palabras
Siguió aterrador silencio;
Tal vez el tirano mismo
Temblaba en su firme asiento.
Breve súplica elevaron
Las víctimas al Inmenso,
Y en brazos de sus verdugos
Á morir se dispusieron.
El hierro oprimió sus carnes,
¡Indigno, cruel tormento!
Y á poco la horrible caja
De peña en peña cayendo,
El ronco bramar fingía
Del hondo mar turbulento,
Ó el ruido que en la sierra
Produce fragoso el trueno.
La multitud lanzó entonces
Un quejido lastimero,
Que repitieron, dolientes,
En la montaña los ecos.
Paró al fin en la llanura
De muerte el rudo instrumento,
Destrozado por los golpes,
Caliente sangre vertiendo:
En él aún palpitantes
De los hermanos los restos,
Contemplábanse, causando
Horror y lástima á un tiempo.
Al verlos, con hondos ayes
La multitud hirió el viento,
Y acerbo llanto del alma

Triste derramó por ellos.
¡Ay! aquel llanto piadoso
Al mundo estaba diciendo
Su inocencia, y demandando
Justa venganza á los cielos.
Hundióse el astro del dia,
La noche tendió su velo,
Y á poco se alzó la luna
En el azul firmamento.
Al resplandor misterioso
De sus rayos macilentos,
Y de pálidas antorchas
Al rojo fulgor siniestro,
En tanto que el rey partía
De Alcaudete al rudo asedio,
Viéronse de Calatrava
Cien ínclitos caballeros,
Conducir á sus hermanos
En funerario cortejo,
Para darles sepultura
De santa Marta en el templo.
¡Oh! benditos los que en alas
De puro y cristiano celo,
Llegan al pié del cadalso
Á dar tan piadoso ejemplo.

V.

LA VOZ DE LA CONCIENCIA.

En Kiurin la musulmana,
Ciudad populosa y bella,
Que por las cristianas huestes
De Jaen el nombre lleva;
La que prados de esmeralda
Cabe sus muros ostenta,
La que preciados blasones
En su noble historia muestra,
Entre el agitado pueblo
Ansiedad profunda reina,
Y el bronce herido en las torres
Con tristes sones expresa
Que por la salud del rey
Plegarias el clero eleva.
Sí; que el mísero Monarca,
De terror el alma llena,
Del cielo espera el alivio
Que le negára la ciencia:
Misterioso mal le aflige,
Largas noches pasa en vela,
Y ensangrentados fantasmas
Le persiguen y atormentan.
Tal vez, sediento de vida

Al campo su afan le lleva,
Mas triste el campo á sus ojos
Cual la ciudad se presenta.
Rojo vé el azul del cielo,
Rojo el sol y las estrellas,
Y hasta las aguas del rio
Un mar de sangre le muestran.
Entonces torna á su Alcázar
Con faz triste y macilenta,
Mas del pueblo oye á su paso
Esta prediccion horrenda:
-¿Vísteis al rey?-¡Ah! su rostro
Su fin próximo revela.
-¿Cúmple hoy el plazo?-Máñana.
-¡Dios su perdon le conceda!-
Y en vano sus servidores
Oficiosos le rodean,
É ilusiones y esperanzas
En vano mostrarle intentan;
Que él nada escucha: en su mente
Reina tan solo una idea....
¡*Mañana*!.... el fatal *mañana*
De pavor su sangre hiela,
Sonando siempre en su oido
Con entonacion siniestra.
Como Baltasar, que escrita
Vió en el muro su sentencia,
Figúrase en las paredes
De su morada opulenta,
Ver el ¡*mañana*! terrible
Que le acongoja y le aterra.

En caracteres de fuego
Contémplalo por do quiera,
Y es que en su pecho se alza
El grito de la conciencia.
¡Triste noche, triste noche!
Su calma el sueño le niega,
Y su alma entre tormentos
Se agita, de paz sedienta.
Y así vé de aquel mañana
Rayar la aurora funesta:
Tal la suerte es del impío
Que á Dios olvida en la tierra.

VI.

EL JUICIO DE DIOS.

Es del templado setiembre
Una silenciosa tarde,
De esas que lucen tan solo
En pueblos meridionales.
Brilla el sol, mas sus ardores
Mitigan blancos celajes,
Y dar mas vida parece
Tibio y perfumado el aire.
Jaen se entrega al reposo,
Desiertas están sus calles:

Tambien dormitando el rey
Lánguido en su lecho yace.
Tras largas noches de insomnio
Descansa de sus afanes,
Mas su quietud es el brillo
De la luz al apagarse.
Vive y duerme, mas su pecho
De pavor con fuerza late,
Que aun en sueños le persiguen
Las fantásticas imágenes.
Presa de horribles visiones,
Agitado, delirante,
Ora los brazos levanta,
Ora, débil, los abate;
Y es que hiriendo estan su mente
Recuerdos de horror y sangre.
Mas súbito se dibuja
El terror en su semblante;
Tiembla cual reo de muerte,
Los cárdenos labios abre,
Y cual si presentes viera
Las sombras amenazantes
De acusadores severos,
O de jueces implacables,
-¡*Ay, piedad, piedad*!-murmura,
Con acento suplicante.
Mas, ah, que á su oido llegan
Estas palabras fatales:
-«El que jamás piedad tuvo
Del Cielo piedad no aguarde.
Tiembla, oh rey, que yá de vida

Te restan pocos instantes:
Ante el tribunal Eterno
Á comparecer prepárate.»-
Y en el régio lecho en breve
Sin aliento, palpitante,
Fijos y abiertos los ojos
Que de espanto dan señales,
Lívida la faz severa,
Yerto y mudo contemplábase
Al desdichado monarca,
Y horror causaba mirarle.

Dos horas despues, inquietos,
Traspasaban los umbrales
Del alto Alcázar sombrío
Caballeros y magnates.
Y en derredor del Palacio,
Lleno de dudas y afanes,
En crecientes oleadas
Inmenso pueblo agrupábase.
En el balcon vióse á poco
Un heraldo presentarse,
Y á la multitud silencio
Imponer breves instantes.
-*El rey ha muerto*,-tres veces
Dijo con voz resonante,
Y sorda plegaria entonces
El pueblo lanzó á los aires.
El plazo estaba cumplido,

Dios castigaba al culpable;
Clara la inocencia era
De los nobles Carvajales.

VII.

LA CRUZ DEL LLORO.

Si pasas, lector, acaso
Alguna vez por la villa
Que de Martos lleva el nombre,
Y de la que fiel publica
Mil tradiciones la fama,
Llenas de triste poesía,
Cabe el pié del alto monte
Verás una cruz sencilla,
Que sobre gradas de piedra
En tosca columna erguida,
Del afligido es consuelo
Y de caminantes guia.
La llaman la *Cruz del Lloro*,
Y diz que fué construida
Para perpétuo recuerdo
De las lágrimas que un dia
Vertió el pueblo á la memoria
De las dos ilustres víctimas,
De un rey tirano inmoladas

Á la venganza inaudita.
Do quier que tus pasos lleves,
Do quier que vuelvas la vista,
De esta lamentable historia
Hallarás páginas vivas.
De noche, cuando la luna
Al occidente se inclina,
Su tibia luz derramando
Por la desierta campiña,
Áun ver creerás, de la peña
Sobre la escarpada cima,
De entrambos comendadores
Las nobles sombras altivas
Citando al cruel monarca
Ante la eterna justicia;
Ó tal vez en el mugido
Del viento, tu fantasía
Fingirá los tristes ayes
De multitud compasiva,
Que en pos de un féretro llora
Una esperanza perdida.
Mas si sentir impresiones
Con su fiel relato ansías,
Mejor que en largas historias
Y que en crónicas antiguas,
Lo alcanzarás de los labios
Del pueblo, que siempre viva
Guarda la fé de sus padres
En las tradiciones mismas.
Pregúntale al buen labriego
De las comarcas vecinas,

Y él ante la *Cruz del lloro*,
Con tosca voz, mas sentida,
Del hecho mil accidentes,
Llenos de melancolía,
Te referirá, olvidados
Por los sabios y cronistas.
Él te mostrará patente
De ambos hermanos la digna
Actitud ante el monarca;
Él la rápida caida
De la caja, y cómo el pueblo
Con ayes el viento hería:
Él la admiracion por último
Y el espanto de Castilla
Al saber del rey la muerte,
Del plazo al finar el dia.
Y en tono franco aunque grave,
Cón ruda forma y sencilla,
Este ejemplo presentando
De sana filosofía,
Te dirá, que el que soberbio
La cristiana ley olvida,
Al fin será castigado
De Dios por la justa ira.
Al escucharlo, tu alma
Sentiráse conmovida;
Á otra region, á otros tiempos
La mente alzarás altiva,
Y al ver como el pueblo ama
Nuestra religion divina,
Comprenderás que aun la frente

Mostrar puede España erguida,
Luciendo en ella los láuros
De Lepanto y de Pavía;
Que la nacion que fiel guarda,
Siempre grande, siempre digna,
Su fé incólume, su enseña
Y su honra sin mancilla,
Aun triunfar en cien batallas
Puede con noble osadía.

DESDICHAS DE UNA REINA.

LEYENDA SEGUNDA.

A MI MUY QUERIDO AMIGO

EL EMINENTE POETA É ILUSTRADO CRÍTICO

SEÑOR D. JOSÉ FERNANDEZ ESPINO,

CATEDRÁTICO DE LITERATURA DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE SEVILLA,

DIPUTADO Á CÓRTES, ETC.

Si los graves afanes que hoy te cercan
Y que á la patria con amor dedicas,
Ora en el templo de Minerva augusto
Dando á la juventud sabias doctrinas,
Ora en el santuario de las leyes
La virtud defendiendo y la justicia,
Te dejan un instante de reposo,
Á mi amistad sincera lo dedica.
Cual ofrenda aunque humilde acepta, amigo,
La historia que te ofrezco: si no es digna
De tu saber, de tu encumbrado genio,
De mi afecto una prueba en ella mira.
Si en mí la triste Blanca de Navarra

No halló intérprete fiel á *sus desdichas*,
Si insonoros y débiles acentos
Solo brotaron de mi humilde lira,
En tu buena amistad disculpa encuentren,
Acogida concédeles propicia,
Y hallen á los rigores del olvido
En tu preclaro nombre fuerte egida.

DESDICHAS DE UNA REINA.

PRIMERA PARTE.—EL ESPOSO.

I.

DOÑA BLANCA.

En la soberbia Toledo,
Corte de la fiel España,
Y en el alcázar grandioso
De nuestros reyes morada,
Allá en el triste retiro
De su silenciosa estancia,
Evitando los rencores
Que infiel esposo le guarda,
De validos despreciables
Y cortesanos odiada,
Está la infeliz princesa
Doña Blanca de Navarra.

Dos años ha que en silencio
Devora su pena amarga,
Dos años que los desdenes
Sufre del débil monarca,
Á quien unos llaman *franco*
Porque con largueza paga
La adulacion de la plebe
Y de viles cortesanas,
Y otros, con sangrienta mofa
Torpes manchando su fama,
Tal vez porque no lograron
Mercedes que ambicionáran,
Al ver en él ya perdida
De sucesion la esperanza,
Don Enrique el *impotente*
Con ruda insolencia llaman.
Arde en partidos la corte
Al ver que el rey su privanza
Al de Villena concede;
Murmuran todos y guardan
Rencores, que en lo futuro
Á funestas represalias
Darán lugar, y á contiendas
Que el pueblo prevée y aguarda;
Empero sufren y esperan
Razones en que fundarlas,
Y en tanto manda el valido
Y todos su ley acatan.
Y así entre perpetuos odios
Y meditando venganzas,
En poder de su privado

Ó en brazos de cortesanas,
Pasa el monarca su vida
Sin pensar en doña Blanca,
Que sumida en su retiro
Y del mundo abandonada,
Á Dios plegarias dirige
Vertiendo abundantes lágrimas.
¡Blanca! Mísera princesa
Por el Cielo destinada
Para apurar hasta el fondo
La copa de la desgracia.
¡Cuán hermosa! Al Ser supremo
Plúgole acaso colmarla
Cual por compensar sus males
De las mas brillantes gracias.
Gallardo talle de ninfa,
Erguido sin arrogancia,
Pequeño pié, níveo cuello,
Mano breve y delicada,
Negra y fina cabellera,
Suaves megillas de nácar,
Donde su blanda sonrisa
Graciosos hoyuelos marca,
Rostro oval, perfil tan puro
Cual Fídias lo imaginára
Y negros rasgados ojos
De tan púdica mirada,
Que grave respeto infunden
Á todo aquel que la ama.
Tal es la gentil princesa:
Y á la vez prendas más altas

Que su encantada hermosura
En su noble pecho guarda:
Que benigna practicando
Santas virtudes cristianas,
Es honra y prez de su sexo,
Modelo de egregias damas.
Mas ¡ay! que sus perfecciones
Á la mísera no bastan
Para conjurar las iras
Que en derredor la amenazan:
Que de su familia ausente,
Por su esposo desdeñada,
Sin parciales, sin amigos,
Horrible suerte le aguarda.
¡Pobre reina! No comprenden
Los dolores de su alma,
Y si los comprende alguno
Por temor al rey se calla.
Nadie le presta consuelo,
Y eternamente cercada
De servidores infieles
Y traidores que la guardan,
Tal vez la suerte envidiando
Del ave que en su ventana
Saluda con dulces trinos
El tibio fulgor del alba,
Vé correr su triste vida
En aterradora calma.
¿No habrá entre la necia turba
Aduladora y menguada
Que al rey vende su conciencia

Un alma, tan solo un alma
Que fiel responda á la suya
Y dé aliento á su esperanza?
Existe, si: el buen Ramiro
Noble doncel, que de Blanca
La aciaga suerte conoce,
Por ella en su pecho guarda
Tierna compasion profunda,
Que en vivo amor se trocára
Á no mediar entre ambos
La insuperable distancia
Que entre el fiel vasallo existe
Y la esposa del monarca.
Nunca salió de los labios
Del buen paje una palabra
Que demostrára su afecto
Ni compasion revelára;
Mas si la triste princesa
En el balcon de su estancia
Sale á respirar un punto
Del fresco vergel el áura,
En la suya siempre fija
La silenciosa mirada
Encuentra del fiel Ramiro,
Que humildoso al saludarla,
Parece decirle siempre:
«Tened en mí confianza.»
Y así se alejan los dias
Y ráudos los meses pasan;
Y en tanto en la corte siguen
En perpétuas asechanzas,

Unos alentando odios
Con vil intencion dañada,
Otros, en letal angustia,
Mil dudosas esperanzas.

II.

LOS VIAJEROS.

Es una noche de mayo
Que más que de primavera,
Parece noche de estío
Por lo apacible y serena.
Brilla en el cénit la luna,
Y á su blanca luz incierta
Con direccion á Toledo,
Del Tajo por la ribera,
Dos hombres pausados marchan
Que por su altiva presencia
Revelan ser de la corte
Y de probada nobleza.
Viste uno de ellos ceñido
Negro jubon, capa luenga,
Negra tambien, y del rojo
Birrete que su cabeza
Cubre, la gallarda pluma
Blandamente al aire ondea.
Ciñe la tajante espada

Con noble arrogancia fiera,
Y de su alazan el brio
Contiene, con habil rienda.
Es jóven, y aunque yá algunas
Arrugas su frente muestra,
Aunque en su escuálido rostro
Y en sus tristes ojos lleva
De una vejez prematura
Mudas señales impresas,
Arde en vigor, y aun escasos
Siete lustros representa.
Brillante armadura el otro
Viste, que á la luz refleja
De la amarillenta luna;
Y calada la visera
Lleva del luciente yelmo,
Que blanco penacho ostenta.
Túnica azul de brocado
Y ancho cinto del que cuelga
Acero de fino temple
Su bello traje completan.
Negro corcel de batalla
Rige, con marcial destreza,
Y á distancia respetuosa
Sigue al de la capa luenga.
Largo rato ha que en silencio
Prosiguen su marcha lenta;
Mas el primero un instante
Detiene el bridon y espera
Se acerque el otro viajero,
Y así en breve le interpela:

-Don Juan-¿trasmitido habeis
Mis órdenes con reserva?
-Cumplilas Señor: el gefe
De la guardia el *nombre y seña*
Conoce yá, y prevenido
En el muro nos espera,
Á fin de que el pueblo ignore
La entrada de vuestra alteza.
-Está bien. Seguid delante
Y avisad, que yá muy cerca
De la ciudad nos hallamos.-
Y esto al oir, picó espuelas
El bizarro caballero,
Y á poco rato las puertas
De Toledo daban paso
Al rey, que en su guarda lleva
Al muy alto y poderoso
Noble marqués de Villena.

III.

POR RAZON DE ESTADO.

De Toledo en el recinto
Profundo silencio impera,
Y nada la calma altera
De su triste soledad.

La luna yá en occidente
Desmayada se reclina,
Y débilmente ilumina
Las torres de la ciudad.

Entre sombras el Alcázar
Sus altivos muros vela:
Solo allí del centinela
Se escucha la ronca voz:
Voz que se aleja y repite
Con entonacion extraña,
Cual de montaña en montaña
Resuena el eco, veloz.

Allá en una de sus torres
Se vé una luz misteriosa
Que ilumina, temblorosa,
El vidrio de un ajimez.
Allí doña Blanca vela
Llorando su desventura,
Y delirante murmura
Una súplica tal vez.

¡Cuán hermosa, de rodillas
Ante una imagen sagrada
De la Vírgen, su mirada
Fija en ella con amor!
Nunca en sus divinos ojos
Brilló tan vivaz centella,
Nunca se mostró más bella,
Ni más triste en su dolor.

Mas ah, que vino á sacarla
De su abstraccion un acento
Que á su oido el ráudo viento
Pudo un instante llevar:
Acento que le recuerda
Sus dias de bienandanza,
Y una furtiva esperanza
Vino su pecho á halagar.

-¿Será posible?- murmura,
-¿No es sueño? ¿no es desvarío?
Era su voz.... ¡oh Dios mio,
Dios mio, si fuera él!-
Y cual si Dios respondiese
Á su acento lastimero,
Se abrió una puerta, y severo
Al rey vió bajo el dintel.

Absorta quedó un instante
La excelsa dama en presencia
Del esposo, cuya ausencia
Le hizo tanto suspirar:
Y en la frente del monarca
Mil dudas tal vez se alzaron,
Mas en breve ambos llegaron
Este diálogo á entablar:

EL REY.

¿Rezábais? ¡Cuánto me place!...
Y siento en verdad, Señora,

Interrumpiros ahora
En tan santa ocupacion.
Mas si os molesto decidlo,
Y un momento retirarme
Podré...

DOÑA BLANCA.

¿Vos, vos molestarme?
¡Enrique.... por compasion!
No pagueis con el sarcasmo
Mis más puros sentimientos:
¡Oh! mi amor, mis sufrimientos
Por Dios no insulteis así.

EL REY.

¿Yo insultaros?... ¡Que delirio!
¿Mis vasallos no os acatan?
Cual reina en Toledo os tratan:
¿Que os falta, Señora, aquí?

DOÑA BLANCA.

¿Y vos me lo preguntais?
¡Vos, que ausente de mi lado
Me habeis del todo olvidado,
En vuestro insensato ardor!

EL REY.

¡Siempre lo mismo!. .

DOÑA BLANCA.

Ah, perdona,
Perdona mi desvarío....
Ó mátame, esposo mio,
Ó devuélveme tu amor.

EL REY.

¡Eh! basta ya; me importunan
Tan insensatos clamores:
Á requeriros de amores
No vine aquí, por mi fé.
Oid, si grato recuerdo
Anhelais que de vos lleve:
Llegad y sentaos; muy breve
En mi relato seré.

Y esto diciendo el monarca
En tono asaz destemplado,
Sentóse con desenfado
En un gótico sitial.
Y de él enfrente sentóse
La triste reina temblando,
Y prosiguióle así hablando
El consorte desleal:

EL REY.

Ha tiempo, bien lo sabeis,

Que un sucesor anhelamos,
É inutilmente esperamos
Del Inmenso este favor.
Y como el Cielo se muestra
Siempre sordo á vuestro ruego,
Fuerza será desde luego
Seguir camino mejor.

Bien sabe Dios que si acojo
Resolucion tan impía,
Al hacerlo no me guia
Una pueril vanidad.
Aceptaré un nuevo enlace
Aunque sufra mi decoro
Y aun mi amor; porque os adoro,
Os lo digo con verdad.

Mas toda Castilla pide
Á mi trono un heredero,
Y la voz del pueblo entero
Debe acatarla un buen rey.

DOÑA BLANCA.

Comprendo: nada os importa
Un juramento sagrado....

EL REY.

Me obliga razon de estado
Y esta es mi suprema ley.

Mas si habitar en mi reino
Quereis, del mundo apartada,
Sereis cual reina acatada
En Toledo la imperial:
Vuestro será este palacio.

DOÑA BLANCA.

Oh, tanta bondad me humilla....
Huiré, Señor, de Castilla
Y de mi odiosa rival.

Libre así de mi presencia
Feliz con ella sereis....

EL REY.

¿Qué decis, que partireis?

DOÑA BLANCA.

Sí, sí; partiré á Aragon.
Hora permitid, si os place,
Pues á mí yá nada os liga,
Que en paz á solas prosiga
Mi interrumpida oracion.

EL REY.

¿Os molesta mi presencia?
Pues á Dios quedad, Señora.

DOÑA BLANCA.

El os ayude en buen hora
Y os libre siempre de mal.

-Así despidió al monarca
Con grave y pausado acento,
Mas ¡ay! débil, sin aliento
Cayó á poco en su sitial.

Que al comprender la infelice
La realidad de su vida,
Vió para siempre perdida
La esperanza de su amor.
Y cual volcan encendido
Sintió abrasarse su frente,
Y en sus ojos brotó ardiente
Mudo llanto de dolor.

Quedóse el monarca en tanto
Tras la puerta yá cerrada,
Y escrutadora mirada
Dirigió en torno de sí.
Solo estaba el aposento
Y ningun rumor se oía:
Débil lámpara esparcía
Vacilante luz allí.

Dió algunos pasos y luego
Paróse sobrecojido;

Un ¡ay! triste, comprimido
Oyó acaso y vaciló.
Mas despues, firme y sereno,
Con desdeñosa arrogancia,
Atravesó por la estancia
Y apresurado partió.

Á poco tras los tapices,
Con planta asaz cautelosa,
Como sombra misteriosa
Un paje se vió asomar.
Torva la vista fijando
En la oscura galería
Por do el monarca partía,
Así se le oyó exclamar:

«¡Imbecil rey, la abandonas
Y ánsias que de tí se alejel...
No importa; Dios la proteje
Y mi brazo vengador.»
Y audaz la diestra apoyando
En el pomo de su daga,
Se perdió en la sombra vaga
De un revuelto corredor. (8)

IV.

DESPEDIDA DEL HOGAR.

Al soplo del estío,
Festiva primavera,
Veloz te alejas yá:
Inclínanse las flores
Sin vida en la pradera;
Sus galas y colores
Del sol al vivo rayo perdiendo el campo vá.

Medrosas en las ramas
Ocúltanse las aves,
Huyendo de su ardor:
No dan al vago viento
Sus cánticos suaves;
Tan solo el ronco acento
Se escucha entre las mieses, de insecto zumbador.

Tu vienes, primavera,
De céfiros y flores
Cercada por do quiér;
Brindando bienandanza
Y plácidos amores;
Mas ¡ay! que su esperanza

Contigo vé el que sufre quizá desparecer.

Ah, si; que al ver tus campos,
Al ver tu alegre cielo
Se siente reanimar:
Mas triste, oh primavera,
Le deja y sin consuelo
Tu ráfaga postrera,
Tu ráfaga postrera, perdiendose en el mar.

Oh grata estacion bella,
Oh brisas vagarosas,
El vuelo detened.
El prado ornad de flores,
Y, puras y aromosas,
Á Blanca en sus dolores
Consuelos y esperanzas benignas ofreced.

Mas no, seguid; que nunca
Su amargo desconsuelo
Pudiérais mitigar:
Robóle amor su calma,
Y yá en extraño suelo,
Cual sola y triste palma
Humilde siempre debe sus penas devorar.

Que en vano elevó al Cielo
Tristisimas plegarias....
El Cielo no la oyó.
Yá cruza y atrás deja
Las vegas solitarias;

Yá rápida se aleja
De su tranquilo albergue, de cuanto más amó.

«Adiós, mansion querida,
-La mísera murmura;-
Me alejo al fin de tí.
Halló mi amante pecho
En tí solo amargura;
Mas, ah, bajo tu techo
Con gratas ilusiones mis penas adormí.

De hoy más ni aun ese alivio
La airada y dura suerte
Concede á mi dolor.
Adiós; de tí me alejo:
¡Ay mísera! al perderte
En tí por siempre dejo
Mis dulces esperanzas de dichas y de amor.»

Calló la triste reina:
Su faz volvió un momento
Por vez postrera ansiando su albergue contemplar.
En tanto el firmamento
De sombras se cubría,
Y el astro de la noche
Que lento aparecía
Miró en sus bellos ojos dos lágrimas brillar.

DESDICHAS DE UNA REINA.

SEGUNDA PARTE.—EL PADRE.

I.

OJEADA HISTÓRICA.

Don Juan llamado el Grande,
Padre de doña Blanca,
Soberano era entonces
De Aragon y Navarra.
De indómito caracter
Y de intencion dañada,
Á sus vasallos era
Odioso este monarca.

De insurreccion cien veces
Al aire desplegada
Miróse la bandera
Que el descontento alzaba;
Y el pueblo proclamando
Al príncipe de Viana,
Del tirano abolía
Las leyes sanguinarias.
Cien veces los navarros
Miraron ¡ay! regadas
Con sangre generosa
Sus fértiles comarcas;
Y cien veces las frentes
Al choque de las armas,
Vencido su estandarte,
Doblaron humilladas:
Que la razon á veces
Ante la fuerza calla,
Y cual batel sin guia
Perece en las borrasca.
¡Cuán triste es el destino
De la infelice Blanca!
Do quier que busca apoyo
Solo enemigos halla.
Ella la suerte llora
Del príncipe de Viana,
Del perseguido hermano
Á quien ferviente ama.
¡Llorarle!... Es un delito
Para el cruel monarca,
Que bárbaras cadenas

Aun á sus hijos labra.
¡Llorarle!... Negro crimen:
Al llanto de la hermana
Sucederá el anuncio
De pérfidas venganzas.
¡Cuán triste es tu destino,
Oh reina desdichada!
Asilo vas buscando,
Cual ave solitaria;
Amparo en tu abandono,
Consuelo en tus desgracias;
Mas ¡ay! que en vez de amigos
Perseguidores hallas.

No largo tiempo la maldad su gloria
Tranquila cantar puede:
Las almas generosas al mirarla
En su carro de triunfo, el noble grito
Alzan de independencia, y la victoria,
La sangrienta victoria que halagaba
Del déspota inhumano el duro pecho,
En sacrificio inutil se convierte.
De su frente, marchito,
El guerrero laurel con que se ornaba
Mira caer deshecho,
Y trocado su ardor contempla, inerte,
En infecundo y mísero despecho.

Tal don Juan que abatida
Miró la rebelion, juzga arrogante
Que en paz puede entregarse á su venganza.
Dura prision destina en sus furores
Al hijo infortunado, y delirante
Á sus parciales lanza
Los rayos de su ira:
Rey injusto sembrando vá rencores;
Padre cruel horror tan solo inspira.
Mas súbito en su marcha con asombro
Detiénese un momento:
El vagaroso viento
La voz de *libertad* lleva á su oido,
Y un punto al escucharla se estremece.
No es el triste quejido
Del fiel navarro, que al caer exhala
De los libres el grito y desfallece;
Es el acento fuerte y poderoso
Del fiero catalan, nunca vencido:
Yá el hierro vengador vibra en su mano,
Y alzando el estandarte de la guerra
En su trono temblar hace al tirano.

¡*Guerra*! se escucha tras el alto muro
De la altiva y egregia Barcelona;
¡*Guerra*! responde con furente saña
La invencible Gerona;
Y en la enhiesta montaña
Del Ampurdan vastísimo, los ecos
Repiten con fragor la voz de ¡*guerra*!
Al escucharla el angel de la muerte

Sonríe de placer, y conmovida
Temblar parece á su poder la tierra.

Yá el trotar se percibe
De mil y mil aligeros bridones;
Yá hieren los oidos
Los belígeros sones
De las marciales trompas, y aturdidos
Del fiero aragonés los campeones
Se aprestan con furor á la batalla.
Un instante en silencio
Las contrarias falanges se contemplan....
La lucha á poco atronadora estalla.
Cruje el arnés al golpe formidable
De ponderosa lanza; el ¡ay! doliente
Se escucha del guerrero
Al perder con valor la dulce vida,
Y á los rayos de un sol puro y ardiente
Los bruñidos paveses reflejando
Y cien yelmos y cien, el movimiento
Imitan de la mar, si embravecida
Se agita á impulso de huracan violento.

Á poco entre las huestes catalanas
El grito de ¡*victoria*!
Se escucha resonar.... Si, ya se aleja
Con su vencido ejercito el monarca
De aquellos campos do su antigua gloria
Dejó en el polvo del combate fiero:
Huye, mas á su paso
La multitud airada le rodea...

«Libertad para el Príncipe» le grita,
«Que entre su pueblo triunfador se vea.»
Y trémulo, abatido el rey artero
La libertad del príncipe concede
Al pueblo vencedor; pero en su alma
Bienhechora piedad jamás alienta,
Y aléjase sus odios ocultando,
Y en secreto jurando
Tomar venganza de tan grande afrenta.

¡Oh! ¿quién su pensamiento y sus rencores
Adivinar podrá?... Tal vez la idea
De una negra traicion bulle en su mente...
¿Qué importa que doblando
De la triste Navarra los dolores
Por él vendida al extrangero sea
Si satisfecho vé su encono ardiente?
¡Vencer por la traicion! ¡Digno recurso
Del corazon malvado!
Por ella el cetro Godo en Guadalete
Hundióse con Rodrigo, y lloró España
Mísera esclava de la hueste mora;
Y por ella don Sancho ante Zamora
Víctima fué de vengativa saña.
¡La traicion! vil recurso
Del déspota que sueña con la gloria...
Vencer por ella puede, mas su nombre
Rodeado de oprobio,
Eternamente se alzará entre el odio
Del pueblo, que maldice su memoria.

Siete meses despues de estos sucesos,
Que fielmente, oh lector, dejo narrados,
Triste y sin esperanza Barcelona
Alzaba al cielo sus convulsas manos.
Sin esperanza, si: que yá el egregio
Príncipe de Aragon, el gran don Carlos
De Viana, que al fuerte poderío
Del noble catalan vióse salvado,
Víctima de dolencia misteriosa
Á Dios daba su alma cual cristiano.
Acongojado el pueblo y conmovido,
Trama inícua tal vez adivinando
En la muerte del Príncipe, á los ímpetus
Se abandonaba de furor insano.
Y en tanto que en la iglesia el hueco bronce
Daba al aire su acento funerario,
La multitud las calles recorría,
«¡Un tósigo! ¡traicion! ¡traicion!» gritando.
¡Perdido afan! ¡Ah! ¿quién al noble pecho
Podrá dar nuevo aliento? ¿Quién su brazo
Alzar potente, cual en otros dias,
De contrarios terror, del pueblo amparo?...
Segó su vida la implacable muerte
De la patria tambien al par segando
La esperanza y la gloria, que los pueblos
Su gloria y su esperanza en él fundaron.
Derramad en su tumba, oh nobles almas,
Sencillas flores y abundoso llanto;
De vuestra dicha ¡ay Dios! solo un recuerdo
Queda en ese sarcófago sagrado.
Si: yá se miran renacer triunfantes

Las muertas esperanzas del tirano:
Tal vez mañana de la pobre Blanca
El desastroso fin sea decretado;
Que el rey don Juan, el padre vengativo,
De su esposa cruel siguiendo acaso
El consejo fatal, antes la muerte
Diera á Blanca que el cetro soberano
De Navarra la fiel.... ¿Qué son justicia
Inocencia y virtud, para el malvado?
Regad, pueblos, con lágrimas y flores
Del príncipe la tumba... Si el tirano
La libertad os quita, aun el recuerdo
De vuestra gloria guardará ese mármol.

II.

EL RETO.

Era el dia doce de Abril,
Segun las crónicas cuentan,
Del año mil cuatrocientos
Sesenta y dos: triste fecha
Que siempre estará grabada
Cual padron de infamia eterna,
Del fiel navarro en la mente,
De Olite en la historia excelsa.
¡Olite! villa famosa,
De Navarra hermosa perla,

Corte de sus nobles reyes,
Palenque de lucha horrenda,
Codiciada y maldecida
Al par por las huestes fieras
De los dos terribles bandos
Qué su posesion desean,
Y que de Agramont y Lusa
Parciales, sus nombres llevan.
¡Olite! noble matrona
Que en verdes prados se asienta,
Y cuya gótica torre
Corona su frente régia.
¡Olite! villa famosa
Do meditaron empresas
Grandes héroes, grandes reyes
Que su renombre acrecientan,
Hoy próxima á la deshonra
Merced á su suerte adversa,
Por voluntad de un monarca
Que la vende y la desprecia.

En la mas altiva torre
Del castillo, que se eleva
Imponente y magestuoso
De la villa centinela,
Cuyos muros coronados
De torreones y almenas

Tranquilamente retrata
En sus aguas la rivera,
Pálida, cual flor de invierno,
Mírase una dama bella,
Que asomada á su ventana
Con honda ansiedad observa
La marcha de un caballero
Que hácia la villa se acerca,
Ginete en yegua alazana,
Aun más que el viento ligera,
Y de cien nobles seguido,
Que ricas galas ostentan.
Doña Blanca de Navarra
Es la dama: prisionera
Ha tiempo, su ingrata suerte
Llora la triste princesa;
Es el ginete el monarca
De Aragon, que en Salvatierra
Al de Francia Luis Onceno
Paz y amistad juró eternas,
Con él firmando un tratado
Del pueblo español en mengua.

Mas si tan fatal convenio
Conocer mejor anhelas,
Y de sucesos extraños
Las opiniones diversas,
Fuerza será entres conmigo,
Lector, en la mansion régia,
Que sirve de triste carcel
Á doña Blanca; y en ella

Sabrás por mi, fiel cronista
De esta historia verdadera,
Lo que el buen Ramiro Lopez,
De cuya lealtad á prueba
Te dí noticia exactísima
En la página primera;
El noble Nuño de Lara,
Anciano que á la princesa
Siempre de fiel consejero
Sirvió en su fortuna adversa,
Y el francés Juan de La Motte
De tales contratos piensan.

De pié los tres, del Castillo
En la armería soberbia,
Así las nuevas recientes
Con viva inquietud comentan:

RAMIRO.

Buen La Motte, estais tremendo
Con vuestras nuevas de Francia.

LA MOTTE.

Pues la verdad sin jactancia
Es lo que os estoy diciendo.
Don Juan de Aragon ansioso
Está de acabar la guerra,
Y ayer firmó en Salvatierra
Un tratado ventajoso.

El rey de Francia esta vez
Su apoyo á don Juan concede,
Y este la Navarra cede
En justo pago.

DON NUÑO.

¡Pardiez!
Que esa alianza es un tesoro.

LA MOTTE.

Pues si por Francia Aragon
Vence á Castilla, es razon
Que se la pague en buen oro.
Y yá que don Juan obtenga
Tan soberbias condiciones,
Si Francia le dá legiones
Que Aragon se las mantenga.

RAMIRO.

Os oigo, don Juan, y aun dudo
Si es verdad tan baja afrenta:
Que el noble Aragon que ostenta
Altivo en Grecia su escudo,
Su bandera victoriosa
En las aguas del Tirreno,
Mire impasible y sereno
Abyeccion tan ominosa,
No cabe en la mente mia;

Y tambien dudo que un rey
Así mancille la ley,
Que el pueblo á su nombre fia.

DON NUÑO.

Mas ¿qué, Ramiro, os extraña
Del que, en su venganza fijo,
Cruel envenenó al hijo,
Y con su hija se ensaña?

LA MOTTE.

Feliz doña Blanca ahora
Con el de Berry será.

RAMIRO, *turbado.*

¿Qué decís?

LA MOTTE.

Que á Francia irá
Tal vez mañana, y señora
Podrá ser del gran ducado
De Berry, si complaciente
Acepta el amor ardiente
Que el duque le ha consagrado.

RAMIRO.

¡Vive Dios! que es por demás

Inícua y necia esa trama;
Que ni ella al de Berry ama
Ni podrá amarle jamás.
Reina doña Blanca hora
Es de Navarra: la suerte
Lo quiso así con la muerte
Del tierno hermano á quien llora;
Y si anhela un rey cruel
Privarla de su derecho,
Escudo en el noble pecho
Hallará del pueblo fiel.
Navarra al grito de ¡guerra!
Se alzará... ¿Vos lo dudais?

LA MOTTE.

Creo, Ramiro, que soñais.
No hay poder en esta tierra
Que contrarreste el valor
De los soldados de Francia.

RAMIRO.

Me admira vuestra arrogancia
Al par que vuestro candor.
Bien se conoce á través
De esa altivez que os engaña,
Que aunque servís en España
No dejais de ser francés.

LA MOTTE.

Aquí Duguesclin, cual yo,
Á España sirvió con honra.

RAMIRO, *con desden.*

Os engañais; su deshonra
Fué lo que aquí consiguió.
Honra allá en Francia tendrá
Quien fué traidor y menguado,
En España despreciado
Por los buenos se verá.

LA MOTTE, *con furia.*

No comprendo la intencion
De esa oscura reticencia,
Y os pido con impaciencia
Me deis una aclaracion.

RAMIRO.

Pues la quereis.... escuchad:
Mas ved que os la doy con calma,
Que no hay temor en el alma
Del que dice la verdad.
Vos de la reina al servicio
Como capitan éstais,
Y es, si el puesto no dejais,

Defenderla vuestro oficio.

LA MOTTE.

Consejos no he menester.

RAMIRO.

Ya sé que no os interesan;
Mas si en vos tan poco pesan
Las razones del deber,
No extrañeis, don Juan, que un dia
Aprecien vuestra honra en poco.

LA MOTTE, *con arrogancia.*

No necesito tampoco
Defensor de la honra mia.
Para defender mi honor
Bastóme siempre mi espada.

RAMIRO, *con desprecio.*

Suele no estar bien templada
La espada del que es traidor.

LA MOTTE, *furioso.*

Mentís.

DON NUÑO.

Eh, basta, señores:

Pensad que estais en palacio;
Idos por Dios más despacio
En vuestros ciegos rencores.

LA MOTTE.

Pronto, pronto; no mas tarde
La reparacion.....

RAMIRO.

La habreis:
Seguidme, don Juan, y hareis
De vuestro valor alarde.

DON NUÑO.

Basta, digo. Abrazo estrecho
Concluya vuestra porfía.

LA MOTTE.

Defiendo yo la honra mia.

RAMIRO.

Yo defiendo mi derecho.

DON NUÑO.

Si aquí ahora mismo los dos
No os dais sin rencor las manos

Y os abrazais como hermanos
Os encierro, vive Dios.

Y esto diciendo don Nuño
Con alegre desenfado,
De La Motte y de Ramiro
Tomaba las diestras manos:
Por unirlas se esforzaba,
Y su afan viera logrado,
No obstante la resistencia
Que le oponian entrambos,
Si en aquel instante mismo
No viniese un ruido extraño
De armas, de confusas voces
Y pisadas de caballos,
Á suspender de los tres
El ciego impulso y el ánimo.
Á poco el grito de ¡*El Rey*!
Cundió por todo el palacio,
Y del gran salon de armas
La ancha puerta daba paso,
Al rey de Aragon, seguido
De sus nobles cortesanos.
Azul túnica llevaba
Sobre jubon encarnado,
Y de sus hombros prendido
De velludo luengo manto.
Sencillo traje de corte,
Sin alhajas ni bordados,

Que extraño contraste hacía
Con el lujo y el boato
De innúmeros caballeros,
Que fieles seguian sus pasos.
Al ver el rey á La Motte
Detuvo su marcha un tanto:
La Motte inclinó la frente
Al monarca saludando,
Y este hablóle, mas en tono
Tan misterioso y tan bajo,
Que nadie apercibir pudo
Si una súplica ó mandato
Encerraron sus palabras;
Mas de La Motte en los labios
Asomó leve sonrisa;
Una mirada cruzaron....
Y á poco el francés, de Olite
Partía en veloz caballo,
Con direccion á Pamplona,
La rivera atravesando;
Mientras el rey despidiendo
Á sus nobles cortesanos,
Altivo el dintel cruzaba
Del aposento apartado
Do sufría doña Blanca
Su injusto rigor tirano.
Bien pronto la corte toda
Fué el salon abandonando;
En breve reinó el silencio,
Y solos se contemplaron
El buen don Nuño y Ramiro,

Que en leda voz y animados
De los mismos sentimientos
Esta plática entablaron:

RAMIRO.

¿Vísteis como el rey don Juan
Y La Motte se han comprendido?

DON NUÑO.

Creo que todo se ha perdido:
Muerte á la reina darán.

RAMIRO.

¡Ah! ¿Por qué, por qué obstinado
No quisisteis que al traidor
Castigase?

DON NUÑO.

En vuestro ardor
De jóven, el resultado
No calculábais....Vencido
Por vos juzgad al francés:
¿Por eso hubiérais despues
El negro plan destruido?
¡Inutilmente la vida
Jugar con ojos serenos!

RAMIRO.

Cien veces por mucho menos
La imaginé yá perdida.

DON NUÑO.

¡Imprudente!.... En tal empresa
Nunca volvais á arriesgarla:
Acaso necesitarla
Pueda la infeliz princesa.

RAMIRO.

¡Ella!.... mi humilde existencia
En su defensa daría:
Ella es el astro que envía
Luz viva á mi inteligencia,
Es el ángel que mi alma
En casto silencio adora:
Solo en su voz bienhechora
Hallan mis dolores calma.
¿Cómo impasible sufrir
Que acaso en breve, espirante....
No, no; se acerca el instante
De salvarla ó de morir.
Pronto, los medios busquemos.

DON NUÑO.

Mas si el rey la obliga impío

¿Cómo salvarla, Dios mio?

RAMIRO.

Entonces.... La vengaremos.
En tanto juradme vos
Desechad vanos temores:
Para vencer á traidores
Bastamos nosotros dos.
Juradme tambien obrar
Tan solo por mi consejo,
Que la prudencia de un viejo
No sirve para luchar.

DON NUÑO.

Bien: vuestro plan seguiré;
Os lo juro por mi nombre.

RAMIRO.

Don Nuño, sois todo un hombre,
Yo á la reina salvaré.
De los contrarios en pós,
Voy confiado en mi estrella:
Velad en tanto por ella,
Y que nos proteja Dios.

Dijo: y la diestra de su fiel amigo
Estrechó entre sus manos con ardor,

Abandonó el salon, y de allí á poco
En brioso corcel fugaz partió.
Anhelante don Nuño en la ventana
Vióle á distancia caminar veloz,
Y al perderle de vista en la llanura
De la estancia pausado se alejó.
Un instante despues la voz del rey
Escuchaba con honda conmocion,
Y oyendo al par de Blanca los sollozos
«¡Triste reina!» doliente murmuró.
Y juzgando extinguido el pobre anciano
De su esperanza el postrimer fulgor,
En un sitial cayó casi sin vida,
Plegaria humilde dirigiendo á Dios.

III.

ADIOS Á LA PATRIA.

Pocos momentos despues
De la escena que narrada
Dejo, oh lector, en conciencia,
Que conciencia es necesaria
Cuando de escribir historias
En prosa ó verso se trata,
Ginetes en tres caballos
De raza pura normanda,

Con Juan de La Motte, que iba
Guiándolos en su marcha,
Á las puertas del castillo
Tres caballeros llegaban,
Que mostraban por su traje
Ser de la vecina Francia,
Y por sus dignas maneras
De nobleza acreditada.
Desmontáronse, y dejando
En las manos entregadas
De un escudero las riendas
De sus monturas gallardas,
Siempre por La Motte guiados,
De aquella fuerte morada
Traspasaron los umbrales,
El átrio y las antecámaras,
Y ascendiendo por oculta,
Tortuosa escalinata,
Del rey de Aragon llegaron
Á la fastuosa estancia.
Un ugier anunció al punto
Del capitan la llegada,
Y despues de cambiar este
Con aquel breves palabras,
En el real aposento
Dió á los franceses entrada.
Larga plática entablaron
Á solas con el monarca,
Conferencia misteriosa,
En la cual ratificada
Quedó la cesion inícua

Del gran reino de Navarra.
Este el tratado de Olite
Es, segun crónicas varias,
Tratado, cesion le nombran,
Mas venta el pueblo le llama,
Que es á veces juez el pueblo,
Juez de inteligencia clara.
Yá el sol tocaba á su ocaso
Cuando de la régia cámara
Los tres franceses saliendo,
De el rey don Juan escuchaban
Estas frases, que aludían
Á la triste doña Blanca.
—Asegurad á mi aliado,
Vuestro amo el rey de Francia,
Que parto de aquí esta noche,
Y el conde de Fox mañana
Tendrá en su poder la prenda
Que ratifica esta alianza.
Decidlo así, y que yo nunca
He faltado á mi palabra.
Tal dijo: los extrangeros
Saludaron al monarca,
Y en breve del real castillo
Y de Olite se alejaban.

Tendió la noche
Su negro velo,
Manto de nubes
Cubría el cielo;

Lejos bramaba con eco sordo
Fiera, imponente, la tempestad.
No al suelo envían
Sus luces bellas,
Ni la alba luna
Ni las estrellas;
Solo interrumpe fugaz relámpago
De la campiña la oscuridad.

Triste es la noche,
Triste y medrosa,
En calma Olite
Muda reposa;
Tal vez se escucha, al son del trueno,
El eco humilde de una oracion.
En el castillo
Tan solo cunde
Rumor extraño,
Que miedo infunde,
Y ora acrecienta, ora se pierde
Á los rugidos del aquilon.

Y á la luz roja,
Que ajita el viento,
De cien antorchas,
Con paso lento
Mudos guerreros, por la ancha puerta
En largas filas se ven salir;
Llevando en medio
Régia litera,
Do á Blanca vese

Cual prisionera;
Y en pos vá el rey, torvo, sombrío,
Midiendo acaso su porvenir.

Ráudos en breve,
Atravesando
Prados y montes,
Vánse alejando,
Y ni la lluvia su andar detiene
Ni el ronco trueno les dá pavor.
Solo la reina
Lágrimas vierte,
Que adivinando
Su triste suerte,
Tan negra mira como la noche
La que le espera vida de horror.

¡Ay! sola al verse
Y abandonada,
Y atrás dejando
Su patria amada,
Por vez postrera vuelve los ojos,
Que de ella el alma vásele en pos.
Del pecho lanza
Triste quejido,
Que el viento ahoga
Con su rugido;
¡Ay! que el recuerdo
De sus amores,
La acerba historia
De sus dolores,

Encierra acaso ese gemido,
Que es á la patria su último adios.

Y en tanto que la mísera princesa
Se abisma en angustiosos pensamientos,
Su acelerada marcha precipitan
Más y más sus crueles carceleros.
Y atrás dejando villas y lugares,
Sin dar descanso al fatigado cuerpo,
Al despuntar la aurora, yá la cumbre
Tocan de los agrestes Pirineos.
Un punto en Roncesvalles se detienen,
Y aun no seguros, el furor temiendo
Del fiel navarro, la frontera salvan,
Del ráudo caminar yá sin aliento.
El sol, en la mitad de su carrera,
Brillaba dando vida al universo,
Cuando pisó la régia comitiva
De la ambiciosa Francia el fértil suelo.
Y crónicas diversas aseguran
Que en el que baña el Nive alegre pueblo
Detuvieron su marcha, y que allí el rey
Y el de Fox larga plática tuvieron.
Y aun cuando todo lo que hablaron ambos
Fué siempre para el vulgo hondo misterio,
No faltó quien sagaz adivinase
De conferencia tal todo el secreto.
Pues diz que en tanto que don Juan y el conde
Á solas se fiaban sus proyectos,

Á la villa, á carrera en un caballo,
Llegaba á la sazon gentil mancebo,
Que apeándose diestro llegó en breve
Á las puertas de un alto monasterio,
Morada de la augusta prisionera,
De don Juan y sus nobles palaciegos.
Y diz que apenas el umbral traspuso
Anciano respetable fué á su encuentro;
Y por si dudas en tu mente abrigas
De quienes puedan ser, lector benévolo,
Que es don Nuño el anciano, y es el jóven
El buen Ramiro Lopez, te revelo.
Ambos la diestra mano se estrecharon,
Y en retirado, lúgubre aposento,
En silencio tambien se confiaban
En breve, así, sus dudas y recelos:

DON NUÑO.

Hablad, Ramiro, que ansioso
Estoy de saber si es cierto
Que á eterna prision condenan
Á doña Blanca.....

RAMIRO.

Tal creo;
Pues la ilusion no acaricio
De que verdad sea el proyecto
De casarla con el duque
De Berry.... ¡Lindo pretexto

Para adormecer á incautos,
Para cegar á los necios!

DON NUÑO.

¿Y podré saber, amigo,
Lo que habeis pensado y hecho
Desde ayer que os ausentásteis?

RAMIRO.

Mucho pensé; mas el tiempo
Perdí, al intentar osado
Realizar mis pensamientos.
Que en vano llámé á las puertas
De los nobles y plebeyos:
Sin honor, yá envilecidos,
Los nobles no respondieron;
Del de Berry y de las bodas
Me hablaba el incauto pueblo;
Y ahogando mis esperanzas,
De cansancio y de ira ciego,
Partí en direccion de Olite,
Mas al llegar á Pozuelo
Supe que el rey, con su corte
Y gran acompañamiento,
Prisionera á doña Blanca
Llevaba.... Seguí tras ellos,
Triste yá y desalentado,
Que no juzgué que tan presto
El rey su plan realizase,

El mio así destruyendo.
Mas no temais que á la inercia
Me abandone: si los riesgos
Acrecen, con más constancia
Nueva lucha emprenderemos.

DON NUÑO.

Mas si os abandonan todos
¿Cómo luchar?....

RAMIRO.

Si los medios
Son pocos, con fé y audácia
Los que falten supliremos.
Yá os dije ayer, caro amigo,
Que nosotros dos, cumpliendo
Con nuestro deber, bastamos
Para que la vida al menos
Salvemos de doña Blanca,
Yá que su abatido reino
Á sus audaces contrarios
Arrancarles no podemos.

DON NUÑO.

¿Qué intentais hacer?... Sepamos....

RAMIRO.

Perdonad; es mi secreto.

Antes de arriesgarnos ambos
Sabreis todos mis proyectos;
Mas permitidme que á solas
Los medite largo tiempo,
Que empresa tan árdua exige
Meditacion y silencio.
Al llegar aquí he sabido
Por Gontran, el escudero
Del conde de Fox, que á Orthez
Doña Blanca será luego
Conducida....

DON NUÑO.

¡Miserables!
¿Aun no se juzgan contentos
Con arrebatarle impíos,
Libertad, corona y cetro?
Gozar su pérfida hermana
Quiere en su cruel tormento;
Tenerla al lado segura,
Befar su dolor acerbo;
Y despues de haber reido
De su pesar largo tiempo,
Hundirle el puñal aleve
En su lacerado seno ....
¡Oh, venganza!

RAMIRO.

Sí, don Nuño;
Venganza demanda al Cielo

Tanta maldad: y si al golpe
Muere de asesino pérfido,
Aunque el móvil de tal crimen
Sea monarca de dos reinos,
En él su muerte alevosa,
Si me ayudais, vengaremos.

DON NUÑO.

Sí; contad conmigo siempre.

RAMIRO.

Bien: ahora separémonos.
Adios, pues: constancia os pido.

DON NUÑO.

Yo prudencia os recomiendo.

Y ambos amigos, con tranquilo paso,
Separáronse al punto, y en silencio
Del monasterio en las extensas naves
Envueltos en las sombras se perdieron.

IV.

ULTIMA ESPERANZA.

Tras breves momentos de angustia y temores
La mísera reina sin reino se vé;
Cual sierva tratada, con fuertes rigores,
Que yá el suelo patrio no huella su pié.

En vano Ramiro buscó á sus parciales,
Y fiel les revela de Blanca el dolor:
De serle dejaron los nobles leales;
Los pueblos doblaron la frente al terror.

Los dardos temiendo de oculta asechanza,
De viles contrarios cercada do quier,
Tan solo le resta dudosa esperanza,
Y un punto la acoge con mudo placer.

Cual náufrago triste que cercan las olas
Y al fin vé la playa do juzga llegar,
Así la infelice aun sueña á sus solas
Si no yá su trono, su vida salvar.

Y epístola tierna dirije á su esposo,
Al rey de Castilla, que infiel la humilló;
Mas, ah, que á su lado de dulce reposo
Siquiera un momento feliz disfrutó.

«Señor: si un recuerdo de grata memoria,
Le dice; aun de Blanca guardais... oh, leed
En estos renglones mi lúgubre historia,
Y grato y benigno mi ruego acoged.

Prisiones, desprecios, injusto castigo,
Por ser de don Cárlos hermana leal,
Dictóme mi padre, cual fiero enemigo,
Doblando con ellos mi angustia mortal.

¡Oh Dios! ¿No le es dado llorar á una hermana
Del mísero hermano la suerte cruel;
Del príncipe noble la muerte temprana,
Al ver su esperanza morir ¡ay! con él?

Gran rey, de mis cuitas pesad los rigores;
En mí no la esposa, la reina mirad,
Que objeto constante de inícuos rencores
De vos solo fia justicia y lealtad.

Mas no en ambiciones mundanas reparo;
Os cedo mis reinos... Mi alma es de Dios:
Salvadme la vida; no tengo otro amparo
Que aquel que del cielo me venga y de vos.

Y al frente se os mire de fuertes legiones
Los pueblos navarros valiente cruzar;
Clavar de Castilla los rojos leones
De Olite en los muros; mi afrenta vengar.

Mas, ah, no olvideis que carcel sombría
Mi eterna enemiga, la infanta Leonor,
Destíname acaso, y tal vez, impía,
Decrete mi muerte, con fiero rencor.

Llegad á Navarra: mi pueblo que aun arde
En noble entusiasmo por vos morirá:
Llegad, que mañana tal vez será tarde,
Y esclavo, en el polvo la frente hundirá.

Llegad, y que el iris de paz y bonanza
El pueblo navarro por vos vea lucir:
Oh Enrique, pues sois mi sola esperanza,
No á Blanca impasible así veais morir.

Señor: mucho siento causaros enojos;
Perdon os demando.... ¡Ay! puedan con vos
Las lágrimas tristes que vierten mis ojos,
Las tiernas plegarias que elevo hasta Dios.

Apenas hubo esta carta
Firmado con mano trémula,
Á sus buenos servidores
Hizo venir ante ella.
Con ellos tambien llegaron
Los miembros de la nobleza
Que aun á doña Blanca fieles
La seguian por do quiera.
Entre estos mírase al conde
De Armañac, cuya presencia
En tan solemnes momentos
Al lado de la princesa,
Contra el tratado de Olite

Es la más alta protesta.
Tambien allí al condestable
De Navarra se contempla,
Y á cien nobles caballeros
Que arrojados de sus tierras,
Prefieren ser pobres, antes
Que traidores á su reina.
Así que los vió reunidos,
Con voz conmovida y tierna,
Sus lágrimas enjugando,
Les habló de esta manera:
-«Amigos: os llamo á todos
Porque abandonar yá es fuerza
Mi reino y mis pueblos fieles,
Y ceder á la violencia.
Mi padre el rey de Aragon
Así implacable lo ordena,
Y oblígame á separarme
De mi servidumbre régia.
Mañana, de mis contrarios
Desdichada prisionera,
Ultrajes y afrentas miles
Sufriendo en extraña tierra,
Ni incierta memoria acaso
Tendreis yá de vuestra reina.
-Señora;- de emocion lleno
El buen conde le contesta,-
Disponed de nuestras vidas:
El pueblo fiel, la nobleza,
Que aun leal á vuestra causa
Persecuciones desprecia,

Cumplido homenaje os rinde,
Y vuestra orden espera:
Que aunque pocos nos hallamos
Para emprender hoy la guerra,
Si vuestra alteza lo manda,
Contentos, en su defensa,
Moriremos como buenos
Al pié de nuestra bandera.
-Gracias, amigos,- les dice
Conmovida la Princesa:-
Inutil ya vuestro arrojo
Sería, y en mi conciencia
Se alzára el remordimiento
Al derramar sangre vuestra.
Mas seguid siéndome fieles,
Tal vez mañana la empresa
No fuera tan temeraria.....
¡Oh! bien conozco que incierta
Es la esperanza que agita
Mi corazon, y con ella
Quizá el postrer desengaño
Me guarda la Providencia.
Mas ¿qué quereis?... La esperanza
Es la fugitiva estrella
Que caminando al ocaso
Aun alumbra al alma enferma:
Tal vez un momento brilla
Con luz más pura y más bella,
Absortos la contemplamos,
Nuestra ilusion acrecienta,
Y á poco envuelta en vapores

Se oculta tras la alta sierra.
¡Oh! perdonad si os aflijo
Con mis temores y quejas;
¡Ay! de estar á vuestro lado
Breves momentos me restan.
Llegad, llegad y mi mano
Besareis por vez postrera;
Mas antes tomad mis joyas....
Restos son de la grandeza
De mis mayores: guardadlas
Como débil recompensa
Á vuestra lealtad constante;
Y vuestros hijos por ellas
Recuerden en sus veladas
Las DESDICHAS DE UNA REINA.
Dijo con trémulo acento:
Y sus vasallos se acercan,
Y sus dádivas reciben
Con lágrimas, que revelan
El sentimiento profundo
Que sus almas atormenta,
Al separarse por siempre
De la infelice princesa.
Luego inclinan la rodilla,
Humildes su mano besan,
Y su llanto comprimiendo
Tristes ¡ay! tristes se alejan,
Porque oculta voz les dice
Que no volverán á verla.
Al retirarse Ramiro
Pensativo un punto queda,

Y en la triste doña Blanca
Fijando la vista inquieta
Así le dice:
-Señora:
Si en esa prision horrenda
Á que don Juan os destina
Recibís con gran reserva
Algun dia un pliego mio,
Cuantos avisos contenga
Firme seguid, yo os lo ruego,
Que señal es de que aun velan
Por vos vasallos leales,
Y que salvaros desean.
-Ya sé que sois arrojado,-
Doña Blanca le contesta;-
Dios os premie, mi buen paje,
Tanta lealtad y nobleza;
Mas por salvarme la vida
No ciego espongais la vuestra.
-¡Mi vida!.... ¿Qué importa al mundo
Que yo viva ó que yo muera?
Huérfano soy: vos, señora,
Todo cuanto amo en la tierra
Representais á mis ojos....
¿Vivir tranquilo pudiera
Lejos de vos, y sabiendo
Que inícuos os atormentan?
No, no; dejadme que intente
Libertaros.... Si sufriera
En mi empresa un desengaño
Sabré morir por mi reina.

-¡Oh corazon generoso!
¡Cómo digna recompensa
Hallar á tanto heroismo,
Á abnegacion tan suprema!-
Conmovida doña Blanca,
Del buen paje por la oferta,
Murmuró, sin ver acaso
La dulce mirada, llena
De amor y tristeza á un tiempo,
Con que Ramiro la observa.
Despues de una breve pausa
La reina siguió:
-Pues muestras
Me dais tan grandes, Ramiro,
De lealtad y de firmeza,
Confiar solo á vos quiero
De mision alta y secreta
El desempeño.... Esta carta,
Cuya direccion demuestra
Ser para el rey de Castilla,
Conducireis con presteza
Á su destino, cuidando
De que entregada le sea.
En ella ruego á mi esposo
Que al punto me favorezca
Con sus huestes, y me libre
Del peligro que me cerca.
Partid pues: venced los riesgos
Que en el camino os detengan;
Que en este pliego que os doy
Va mi esperanza postrera.

-Señora,- el doncel exclama,
Saludando con nobleza,-
Si mañana á esta hora misma
Vuestro fiel Ramiro alienta,
Lejos del suelo navarro
No habrá yá quien me detenga;
Y antes que el sol siete veces
Se alce espléndido en la esfera,
Habré lealmente cumplido
La órden de vuestra alteza.

Y saludando de nuevo
Ganó el buen paje la puerta,
Y montando en su caballo
Partió, como aguda flecha.
Mas en tanto que dejaba
Atrás montes y florestas,
Cual silfo alado que al viento
Audaz vence en su carrera,
En su mente así decía
Con amargura siniestra:
«De un rey menguado no aguardes
Auxilio, mísera reina....
Ahogar puedes yá en tu pecho
Esa esperanza postrera.» (9)

DESDICHAS DE UNA REINA.

TERCERA PARTE.—LA HERMANA.

I.

DOS AÑOS DESPUES.

¡Cuán mísera es la vida
Para el que ansioso espera
Consuelo á su afliccion;
Y pasa el tiempo y nunca,
Tras la tormenta fiera,
Vé el astro que esperanza
Dá al muerto corazon!

Su espíritu hasta el cielo
Mil veces, confiado,
Eleva con afan:
Ah, si; que al verse el triste
Del mundo abandonado,
Al cielo alza los ojos,
Que á Dios buscando van.

Que solo en el Eterno
Consuelo encuentra el alma
Sumida en el dolor;
Y un punto en el Empíreo,
En apacible calma,
Feliz del hombre olvida
El pérfido rencor.

Así la noble reina
Que vió correr los años
En lúgubre ansiedad,
Á Dios alza su espíritu,
Que solo desengaños
Ofrécele yá el mundo,
Y olvido y deslealtad.

¡Oh, cuántas, cuántas veces
Absorta en la ventana
De su real prision,
La contempló la noche
Y la gentil mañana,
Fiando de su esposo
Ventura y salvacion!

¡Ay mísera! que en vano
Espera, confiada
En su ilusion falaz:
Pasaron dias y meses,
Y yá desalentada,
Le hiere de la duda
El aguijon tenaz.

Tal vez, en sus plegarias,
Aun su esperanza acrece
Más viva por la Fé.
Grata ilusion, que dulce
Su espíritu adormece,
Y que cual vaga niebla
Desvanecida vé.

¡Feliz el prisionero
Que aunque cautivo llora,
De amante compañero
En alma bienhechora
Consuelos y esperanzas
Encuentra en su afliccion!
Mas ¡ay de aquel que triste,
Y solo, y sin amigos,
En carcel dura existe,
Cercado de enemigos,
Sin ver jamás la aurora
De ansiada salvacion!

¡Oh reina sin ventura!
¿La soledad de muerte
Que te rodea, augura
Contraria, infausta suerte,
O anuncia con su calma
Risueño porvenir?
¡Ay mísera! Con velo
Oscuro y misterioso,
Tu porvenir el Cielo
Oculta, silencioso,

Y ni el arma traidora
Verás que te ha de herir.

Á orillas del claro Gave
Orgullosa Orthez se eleva,
De fuertes muros cercada
Y torres altas que ostentan
Un foso al pié, y en su frente
Vieja corona de almenas,
Que de la célebre Orthesium
La anciana historia recuerdan.
La poblacion dominando
En una colina esbelta,
Se alza magestuoso y triste,
De la ciudad centinela,
El castillo de Moncada,
Que un ancho adarve rodea,
Fábrica de oscuros tiempos
En que á la ley de la fuerza
Juicio de Dios llamaban
Los potentes de la tierra.
Mírase en sus pardas torres
Crecer la silvestre yedra,
Verde ornamento que sombra
Presta á sus góticas rejas:
Y numerosos soldados
Guardan sus ferradas puertas,
Su adarve y su barbacana,

Que este castillo en la época
En que corre nuestra historia,
Servía de mansion régia
Á doña Leonor, la ilustre,
La poderosa princesa
De Bearne, Nemours y Gandía,
Y de Navarra heredera;
Señora de cien castillos,
De Fox muy alta condesa,
Noble entre las nobles damas,
Bella entre las damas bellas;
Que estos pomposos dictados
Y tal virtud y excelencias,
Le atribuye, aduladora,
Su cortesana nobleza.
Achaque de palacianos
Fué siempre adular sin tregua;
Medrar así se consigue,
Y el adular nada cuesta.
Allí en justas y torneos,
Allí en espléndidas fiestas,
Do inspirados trovadores
Su ingenio y su afan demuestran
En tributar á porfía
Mil alabanzas discretas
Á la ilustre habitadora
De aquella morada régia,
Alegre pasa la vida
Con su corte la princesa,
Sin que el ayer ni el mañana
Cuidados jamás le ofrezcan.

Mas si teatro de encantos
Y de glorias palaciegas
Es esta mansion augusta,
Eslo tambien de tristeza:
Que allí en silenciosa torre
Á solas llora sus penas,
Doña Blanca la infelice,
La desventurada reina,
De su vengativa hermana
Miserable prisionera,
En profundo desamparo,
Sin esperanza en la tierra.
¡Oh! ¡Cuán extraño contraste
Las dos hermanas presentan!
¡Qué inclinaciones tan várias
Y qué suerte tan diversa!
Doña Leonor, iracunda,
Cruel, altiva, soberbia,
Que horribles planes medita,
De ambicion, de orgullo ciega,
Y cual Cain, despiadada,
Tal vez en su mente inquieta
Pensamientos fratricidas
Trama, con atroz fiereza,
Por ceñirse sin rivales
Á su frente una diadema,
Es admirada por todos,
Parciales halla do quiera,
Y risueña la esperanza
Dichas sin fin le presenta.
Doña Blanca, generosa,

Compasiva, humilde y tierna,
Que solo en el bien se ocupa,
De ardiente caridad llena,
Que jamás de la venganza
Pudo acariciar la idea,
Y si demanda justicia,
Dios solo en su suerte adversa
Es su juez, y á él su corona
Su reino y vida encomienda,
Abandonada de todos
Suspira en cárcel desierta,
Y, perdida la esperanza,
Su próximo fin contempla.
¿Quién los secretos designios
De la sabia Providencia
Comprende? ¿Quién el misterio
De lo futuro revela?
Mas ¡ay! del que desafía
De Dios la justicia eterna.
¡Ay del malvado!... Terrible
Es la expiacion que le espera.

Si saber, lector amigo,
Con toda verdad deseas
Mil sucesos que te lleven
Al fin de la historia cierta
De la princesa infelice
Que llora su suerte adversa
Del Castillo de Moncada

En hórrida cárcel fiera,
Es forzoso que conmigo
Llegues á oculta vivienda,
Que en el arrabal situada
De Orthez, en la orilla izquierda
Del claro Gave, entre arbustos
Y arboles bellos se ostenta,
Blanca y azul, cual la garza
Que alegre en el rio juega,
Y humilde como las flores
Que en grato feston la cercan.
Allí el anciano don Nuño
Habita, y con ánsia espera
La llegada de Ramiro,
O al menos la alegre nueva
De que aun vive, que dos años
Han pasado, y ni la vuelta
Dió el buen paje, ni noticia
De él tuvo, en tan larga ausencia:
Y yá el viejo receloso
Al desaliento se entrega,
Que es largo tiempo dos años
Para el que su fin ve cerca.

Era una tarde de otoño,
Y yá la naturaleza
Sin verdor, la hojosa frente
Inclinaba macilenta.
Triste el sol entre vapores

Se oculta tras la alta sierra,
Y la noche á paso lento
Llega entre pardas tinieblas.
Del vespertino crepúsculo
Á la claridad incierta,
Sus tristes ojos alzando
Don Nuño á la parte opuesta
Del rio, fijar parece
Su vista en la fortaleza
De Moncada, que divisa
Desde su humilde vivienda:
Y tal vez un pensamiento
De pavor y oculta pena
Bulle en su mente, y le agobia
Con implacable fiereza;
Pues vese á poco una lágrima,
Que de su pesar es muestra,
Por su pálida mejilla
Correr silenciosa y lenta.
Mas súbito la mirada
Dirige á la agreste peña
Do estrecho puente abre paso
De la ciudad á la vega;
Y un punto alumbrar parece
Su decaida existencia
De una esperanza imprevista
La luz brillante y serena.
Aun dudoso en la ventana
La rápida marcha observa
De un mancebo, que á la quinta
En negro troton se acerca;

Mas en breve desmintiendo
Con juvenil entereza
La edad, que dejó en su rostro
Marcada profunda huella,
Traspasa con pié ligero
De su morada la puerta,
Á punto que yá el ginete
De su montura se apea.
-¡Ramiro!... ¡Dios sea loado!
Don Nuño dice al que llega:
-Yo soy, don Nuño,- abrazándole
El viajero le contesta.
Largo tiempo en dulce lazo
Ambos amigos se estrechan,
Y con lágrimas de gozo
El ingrato suelo riegan.
Despues llevando á Ramiro
El anciano á oculta pieza,
Así ignorados azares
Y proyectos se revelan:

NUÑO.

¡Pardiez! que con vuestra ausencia
Me teniais con cuidado:
Dos años os he aguardado,
Que es mucho...

RAMIRO.

Vuestra impaciencia

Comprendo, que no es la mia
Menor, mas juzgad, oh amigo,
Que á un poderoso enemigo
Jamás se venció en un dia.
Mucho en Castilla sufrí,
Que es mi patria pais ingrato;
Y fuera largo el relato
De azares que allá corrí.
Baste, don Nuño, deciros
Que aquel despiadado rey
Ni jamás conoció ley,
Ni le ablandan los suspiros.
Á la cesion generosa
De su esposa desgraciada,
Llamóla ofrenda obligada;
Y empresa torpe y ruinosa
Juzgó el mandar sus legiones
Á combatir contra Francia:
Que era mucha la distancia
Dijo, y que las razones
En que fundarse podía
Para atacar al francés
Siendo injustas, mal despues
Ventajas alcanzaría.

NUÑO.

¡Vive Dios! ¿Á quien le ruega
Pudo ofender con sus labios?
¿Cruel los justos agravios
De su noble esposa niega?

RAMIRO.

Si, amigo: mas obligado
Vióse al fin á hacer la guerra,
Que aun hay en aquella tierra
Nobles de pecho esforzado.
Ellos alzaron su espada
Para luchar por Castilla,
Y de extrangera mancilla
Quedára presto vengada,
Si el rey, que en nada su honra
Aprecia, nunca firmado
Hubiese, torpe, un tratado
Que la humilla y la deshonra.

NUÑO.

¡Imbécil!

RAMIRO.

Rey sin honor
Decid mas bien: no le tiene
Quien á ser, dócil, se aviene
Instrumento de un traidor.

NUÑO.

No de uno solo á mi ver,
Pues don Beltran de la Cueva

Diz que su privanza lleva
Tambien, y de su muger
Que audaz el amor le roba
Dicen los murmuradores.

RAMIRO.

Alusion á esos amores
Escuché en más de una trova.
Y tal es el desprestigio
Que á don Enrique rodea,
Que al fin no es raro que sea
Salvar su trono un prodigio.
Mas dejando aquí este asunto
Hablemos de lo que importa,
Que el tiempo se nos acorta,
Y conviene obrar al punto.
Antes de llegar aquí
Con Gontran hablé en secreto....

NUÑO.

¿Fiais de él?

RAMIRO.

Es discreto.

NUÑO.

Y avaro, segun oí.

RAMIRO.

Un avaro es un tesoro
Para el que en empresas anda:
Si él accede á mi demanda
Yo le daré mucho oro.

NUÑO.

¿Vos?

RAMIRO.

Sí, amigo; no os asombre,
Timbres heredé y riqueza,
Y no pagar con largueza
Fuera indigno de mi nombre.

NUÑO.

Mas ¿qué intentais?

RAMIRO.

Escuchad:
Mañana, cuando su velo
Tienda la noche en el cielo,
Vuestras armas preparad.
Y á la aurora dos corceles
Conducid junto al castillo:

Yo al pié estaré del rastrillo
Con mis servidores fieles.
Mas importa esteis oculto
Hasta que os dé una palmada,
Que esta es la seña acordada
Con Gontran... Si extraño bulto
Se os acerca, que en acecho
Llega sin dar la señal,
Alzando presto el puñal
Sepultadselo en el pecho.
Si bien queremos salir
Audacia emplear debemos,
Y á la reina salvaremos,
O allí sabremos morir.
¡Oh, qué suerte si logramos
Arrebatarle su presa
Á la traidora condesa!

NUÑO.

¡Felices si lo alcanzamos!
Mas ¿calculado no habeis
Que el castillo está guardado?

RAMIRO.

Todo peligro alejado
Será por Gontran.

NUÑO.

¡Teneis

Valor para confiar
En el sagaz escudero!

RAMIRO.

Si: que de un contrario artero
Hizo el oro un auxiliar.
No temais: del enemigo
Triunfaremos....

NUÑO.

El temor
Nunca amenguó mi valor,
Y vos de ello sois testigo.
Mas si en una empresa vá
Solo el valor, caro cuesta
Muchas veces.

RAMIRO.

Pues en esta
Todo meditado está.

NUÑO.

Basta: que aunque así no fuera,
Tanto anhelé este momento,
Que á la cita iría contento
Aunque allí morir supiera.
Hora reparad, amigo,

Vuestras fuerzas: si quereis
Mesa y lecho aquí tendreis.

RAMIRO

Acepto.

NUÑO.

Venid.

RAMIRO.

Ya os sigo.

Y despues de estas razones,
Del aposento la puerta
Salvó don Nuño, y Ramiro
Siguió al anciano á otra pieza;
Donde sentados delante
De limpia aunque pobre mesa,
Que apetitosas viandas
Ofrecía, y una botella
De vino español añejo,
Tal vez de su audaz empresa
Departían, ó de azares
Que sufrieron ó que esperan.
Mas de lo que allí trataron
Nada las crónicas cuentan,

Ni tradiciones existen
Que lo digan al poeta.
Así, permite, oh lector,
Si mi historia te interesa,
Que no haciendo este más largo
Otro capitulo emprenda.

II.

LA ENVENENADORA.

En retirado aposento
De su soberbio Castillo,
Cuyos muros de armaduras
Y blasones revestidos,
De la moradora anuncian
Nobleza y alto prestigio,
Al par que de sus abuelos
La virtud y el heroismo,
Está la altiva condesa
Doña Leonor, sin testigos,
Meditando sus proyectos
En ademan reflexivo.
Su morena tez rosada,
Sus ojos negros y hundidos,
Su corva nariz, su boca
Grande, aunque de labios finos,
Y su cabello, que baja
En negros y ásperos rizos

Cubriendo su estrecha frente
Hasta su cuello extendido,
Danle varonil aspecto,
Mas siniestro y repulsivo.
Es su sonrisa el anuncio
De álgun proyecto temido,
Y si algun objeto acaso
Sus ojos contemplan fijos,
La mirada que desprenden
Son dos rayos encendidos.
Luengo traje de brocado
En oro y en perlas rico
Viste, ciñendo su talle
De seda negro justillo,
Y rojo manto forrado
De blancas pieles de armiño,
Cubriendo el sitial donde ella
Medita en afan prolijo,
Se extiende en airosos pliegues
De sus hombros desprendido.
Largo rato há que en silencio
Y sola está en su retiro,
Un estuche contemplando
Que, cerca de ella, extendido
Sobre una mesa se mira
Con cajas y botecillos.
Mas súbito dominada
De algun secreto designio,
De un timbre, con mano trémula,
Alza el dorado martillo,
Y tres golpes descargando

Sobre él, vibrantes sonidos
Produce, que el aire lleva
Á los salones contiguos.
Y gira la puerta á poco
Del aposento sombrío,
Y una dama bella y jóven
Se acerca con paso tímido,
Y á doña Leonor saluda
Con grave ademan sumiso.
La condesa la contempla
Un breve rato, y seguido
Cerrar la puerta le manda
Con un misterioso signo,
Así con ella entablando
Diálogo no interrumpido.

DOÑA LEONOR.

Llega Irene: de mi hermana
Saber quiero la respuesta.

LA DAMA.

Señora, á vuestra propuesta
Negóse yá.

DOÑA LEONOR.

¿Con que vana
Fué con ella mi bondad?
¡Y mi plan veré deshecho

Por su audácia!....

LA DAMA.

Su derecho
Prefiere á su libertad.
«Contestad á quien os manda
-Me dijo asaz conmovida,-
Que antes perderé la vida
Que acceder á su demanda.
En buen hora la traicion
Por reina á mi hermana elija,
Pero que de mí no exija
Tan infame humillacion.
Mi carcelera podrá
Herirme, turbar mi calma,
Mas á su pesar mi alma
Libre en la prision será.»
Tal dijo y con paso grave
Se alejó.

DOÑA LEONOR.

¡Me desafía!
La firmeza y la osadía
De mi corazon no sabe.
Será mia su corona,
Mia mal su grado.... ¡Necia!
Si su orgullo me desprecia
Me responde su persona.
Mas ¿qué digo?... ¿Y pude yo
Un punto ocuparme de ella?

Escucha Irene: mi estrella
Hoy grata me sonrió.
Samuel, que por mi salud
Se interesa, una bebida
Me ha traido, que la vida
Conserva y la juventud.
Ciencia y riquezas por mí
Gastó en elixir tan caro.

LA DAMA.

Descubrimiento bien raro
Que emplear debiera en sí.
Que es extraño que quien mira
La adusta vejez llegar,
Á otros pretenda salvar
Mientras él enfermo espira.

DOÑA LEONOR.

¿Y tal conducta te extraña
En un anciano judío?
El oro es su Dios: impío
Vé en él la vida, y se engaña.
Mas al par que me ha traido
El elixir bienhechor,
Aguas me trajo de olor,
Y de venenos surtido.

LA DAMA.

¿Venenos?.....

DOÑA LEONOR.

Si; no te admire:
El antídoto compré
Con ellos, y no seré
Yo quien su ponzoña aspire.
Mas sábia cosa es vivir
Contra un enemigo artero
Precavida.

LA DAMA, *con falsa timidez.*

Yo prefiero
En mi ignorancia morir:
Que ánsias y temblor febriles
Siento esos filtros al ver.

DOÑA LEONOR.

Yo haré desaparecer
Esos temores pueriles.
Puedes tranquila observar
Tales medios de venganza;
Si una mano no los lanza
Ellos no pueden matar.
Lleno este estuche se vé
De esos tósigos mortales,
Y en innobles animales
Ya su eficacia probé.
Acércate más, y observa

Este de rojo color:
Por largo tiempo su olor
El entendimiento enerva.
Este, que Samuel llamó
Cicuta, la sangre inflama:
En su abrasadora llama
El gran Sócrates murió.
El *acqua Tofana* es esta,
En Italia conocida,
Por los príncipes servida
Al audaz que les molesta.
Mucho el tal bote costó,
Mas yo no lo encuentro caro,
Y otro aun más precioso y raro
El buen Samuel me vendió.
Este líquido admirable
Cuyo secreto he comprado,
Prestar puede al desgraciado
Un fin dulce y envidiable.
Helo aquí: quien á gustar
Llegue tan grato beleño,
De su fantástico sueño
Nunca anhela despertar.
Y al acercarse la muerte
Siente gratas emociones,
Y entre dulces ilusiones
Feliz bendice su suerte.
Este pomo de cristal
Con su cubierta de oro
Guarda tan rico tesoro:
Míralo bien; sin igual

Es su misterioso encanto;
Digno de reyes parece,
Y al noble proscrito ofrece
Calma eterna en su quebranto.

LA DAMA, *con afectada indiferencia.*

Felices los reyes son,
Y la muerte no desean.

DOÑA LEONOR.

No es raro á veces se vean
Perdidos por su ambicion.
Ejemplo de esta verdad
Es mi hermana, que conmigo
Osa luchar, y el castigo
Sufre de su terquedad.
Al rey su padre ofendió
Por defender á su hermano,
Y ella misma por su mano
Sus cadenas se labró.
Vengar la ofensa traidora
Hecha á un padre, que es el mio,
Es mi deber, y aunque impío
Me es fuerza cumplirlo ahora.
Bien sabe Dios que infeliz
Me hace esta mision odiosa,
Y fuera yo muy dichosa
Ó mi hermana muy feliz,
Si una de las dos muriera.

LA DAMA.

¿Vos, reina de la hermosura,
De Francia gloria y ventura,
Vos morir?....

DOÑA LEONOR.

¿Extraño fuera?
¡Ay! yo te aseguro, Irene,
Que si un alma bienhechora
De aquesta lucha opresora
Á libertarme no viene,
Sumergida en hondo duelo
Verásme presto espirar.

LA DAMA.

Debeis del cielo esperar
Á vuestra ansiedad consuelo.

DOÑA LEONOR.

Triste, en verdad, es vivir
Esperando de contino,
Cuando no hay otro camino
Que el de matar ó morir.
Oh, si un alma fuerte hubiera
Que evitarme el sacrificio
Quisiese, por tal servicio

Oro y privanza le diera.
Pruebas en su accion vería
De amistad y de entereza,
Y el poder y la riqueza
Con ella compartiría.

LA DAMA.

Feliz quien pueda, señora,
Adivinar vuestro intento,
Y amenguar el sufrimiento
Que vuestro pecho devora.
¡Quién sabe! Tal vez hallar
Logreis pronto el fiel amigo
Que, de vuestro afan testigo,
Venga el lazo á desatar
Con que os liga suerte impía.

DOÑA LEONOR.

Oh, gracias: tú confianza
Me inspiras, y de esperanza
Inundas el alma mia.
Hora recoge este estuche,
Y al guardarlo donde sabes
Puedes conservar las llaves.
Vé pues: déjame que luche
Á solas con mi ansiedad;
Y, tranquila meditando,
Mis planes vaya pesando.

LA DAMA.

Señora, con Dios quedad.

Cojió la dama el estuche
Y al llevárselo consigo,
En doña Leonor los ojos
Fijó con aire maligno.
Una mirada cruzaron
Que mil secretos designios
Revelaba, y mil proyectos
De venganza y de exterminio:
Y con siniestra sonrisa,
Al verla alejarse, dijo
En voz baja la condesa:
«Creo que al fin me ha comprendido.»
Y doña Irene, mirando
El dorado botecillo,
Así pensó al retirarse
Del aposento sombrío:
«Saciar, oh noble condesa,
Quieres tu afan vengativo;
Fáltate el valor, y pides
Un brazo que te dé auxilio....
Le hallarás; mas ten en cuenta
Que tu secreto es ya mio:
Con él labro mi fortuna
Y á mi voluntad te rindo.»

III.

ANUNCIO CONSOLADOR.

Huyó la estacion galana
De los plácidos amores;
Del estío los ardores
Desaparecieron yá:
Y el dulce otoño velando
Su faz en manto sombrío,
Al soplo de invierno frio
Triste alejándose vá.

Triste tambien doña Blanca
Morir vió las gayas flores,
Y tal vez de sus dolores
La imágen en ellas vió.
Y al contemplar que inclemente
El viento las deshojaba,
En su pecho desmayaba
La esperanza que abrigó.

Y lágrimas derramando
Les dijo así conmovida:
«Flores que perdeis la vida,
¿Os volveré yo á encontrar?

Ayer os ví en mi ventana
Ricas de gracia y colores,
Hoy del cierzo á los rigores
La frente os miro inclinar.

¡Quien sabe! Tal vez mañana
Tendré yo la misma suerte;
Tambien herida de muerte
Mi cabeza inclinaré.
¡Ay! vendrá la primavera,
Y en nueva vida, olorosas,
Tornareis aquí dichosas,
Mas yo nunca volveré.»

Tal dijo: y luego la vista
En la ancha vega fijando,
Largo tiempo meditando
En honda contemplacion,
Quedóse cual muda estátua,
Sin ver que el astro del dia
Lento yá su frente hundía
En la occidental region.

Mas de su abstraccion á poco
Sacóla extraño ruido,
Que tres veces repetido
Su pecho vino á turbar.
Y alejóse de la reja
Por averiguar la causa,
Y con misteriosa pausa
Entonces se oyó nombrar.

-«¿Quién viene-dijo medrosa-
Á turbar hora mi calma?»-
Y una voz le dice:-«Un alma
Que vela en vuestra prision.
Tomad, Señora, este aviso
Que un buen amigo os envía:
No desmayeis, que yá el dia
Se acerca de salvacion.»

Acercóse la princesa
Á do la voz se escuchaba,
Y un pliego vió que asomaba
De la puerta en el umbral.
Cogiólo, y al ver la firma
En él de su fiel Ramiro,
Lanzando ardiente suspiro
Exclamó: «¡Siempre leal!»

Y del espirante dia
Á la claridad dudosa,
Por la ansiedad temblorosa,
Esto en el pliego leyó:
«Cuando sus primeros rayos
Mañana muestre la aurora,
Velad, mi reina y señora,
Que á salvaros iré yo.

Y conmigo otros leales,
En la desgracia probados,
Vendrán tambien, denodados,
Á daros la libertad.

Parciales en el castillo
Contamos á nuestro intento:
Llegó el ansiado momento,
Reina y señora, alentad.»

Feliz Blanca se contempla
Con lo que el pliego le augura,
Que tan cercana ventura
Nunca realizar creyó:
Mas sin poder el dominio
Sufrir de emocion tan fuerte,
En un sitial cayó inerte,
Y aletargada quedó.

IV.

EL DOS DE DICIEMBRE DE 1464.

Rayaba ya la aurora
De tan nefasto y memorable dia,
En que arrogante la maldad debía
Luchar con la inocencia: era la hora
En que natura al Hacedor eleva
De gratitud un himno y de alabanza,
Que un ángel puro hasta su trono lleva:
La grata hora en que el dormido mundo
Despierta á la alegría,

Y en que el mortal, henchido de esperanza,
Nueva existencia á respirar se lanza
En torrentes de luz y de armonía.
  Aun en quietud profunda
De Orthez el pueblo todo se entregaba
Al blando sueño, y solo interumpía
Su sepulcral silencio, allá en la vega,
El canto prolongado
Del labriego, que al campo conducía
Desde la humilde choza su ganado.
  Mas al pié del rastrillo
Del extenso y fortísimo castillo
De Moncada, se miran
Llegar dos hombres, y el sonido á poco
De confusas palmadas
Por tres veces repite el vago viento:
En breve resbalando la cadena
Del levadizo puente,
Al peso cruje que tenaz enfrena;
Y sobre el foso la pesada mole
Descansar en la piedra al fin se siente,
Á un hombre dando paso
Que en trage de escudero
En la puerta aparece del castillo:
-¿Estais listo, Gontran?-de los de afuera
Pregunta uno, al que en la sombra vaga
Se adelanta del puente, al par llevando
La mano diestra al pomo de su daga.
=Mi palabra cumplí: la guardia toda,
Al sopor de un narcótico rendida,
Al sueño está entregada, y yo velando

Hace un hora, Ramiro, que os espero:
De la prision aquí tengo las llaves;
La ocasion es propicia, andad ligero.
Dice Gontran, y súbito Ramiro
Con su fiel compañero se adelanta,
En voz baja diciendole:
-Don Nuño,
Seguidme en pos, y estad apercibido,
Por si este hombre á la traicion vendido
Aquí su voz ó su puñal levanta.

Y atravesando el levadizo puente
La ancha puerta despues los tres salvaron,
Y por estrecho caracol pendiente
De doña Blanca á la prision llegaron.

Con cautela Gontran abre la puerta
De aquella carcel hórrida y sombría;
Y en la triste mansion el paje y Nuño
Del escudero en pos se precipitan.
Triste silencio en derredor reinaba,
Ni una voz, ni un suspiro allí se oía;
El eco en la alta bóveda repite
Solo el rumor de sus pisadas mismas.
De ansiedad palpitantes se detienen,
En torno luego la mirada fijan,
Y del alba naciente al rayo tibio,
Que temeroso por la estrecha ojiva

En la prision penetra, derramando
De azulado color luz indecisa,
Á Blanca ven en el sitial, inmovil,
Y en blando sueño al parecer rendida.
¡Duerme! ¿Cómo la mísera al descanso
Puede entregarse, por su mal tranquila,
En el supremo instante en que á salvarla
Sus parciales intrépidos corrían?
Mas ¡ay, Blanca infeliz!....

Por un momento
Volvamos, oh lector, atrás la vista,
Y sabremos la causa de ese sueño
En que postrada yace y sumergida.

V.

EL CRÍMEN.

Despues que la triste reina
Por el pliego impresionada
En un sitial desmayada
Y sin aliento quedó,
Por el pasadizo estrecho
Que á su prision conducía,
Apenas se extinguió el dia
Rumor de pasos se oyó.

Y á poco giró la puerta
De aquella carcel oscura,
Y vióse blanca figura
Dibujarse en el dintel.
Era una dama; en su diestra
Tallada copa traía,
Su siniestra una bugía
Y al brazo rojo alquicel.

Adelantóse, la estancia
Con lentos pasos midiendo,
Y el alquicel extendiendo
Sobre un ancho velador,
En él la luz y la copa
Depositó en breve instante,
Y de la reina delante
Presentóse con temor.

-«¡Durmiendo está!-pensó ella
Al verla sin movimiento,-
Dios ó el diablo este momento
Me proporciona feliz.
Y aprovecharlo es prudencia....
Mas ¿será el sueño celada?
Veámoslo: desgraciada
Si caigo en torpe desliz.

Y á doña Blanca acercóse
Con cautela sigilosa,
Y sorprendida y dudosa
Al no oirla respirar,

-«¿Será un desmayo ó la muerte
Á mí se habrá adelantado?
Dijo, y con pecho turbado
Volvióla luego á observar.

-«Bien dije que estoy del Cielo
O de Satan protegida;
-Murmuró yá convencida
De su desmayo cruel.-
Y es el momento oportuno
Para quien su suerte aprecia,
Y seré asaz torpe y necia
Si no me aprovecho de él.»

Y dorado botecillo
De extraño líquido lleno,
Que oculto lleva en el seno,
Con lenta mano sacó:
Lo abrió ansiosa, y en los labios
De la augusta desmayada,
Trémula y apresurada
Su contenido vertió.

Á poco, en febril acceso,
Vióse á Blanca temblorosa,
Y la dama, recelosa,
Temblaba acaso á la vez.
Mas presto pasó: sus ojos
Quedaron fijos y abiertos,
Y el cuello y rostro cubiertos
De una mortal palidez.

Por largo tiempo la dama
La estuvo audaz contemplando,
Mas del velador tomando
La luz que trajo al llegar,
Dirigióse hácia la puerta
Con paso seguro y lento,
Murmurando en bajo acento
La estancia al abandonar:

-«¡Un crímen!... Bah, la privanza
Será mi càstigo eterno,
Y si hay en verdad infierno,
Condesa, iremos las dos.
Al fin cayó la paloma
De águila fuerte en la garra...
Ahora, reina de Navarra,
Demanda justicia á Dios.»

Tras de reto tan impío
Partió la envenenadora,
Muda calma aterradora
En breve reinando allí.
¡Pobre Blanca! infausta suerte
Fué eternamente contigo,
Y hoy mueres sin que un amigo
Tierno vele junto á tí.

Si; mueres en el momento
En que dicha hallar soñabas,
É ilusiones halagabas
De próxima libertad.

Eras un ángel, y quiso
Llevarte Dios á su lado...
¡Ay del corazon malvado
Que osó herirte sin piedad!

VI.

EL JURAMENTO.

Apenas en la estancia entró Ramiro
Do halló á la reina al parecer dormida,
Presentimiento horrible lo anonada,
Y con pavor su corazon palpita.
Hácia ella extiende los convulsos brazos,
Su extraña palidez trémulo mira,
Y ante su helado, aterrador silencio,
Inquieto á su pesar teme y vacila.
«Venid, señora, presto,-al fin exclama,
Y con respeto al par la frente inclina,-
Venid que yá la suspirada aurora
De la ventura en el oriente brilla.
De vuestra carcel las ferradas puertas
Abiertas ante vos ora se miran;
Tal vez en breve, oh reina, en vuestro sólio
La vil traicion contemplareis vencida.
¡Venid presto, venid..!!-Mas, ah, que en vano
Repite el paje, que á salir la excita,

«Venid, venid:» inerte doña Blanca
Su voz no escucha ó su consejo esquiva.
Con ansiedad creciente á ella se acerca,
Luego los ojos en los suyos fija...
Inmóviles sus ojos no responden
Á sus miradas cual en otros dias.
Toca su mano, ¡ay Dios!... tambien su mano
Sin movimiento está, pálida y fria;
Y de espanto y dolor sobrecogido,
«¡Ay, muerta, muerta!» horrorizado grita.
De Ramiro á la voz Gontran y Nuño
Se acercan presurosos, y la vida
Intentan devolver á la infelice
Víctima triste de infernal perfidia.
¡Esfuerzo inútil!.... El tremendo golpe,
Fruto cruel de infame hipocresía,
Seguro descargó con diestra mano,
Triunfando la maldad de la justicia.
«¡Muerta!... ¡muerta!»-los tres, dolientes, dicen,
Y sus voces del eco repetidas,
«¡Muerta! ¡muerta!» se escucha en lontananza
Por los pátios y extensas galerías.
Mudos ayes, sollozos comprimidos
Suceden á sus gritos de agonía,
Mas la frente elevando el noble paje,
Que al peso estuvo del dolor rendida;
Su diestra hácia el cadaver extendiendo,
Y llamas de furor de sus pupilas
Trémulo destellando, así murmura
Con apagado acento y faz altiva:
-«Ilustre reina, víctima infelice

De la traicion más negra y más inícua,
Ante tus nobles restos yo te juro
Tus agravios vengar, tu muerte impía.
Sí: vengada serás: el mismo Cielo
De insólito valor mi pecho anima:
Yo seré de la justa Providencia
El brazo vengador que el rayo vibra.
¡Ay de tus asesinos! Ni una hora
Tras de su crímen gozarán tranquila,
Y el fruto al recoger de sus maldades
Con su esperanza perderán la vida.»

Así dijo; y su frente descubriendo,
Y sumiso doblando la rodilla,
Con amoroso afan, por vez postrera
De su reina en la mano inerte y fria
Un ósculo imprimió, triste regándola
Al par con una lágrima furtiva.
Ayes del corazon lanza don Nuño,
Trémulo llega y á Ramiro imita,
Y Gontran conmovido al contemplarlos
Sin poderse vencer tambien suspira.

Vívido el sol alzábase en oriente
Y yá la estancia con su luz teñía,
Y aun el mísero anciano y el buen paje
Silenciosos allí permanecian.
Mas Gontran, temeroso, «huid,»-les dice;-
«Si descubiertos sois perdeis la vida,

Y á mi tambien entonces cruel castigo
Airada la condesa me impondría.
Muy tarde es yá, partid...»
«Oh, si, partamos,»
Ramiro exclama, y á don Nuño excita
Presuroso á partir, del escudero
Al par saciando la genial codicia.
-«Tomad,»-le dice, y de sonante oro
Una bolsa en sus manos deposita:-
«Este, Gontran, el precio es del servicio
Que tan inutil fué; mas si la impía
Suerte se opuso á nuestros nobles planes,
Aun resta que vengar la ilustre víctima.
Yá mi cómplice sois; la suerte vuestra
Á mi suerte por siempre queda unida:
Premio doy al leal: á los traidores....
Guardaos, Gontran, de la venganza mia.»
Y conduciendo hácia la puerta á Nuño,
Que lleva el alma de dolor transida,
Y que espirante y sin aliento marcha
Apoyado en el brazo de su guia,
Con él se aleja del fatal castillo
Y en las calles se interna de la villa,
En tanto que sus últimas palabras
Á sus solas Gontran pesa y medita.

Pocas horas despues el pueblo todo
Á la mansion condal raudo llegaba,
Por admirar el fúnebre aparato
Que en la régia capilla

De los condes de Fox se contemplaba.
Sobre enlutado catafalco airoso,
Del arte maravilla,
Rico en blasones, donde el oro brilla,
Y de cien y cien luces rodeado,
De la que fué en el mundo
Soberana del reino de Navarra
El noble cuerpo vese levantado.
Con silencio profundo
La multitud escucha
De los ministros del altar las preces,
Y lágrima furtiva
Derrama compasiva,
Ó doliente suspiro exhala á veces:
Que aun en tierra extrangera
Hay nobles almas que la muerte aciaga
Lamenten de la augusta prisionera.
Si; que do quier que la piedad derrame
Los rayos de su luz esplendorosos,
Pueblo cristiano existirá que aclame
Los puros sentimientos generosos.
Llorad, llorad, sensibles corazones,
Á la mas desdichada de las reinas;
Y cuando oculte sus augustos restos
La losa funeraria,
Entre puras y santas emociones
De vuestros labios brote una plegaria.
Si, llorad; que es el llanto
Manantial fecundo de consuelo;
Y la oracion el himno sacrosanto
Que une la tierra con el almo Cielo.

VII.

PROYECTOS DE VENGANZA.

El año mil cuatrocientos
Setenta y nueve corría;
Y era el dia veinte y ocho
De Enero, segun publican
De Navarra los anales,
Cuando las Cortes reunidas
En Tudela, proclamaban
Al eco de ardientes *vivas*
A la condesa de Fox
Por soberana legítima
Del reino, y con grave pompa,
En la suntuosa basílica,
La real diadema á su frente
El obispo le ceñía,
No sin que antes jurase
Ante el altar de rodillas,
La mano en los evangelios,
Con frase clara y concisa,
Guardar los fueros antiguos
De merindades y villas.
Entregábase Navarra
Á la más loca alegría,

Que de don Juan el segundo
La muerte no fué sentida,
Y aun de sus leyes crueles
Muchos el peso sufrían,
Y de su venganza otros
Presagiaban nuevas víctimas.
Y aunque la altiva condesa
No era del pueblo querida,
Con vítores á su paso
Entusiasta la acogía,
Que, ansioso de novedades,
Siempre el pueblo felicita
Al rey entrante, y al muerto
Con facilidad olvida.
Mas de las fiestas gozando,
Entre flores y armonías,
Á la multitud dejemos,
Que veloz se precipita
De Tudela por las calles
Tras la carroza magnífica
En que vá la nueva reina,
Llena de inefable dicha,
Los aplausos escuchando
Y las músicas festivas,
Á cuyo son mil cantares
Alusivos se improvisan
Y mil danzas placenteras,
Vistosas aunque sencillas:
Y huyendo de aquella atmósfera
De embriagadora alegría,
De la ciudad á un extremo

Fijemos luego la vista,
Y el umbral atravesando
De un pobre meson, que á orillas
Del ráudo Quéiles se alza
Solitario, en la campiña
Fertilísima y riente
Que se prolonga hasta Oblitas,
En un oculto aposento,
Do apenas la luz del dia
Por estrecha claraboya
Penetra dudosa y tímida,
De un ancho hogar á la lumbre,
Sentados en toscas sillas,
Dos hombres encontraremos
Que en ocasiones distintas
Figuraron en las páginas
De esta narracion verídica.
Es uno de ellos Ramiro
Y el otro Gontran: en íntima
Plática así departen,
Ora en calma, ora con ira:

GONTRAN.

Recibí un mensaje vuestro
Y fiel he estado á la cita.

RAMIRO.

Vuestra exactitud me place;
Y compensaciones dignas

Os guardaré, si accedeis
Á lo que de vos exija.
Que aunque pasó largo espacio
Sin vernos, y aunque noticias
En quince años no hubísteis
De mi persona, en Castilla,
Do estuve tan largo tiempo,
Siempre en memoria os tenía,
Que soy noble, y nunca olvido
Beneficios que reciba.

GONTRAN.

Decir de vos yo pudiera
Otro tanto, que crecida
Recompensa á mis servicios
Dísteis con mano propicia.

RAMIRO.

Pues de vos depende hoy
Tener otra aun más cumplida,
Y que poseedor os haga
De riquezas infinitas.

GONTRAN.

Declarad pues sin rebozo
Lo que debo hacer....

RAMIRO.

Sencilla
Es la cosa, aunque arriesgada;
Mas antes que franco os diga
Mis proyectos, anunciaros
Debo sucesos que esplican
Mi conducta, y que á servirme
Con eficacia os obligan.

GONTRAN.

Os escucho.

RAMIRO.

¿Recordais
Que vengar la muerte inícua
De doña Blanca os propuse
En aquel infausto dia
En que intentamos salvarla?

GONTRAN.

Aun vuestras palabras mismas
Recuerdo...

RAMIRO.

Feliz memoria

Teneis, Gontran, á fé mia,
Y vuestras promesas ella
De repetiros me evita.
Vengar juré á doña Blanca
De los malvados que en vida
Inícuos la maltrataron
Con infame alevosía,
Y la justa Providencia
La empresa me facilita:
Al padre cruel los rayos
Lanzóle de su justicia,
Y el rey que llamaban *Grande*,
Que ciñó á su frente altiva
Seis coronas, sin amigos
Murió, cual morir podría
El último de sus subditos,
En la situacion más mísera.
Tambien al pérfido esposo
Su santa mano castiga,
Que infamia y celos devora
Entre asechanzas contínuas,
Y con el tormento muere
De ver su estirpe extinguida.
Resta tan solo la hermana...
La cruel ahora tranquila
Goza de su negro crímen,
Coronada y aplaudida...
Mas no será, que si el Cielo
Aun no lanzó de su ira
Sobre ella el tremendo rayo,
Es, Gontran, porque está escrita

En mi empresa su sentencia,
Y á la venganza me anima,
Que á nuestro valor y audacia
El justo castigo fia.

GONTRAN.

¡Un crímen! .. Oh, no espereis
Que yo en tal proyecto os siga.

RAMIRO.

¡Pardiez! con esos escrúpulos
Pareceis monja novicia,
Y contrastan lindamente
Con vuestra conducta antigua.

GONTRAN.

Siento en verdad ofenderos
Con mi tenaz negativa,
Mas....

RAMIRO.

¡Vive Dios, que yá basta
De dolo y de hipocresía!
¿Quereis que os tenga yo ahora
Por un santo cenobita?
Pesad bien lo que os propongo,
En vuestra conciencia íntima:

Si mi proyecto aceptais,
Los bienes que adquirí un dia
En la noble y justa guerra
Que á Navarra hizo Castilla,
Con un título de conde
Que heredé de mi familia,
Vuestros son: mas si insensato
Burlais la esperanza mia,
Gontran, requerid la espada,
Porque ó me quitais la vida,
Ú os mato yo, y de venderme
Os evito la ignominia.

GONTRAN.

Tentadora es la propuesta,
Y necio en verdad sería
Si entre dar una estocada
Y exponerse á recibirla,
O ser conde y tener rentas
Y posesiones magníficas,
Eligiese lo primero
Por una lealtad mentida.

RAMIRO.

¿Con que aceptais?

GONTRAN.

Si, que acepto.

RAMIRO.

Así, Gontran, os quería.

GONTRAN.

Mas ¿qué debo hacer?

RAMIRO.

Oidlo:
¿No sois vos el que hoy habita
La estancia, al departamento
De doña Leonor contigua?

GONTRAN.

Yo soy.

RAMIRO.

De vuestra privanza
Con placer tuve noticia.

GONTRAN.

Á extraña suerte la debo;
Que hace dos meses que iba
Acompañando á la reina
Á caza de montería,
Y de una fiera al mirarse

En el bosque acometida,
Pidió auxilio; con mi arrojo
Libréla de ser su víctima,
É hízome su maestresala,
De mi accion agradecida.

RAMIRO.

Bien está: ved ahora como,
Para el plan llevar á cima,
Me ocultais en vuestra estancia
Sin que nadie lo perciba.
Y puesto que vos estais
Encargado de asistirla,
Solo os exijo que antes
De servirle la comida,
Llegueis á hablarme un momento,
Y.... no falteis á la cita.

GONTRAN.

Comprendo.

RAMIRO.

Bien; pues si os place,
Fijadme la hora precisa
Y el lugar en que aguardaros
Deba yo.

GONTRAN.

Pues que propicia
Es la ocasion, porque ausentes
La reina y su comitiva
Hora están de la morada
Que en esta ciudad habitan,
Venid pues, que entre el estruendo
Que á la multitud anima,
Llegaremos al palacio
Sin que nos sigan la pista;
Y allí por oculta puerta
Cuya llave me confían,
Sin peligro llegareis,
Ramiro, á la estancia mia.

RAMIRO.

Pues no hay que perder momento:
Audacia y cautela os sirvan.

GONTRAN.

Seguidme, y estad tranquilo,
Que en ello juego la vida.

Y ciñendo la espada al ancho cinto
Del tosco hogar entrambos se apartaron,
Y abandonando en breve aquel recinto
Ráudos á la ciudad se encaminaron.

VIII.

LA EXPIACION.

El astro rey de los astros
Trece veces alumbró
Desque Gontran y Ramiro,
En el oscuro meson,
En misteriosos contratos
Se convinieron los dos;
Y Tudela en este tiempo,
De las fiestas al rumor,
Como el campo en primavera
Alegre siempre se vió.
Cubrieron sus calles todas
Flores y ramas de olor;
Arcos se alzaron triunfales
De adornos con profusion;
Y ni balcon ni ventana,
Ni elevado mirador,
Vióse libre de curiosos
Mientra el bullicio duró.
Mas los festejos tocaban
Por fin á su conclusion:
Era el dia postrimero
Y el pueblo con mas ardor

Por las plazas y las calles,
En revuelta confusion,
Cual desatado torrente
Lanzábase sin temor,
Siempre anhelante y curioso
Del vano placer en pos.
Ante la régia morada
Ancho palenque se alzó,
Do la nobleza pudiera
Gala hacer de su valor.
Balcones y galerías
Poblaban en confusion,
Junto á la elegante dama
El dignatario de pro,
Junto al baron ó el hidalgo
Algun juez perquiridor.
Y en extensa gradería,
De asientos sin division,
Los pecheros y soldados
Y el escudero hablador,
Con el rufian y la dueña
Confundidos en monton,
El sitio se disputaban
Por conseguir el mejor.
Y los jueces del torneo,
En blasonado balcon,
Que ante el concurso se eleva
Y cercan en derredor
Hombres de armas y heraldos,
Acuartelado escuson
Ostentando en sus dalmáticas

De abigarrado color,
Dan sus órdenes y esperan,
De pié, con viva atencion,
Que el áureo sitial ocupe
La reina doña Leonor.
  En tanto crece entre el pueblo
La algazara y confusion,
Y no falta algun osado
Y arrogante justador,
Entre la altiva nobleza
Que á lidiar se preparó,
Que critique la tardanza
Y el órden de la funcion;
Y al ver que al pasar las horas
Del pueblo crece el rumor,
Más su impaciencia demuestra
En sagaz murmuracion.
  Más súbito en el palenque
Un heraldo apareció,
Y de trompas y atabales
Al inarmónico son,
Silencio impuso al concurso,
Y en voz alta pregonó:
  «Por mandato de su alteza
«La reina, que guarde Dios,
-Y al pronunciar estos nombres
La frente al suelo inclinó,-
«Los torneos y las justas,
«De la belleza en honor,
«Que por final de estas fiestas
«El real cartel anunció,

«Quedan sin efecto; y quiere
«Su alteza, sin dilacion,
«Que yo, su heraldo de armas
«Y su humilde servidor,
«Así publique esta órden
«É intime su ejecucion,
«Al noble como al pechero,
«Al siervo como al señor,
«Que acatarla todos deben
«De clase sin distincion.»
Dijo; y de nuevo el sonido
De las trompas se escuchó;
Mas esta vez lo ahogó al punto
El murmullo atronador
Del pueblo, que no esperaba
Tan extraña solucion.
Cada cual sucesos raros
Inventaba á su sabor,
Del misterio de la órden
Dando la interpretacion:
Quien con Castilla juzgaba
Que nueva guerra estalló;
Otro de diez mil franceses
Soñaba con la invasion;
Y no faltó alguna vieja,
Que, con misteriosa voz,
Á su vecino anunciase
Del mundo la conclusion.
Mas poco á poco el concurso
El palenque abandonó:
La noche con sus tinieblas

En silencio aterrador
Trocó el alegre bullicio
Que en Tudela antes reinó.
Tal de la vida á la muerte
Es la horrenda transicion.

Suspendiéronse las fiestas
Del pueblo tan anheladas,
Que aqueja dolencia grave
Á la reina de Navarra,
Y en la ciudad no hay doctores
Que consigan aliviarla.
Mil medios nunca empleados
En vano la ciencia ensaya;
Pobre es la ciencia si ignora
De la enfermedad la causa.
Y yá los médicos dudan
Y desconfían salvarla
De la muerte, y le aconsejan
Que piense en Dios y en su alma.
Resuenan con eco triste
En la iglesia las campanas,
Al clero y al pueblo todo
Invitando á las plegarias.
Mas, ah, que en vano al Eterno
Cantos de piedad se alzan,
Que en tanto avanza la noche
Más doña Leonor se agrava,

Y yá los auxilios pide
De nuestra Fé sacrosanta.

El alto clero y los nobles
Ocupan la extensa cámara,
Contigua á la estancia régia
En que Leonor de Navarra,
Ante la eterna Justicia
Postra su soberbia vana.
El estertor de la muerte
Su respiracion embarga;
Tiembla al pensar en sus crímenes
Cuando del mundo se aparta,
Y que á Dios debe dar cuenta
De su conducta pasada.
Al pié de su lecho en tanto
Preces el obispo alza,
Encomendando al Eterno
De la régia enferma el ánima.
Reina silencio profundo,
Y la ansiedad se retrata
De los nobles circunstantes
En las inciertas miradas;
Que en presencia de la muerte
Todas las pasiones callan,
Y solo la idea surge
De nuestra mísera nada.

«Ayer Leonor, venturosa,
En su triunfo se gozaba,
Y á su frente, audaz, ceñía
La corona de su hermana:
Hoy herida por el rayo
De la divina venganza,
Muere cuando ansiosa el fruto
De sus maldades tocaba.»
Tal á la mente de todos
Este pensamiento asalta,
Que siempre el crímen oculto
Se adivina aunque se calla.

Veloz el tiempo corría,
Y yá en la iglesia inmediata
El toque de media noche
Al aire dió la campana,
Cuando el prelado saliendo
Á la puerta de la estancia,
La reina ha muerto, con grave
Eco, que el pesar embarga,
Dice á la corte, y el noble
Condestable de Navarra,
Tres veces la voz repite
Por los régias antecámaras.
Confuso rumor entonces
Se eleva del viento en alas,

Y el grito de ¡*viva el Rey*!
Entre el murmullo se apaga.
Que nadie del nuevo príncipe
Felicidades aguarda;
Y muchos presagian guerras,
Y todos males presagian.
Así don Francisco Febo
Á reinar entró en Navarra,
Y este presagio cumplido
Contempló Europa asombrada;
Que con él finó su reino,
Y en él se extinguió su raza.

El sol del siguiente dia
En el ocaso rayaba,
Cuando con grave silencio
Y con pompa desusada,
Fúnebre cortejo vióse
De cortesanos y damas,
Que, precedido del clero,
En dos filas ordenadas,
De Tudela la campiña
Lentamente atravesaba,
De inmenso pueblo seguido,
En direccion de Tafalla.
En enlutada litera,
Sin vida se contemplaba

Á la que ayer aplaudida
Del pueblo, y victoreada,
De altos y preclaros reyes
En el trono se sentaba.
Á su voz de triunfo uniéronse
Las funerales plegarias....
Subió al sólio por un crímen;
Por otro al sepulcro baja:
Quince dias reinó solo;
Murió al tocar lo que ansiaba....
¡Cuán efímera es la dicha
Que por el crímen se alcanza!

Hay en Tafalla un convento
De franciscanos morada,
Si por sus recuerdos célebre
Imponente por su fábrica.
La enlutada comitiva
Á sus puertas se adelanta,
Al fúnebre son del címbalo
Y de religiosas cántigas.
Llega al santuario trémula:
Contempla la tumba avara
Pronta á recibir los restos
De la reina de Navarra....
Yá dentro de ella los mira;
Cae la losa funeraria,

Y breve salmodia luego
Se pierde del viento en alas.
Todo acabó. Murió el dia,
Y la iglesia solitaria
Se contempla y pavorosa
Á la luz de ténue lámpara.
Mas oculta en las tinieblas
Dibújase sombra humana:
Es un hombre: su faz lívida
Cubre con su negra capa,
Pero á través del embozo
De sus ojos rayos lanza.
Un punto fija la vista
En la tumba abandonada,
Y con sonrisa siniestra
Así murmura en voz baja:
«¡Vencí!... que del fuerte á veces
«Triunfa el débil, con audácia.
«Y tú, Blanca, flor hermosa
«Por mano aleve cortada,
«Hoy ángel de luz divino
«De Dios en la excelsa estancia,
«La vista á la tierra vuelve,
«Que estás, reina, bien vengada.»
Y la iglesia abandonando
Con silenciosas pisadas,
Protegido por las sombras
Alejóse de Tafalla.

IX.

EL PEREGRINO.

La noche avanza: tras el alto cerro
Ocúltase veloz el rey del dia,
Matizando á su paso los celajes
De púrpura y de oro en suaves tintas.
Yá de la tarde el cándido lucero
Como faro en el mar fúlgido brilla,
Sus puros resplandores reflejando
Las claras ondas del Jordan tranquilas.
Reina triste silencio: es esa hora
En que natura al parecer dormita;
Es esa hora de misterios llena
En que el mortal ante su Dios se inclina.
Allá en la falda de escarpado monte,
Á la luz del crepúsculo rojíza,
Se vé á Jerusalem, la ciudad santa,
La del Rey de los reyes escogida.
Allí la palma solitaria crece
Junto á sus viejas torres derruidas,
Y el éuro pasa, y al pasar la besa,
Y entonces ella con amor suspira.
Allí en la tarde de aterido invierno,
Entre la niebla vagarosa y fria,

Destácase del Gólgotha la cumbre,
Cual un fantasma de ilusion fatídica.
Y allí está el templo que la sacra tumba
Guarda del Salvador: el alma pia,
Al ver sus muros, que la edad respeta,
De amor sagrado y de placer palpita.
¡Jerusalem! ¡Jerusalem!.... Tu nombre
Repito al son de mi inacorde lira:
¡Oh! si pudiera respirar el áura
Tibia y suave que el Jordan te envía;
Si esos tus viejos, carcomidos muros
Lográra contemplar ante mi vista,
Elevando mi espíritu hasta el Cielo
Humildoso ante tí me inclinaría.

Por los valles un tiempo florecientes,
Áridos hoy, que ostenta Palestina,
Anciano peregrino se encamina
Con lento paso á la oriental Sion.
Su triste faz revela hondos pesares:
Blanca es su barba, y su cabello cano;
Y al caminar, con temblorosa mano
Busca seguro apoyo en su bordon.

Por la edad agobiado y los dolores,
Su pálido semblante inclina al suelo,
Mas alza á veces la mirada al cielo,
Buscando alivio á su afliccion allí.

Y de la tarde al rayo moribundo
Al ver los muros del Sepulcro Santo,
Postrado en tierra y anegado en llanto,
Con viva fé cristiana exclama así:

«¡Gracias, gracias, Señor! Al fin piadoso
Concedeis lenitivo á mis pesares,
Pues contemplar me es dado estos lugares
Que vuestra sangre divinal regó.
¡Perdon, Dios de bondad! Grande mi crímen
Fué, y mas grande mi estúpida ignorancia:
Fuí regicida, y dije en mi arrogancia
Que vuestra santa mano me guió.

Amor y orgullo, con tenaz porfía,
De la senda del bien me separaron,
Y en mi agitado espíritu engendraron
Bárbara audacia y criminal rencor.
Mas vos, que en lo recóndito del alma
Adivinar podeis el pensamiento,
Sabeis, Señor, cual fué mi sufrimiento,
Cuan inocente y puro fué mi amor.

¡Ay! por Blanca sentí pasion tan ciega
Que nadie amar cual yo podrá en el mundo,
Mas de mi triste pecho en lo profundo
Tan insensato amor supe ocultar.
Ella mi reina fué, yo su vasallo;
Ahogar debí por siempre este delirio,
Sin que el afan pudiese ni el martirio
De su infeliz Ramiro adivinar.

Señor, por tan inmenso sacrificio,
Por el dolor profundo de mi alma,
Haced que sienta la apacible calma
Que en mi carrera criminal perdí.
Y tú, Blanca gentil, ángel divino,
Si en la etérea mansion tienes tu asiento,
Une á mi voz tu celestial acento,
Y de Dios el perdon halle por tí.»

Dijo: y el astro que preside al dia
Su postrimero rayo dió á su frente,
Y aureola de luz resplandeciente
Pareció de sus sienes irradiar.
Alzó de nuevo al cielo la mirada...
Su faz brilló sin sombras de tristura,
Que acaso Dios desde la excelsa altura
Quiso su acerba angustia mitigar.

Y con paso más firme, aunque pausado,
Animoso siguiendo su camino,
Vióse desparecer al peregrino
Tras las viejas murallas de Sion.
Allí de hinojos ante el ara santa
Acatará de Dios la omnipotencia...
¡Señor, Señor, muy grande es tu clemencia!...
¡Feliz él si consigue tu perdon!

ELVIRA DE LEDESMA.

LEYENDA TERCERA.

Á mi buen amigo el distinguido literato Señor Don Gonzalo Segovia y Ardizone, en prueba de consideracion y aprecio.

ELVIRA DE LEDESMA.

INTRODUCCION.

En las márgenes del Túria,
No muy lejos de Valencia,
Há siglo y medio se alzaba
En una risueña vega,
Un almenado castillo,
En cuyas ferradas puertas
Ostentábase el escudo
De una casa solariega.
Triste memoria de un tiempo
En que el feudalismo era
Un poder más respetado
Que de los reyes la alteza,
Este edificio sombrío,
Con sus torres, sus almenas,
Y sus góticas ventanas
Que guardaban fuertes rejas,

Mil historias de combates,
De invasiones y de guerras,
De doncellas y de amores
Y de fantasmas sangrientas,
Tal vez recordar hacía
Al viajero que en la amena
Márgen del Túria un momento
Detenía su carrera,
Por contemplar las murallas
De esta antigua fortaleza.
Grietas cubiertas de musgo
Y de trepadora yedra
En sus muros indicaban
Del tiempo la dura huella,
O más bien el abandono
Del hidalgo que viviera
En esta mansion llamada
El castillo de Ledesma.
Yá cruzar no se veían
Por detrás de sus almenas
Ni soldados, ni escuderos,
Ni pajecillos, ni dueñas:
Yá la voz no se escuchaba
Del nocturno centinela;
Sólo el monótono canto
De solitaria corneja,
Que de la torre en la altura
Daba al viento sns querellas,
De la noche interrumpía
El silencio por la vega.
Tal vez al incierto rayo

De la luna macilenta,
Los sencillos habitantes
De las vecinas aldeas
Gigante espectro juzgaban
Ver del Túria en la ribera,
Que vagaba silencioso
Por los prados y las selvas,
Despareciendo á la aurora
Del castillo tras la puerta.
Hoy de este edificio triste,
Fantasma de la edad media,
Mudos vestigios, ruinas
Informes tan solo restan.
Mas los ancianos pastores
De la comarca, recuerdan
Una aventura que oyeron
Contar en su edad primera,
Que diz pasó en el castillo
Allá por la misma época
En que la nacion Hispana,
Por alcanzar la diadema
Al gran Cárlos de Borbon,
Llevó á Nápoles la guerra;
Aventura misteriosa
Que de sombría tristeza
Llenó mi alma al oirla
Referir por vez primera.
Benigno, lector, acógela,
Y ojalá mi suerte sea
Tan feliz, que interesarte
Pueda un momento con ella.

Y por si dudas acaso,
Oh lector, de su certeza,
Te anuncio que yo la tengo
Por exacta y verdadera:
Si es mentira otro la dijo,
Yo descargo mi conciencia:
Á mí así me la contaron,
Y cuento lo que me cuentan.

I.

LA PROMESA.

Es una noche bella y misteriosa
De la apacible y grata primavera:
La brisa vagarosa
Rizando vá del Túria la corriente,
Y al cruzar por el valle, blandamente
El cáliz besa de las gayas flores.
En las tranquilas ondas reverbera
La blanca luna, que en el cénit brilla,
Convidando al placer y á los amores:
Á sus inciertos rayos, de Ledesma
Descúbrese el castillo,
Do reina triste y sepulcral silencio.
Libre entrada á su puerta dá el rastrillo
Que en otro tiempo valladar seguro

Fuera del vigilante centinela,
Y trás del tosco, inexpugnable muro
Todo parece reposar en calma:
Ni un rumor se percibe, ni un acento,
Que solo escucha con temor el alma
Allá en sus torres murmurar el viento.
Mas una luz incierta, vacilante,
En una de sus góticas ventanas
Trémula brilla: á su fulgor escaso
Una muger se mira que anhelante
Alza sus ojos con afan al cielo,
Contemplando la luna que al ocaso
Entre densos vapores yá se inclina:
Diríjelos despues en su desvelo
Con empeño tenaz á la colina
Do la senda se oculta
Que al castillo conduce por la vega,
Y al ver que el campo soledad respira,
En tristes pensamientos se sepulta,
Y abandonada á su dolor suspira.
Mas súbito aparece en lontananza,
Par alazan brioso conducido,
Gallardo jóven, que gentil ostenta
Firme apostura y militares galas:
Más que el viento ligero
Saltando vá las zanjas atrevido;
Á la carrera por el valle avanza,
Y si enfrena un momento al noble bruto
Con nuevo ardor á galopar se lanza.
Y llega; salva el puente,
Y detiénese al pié de la ventana;

Y tal con voz sentida se dijeron
El doncel y la triste castellana.

EL JOVEN.

Perdonadme, Elvira bella,
Si á mi pesar he tardado;
Es mi deber de soldado
Tan cruel como mi estrella.

LA DAMA.

Ahorrad disculpas, don Diego,
Y confesad sin rubor
Que en tanto apreciais mi amor
Como una carta en el juego.
Sola y triste, aquí alejada
Del mundo, paso la vida,
Como la flor escondida
Y con desden olvidada.
De mi padre al pié del lecho,
Todas las horas contando,
Mis dias huyen, aumentando
Las angustias de mi pecho;
En tanto que acaso vos,
Corriendo tras los placeres,
En brazos de otras mugeres
Me olvidais.

EL JOVEN.

Callad por Dios.
¿Quién por ventura os amára
Cual yo os amo, Elvira mia?
Es vuestro amor mi alegría;
Vuestro desden me matára.
Mas ¡ay! que el placer que siento
Junto á vos, mi dulce amiga,
Pronto la suerte enemiga
Lo trocará en sufrimiento.

LA DAMA.

¿Qué decís?

EL JOVEN.

Ah, sí; mañana
Debo partir á la guerra:
Italia será la tierra
Do la hueste castellana,
De valor haciendo alarde,
Probará á los extrangeros
Que entre españoles guerreros
No existe un solo cobarde.

LA DAMA.

Erais niño todavía

Y yá en lid cruenta, horrorosa,
Vuestra sangre generosa
Prodigábais á fé mia.
¿Cuál es, cuál, la dura ley
Que en lazo fatal os liga,
Y á abandonarme os obliga?

EL JOVEN.

La voluntad de mi rey.
Yo defenderle el primero
De sus contrarios juré,
Y en Aragon peleé
Como cumple á un caballero.
Allí á las voces sagradas
De «Pátria y Felipe quinto,»
Lanzábame al laberinto
De las huestes coaligadas.
Y del archiduque en vano
Fué el empeño y fiera saña:
Rechazóle altiva España
Con desprecio soberano.
Mas contraria al fin la suerte
Me fué en Zaragoza un dia,
Caí herido, Elvira mia,
Y por vos temí la muerte.
Triste en el lecho y postrado
Lo que sufrí bien sabeis....

LA DAMA.

Por piedad; no recordeis

Nuestro terrible pasado.
Él aumenta mi pesar
Hora que rudos azares
Lejos de los pátrios lares
Quereis de nuevo arrostrar.
Tiemblo por vos.

EL JOVEN.

Temor vano:
El cielo valor me inspira,
Y vuestro amor, tierna Elvira,
Me dá aliento sobrehumano.
Pero muy larga mi ausencia
Será tal vez, y recelo
Que vuestro amoroso anhelo
Quizá se entibie.

LA DAMA.

Creencia
Es esa indigna de vos....
De mi afecto os dí yá muestra,
Y os dije que á no ser vuestra,
Esposa seré de Dios.
¿Dudais de mí?

EL JOVEN.

No, mi vida;
Tranquilo, feliz me siento;

Mas ¡ay! que el fatal momento
Se acerca de mi partida.
Que vine aquí sin licencia
Y del rey temo el rigor:
Adios, pues; al nuevo albor
Tengo que hallarme en Valencia.

LA DAMA.

¿Tan pronto os vais?

EL JOVEN.

Sí, el camino
Debo emprender, se hace tarde:
Elvira, que el Cielo os guarde.

LA DAMA.

¡Cuán iracundo el destino
Se muestra para los dos!
¡Oh! volved pronto, don Diego.

EL JOVEN.

Que no me olvideis os ruego.

LA DAMA.

Esposa vuestra ó de Dios.

Alejóse el doncel; con faz doliente
Le vió desparecer la castellana:
Reinó el silencio, y pura y esplendente
Brilló la aurora en la gentil mañana.

II.

DOÑA ELVIRA.

Pasó el verano: con su niebla umbría
El invierno se acerca presuroso,
Ahuyentando del campo la alegría
Al embate del ábrego furioso:
Perdida yá la pompa y lozanía
Contémplase del álamo frondoso,
Y tórnase el arroyo transparente
En cenagoso y rápido torrente.

Yá no se escuchan en la fértil vega
Del viñador los plácidos cantares;
Ni el alegre murmullo de la siega,
Ni la alondra trinar en los palmares:
Yá el rumor no se siente con que juega
El áura entre los olmos seculares;
Solo triste, cual fúnebre lamento,
Óyese el silbo de huracan violento.

Á su empuje tremendo y poderoso
Las copas de los pinos sacudidas,
En sublime concierto misterioso
Parece que responden conmovidas:

Las nubes en tropel impetuoso
Acrecen en el éter suspendidas,
Cubriendo en breve con su denso velo
El puro azul del dilatado cielo.

Y ora en airoso pabellon flotante
Bellas se extienden por la excelsa cumbre,
Yá cual las olas del soberbio Atlante
Avanzan en confusa muchedumbre;
Ó yá cual fiero ejército pujante,
Luchando van, y con sulfúrea lumbre
Las hiende el rayo, y por su oculto seno
Ronco retumba rebramando el trueno.

Cuadro de inmensa majestad sublime
Que ví siempre de asombro enajenado,
Y que terror al corazon imprime
Del hombre que á su Dios tiene olvidado:
Tal vez el mundo, que doliente gime
En fratricidas luchas empeñado,
Á tan tremenda aparicion sombría
Cesa un momento en su discordia impía.

Tú eres, oh Invierno, la estacion que ofrece
Al corazon más hondas impresiones,
Y en tí mira anhelante el que padece
La imágen de sus muertas ilusiones.
Cuando el sol á tu influjo se oscurece
Y rugen los temibles aquilones,
Con nuevo afan, en desusado vuelo,
Elévase mi espíritu hasta el Cielo.

Sí, que en las graves horas de amargura
Allí buscando amor y nueva vida,
Olvidando feliz la tierra impura
Sueña quizá con su mansion querida.
Tal vez de Dios la imágen se figura
Por arcángeles bellos sostenida;
Tal vez allí de inspiracion ardiente
Halla la pura y misteriosa fuente.

Mas, ¡ay! ¿adónde se eleva
Mi atrevido pensamiento,
Que olvido en este momento
De doña Elvira el dolor?
¡Doña Elvira!... Triste y bella
Flor del viento combatida,
Que vá perdiendo la vida
Al recuerdo de su amor.

Pasa el tiempo, y la infelice,
Esperando dia tras dia,
Comprende que la alegría
Nunca podrá recobrar.
En vano la vista tiende
Por la vega solitaria,
Y entona triste plegaria....
¡Es su destino esperar!

Esperar sin que una nueva
Feliz y consoladora
De aquel á quien su alma adora
Dé alivio á su corazon.
¡Triste Elvira! ama á don Diego
Y él causa su desventura,
Que su silencio le augura
Ó su muerte ó su traicion.

¡Oh vosotras las que amais
Y de vuestro bien perdido
Ó de un esposo querido
La ausencia llorais quizá!
Vosotras pudiérais solo
De la hermosa castellana
Comprender la agustia insana
Que consumiéndola vá.

Sola y triste allá en la torre
De su hogar, la pobre niña,
Contemplando la campiña
Y del otero el confin;
O bien de su padre al lado,
Paz brindándole y consuelo,
Vive en amargo desvelo
Sin ver de su pena el fin.

Tierna avecilla que llora
Al amante compañero
Que despiadado y artero
Le robára el cazador;

¿De qué le sirve la vida
Si en vez de lozanas flores
Halla abrojos punzadores
En su perpétuo dolor?

En vano tiende la vista
Por la vega solitaria
En vano triste plegaria
Murmura al pié del altar;
Que pasa un dia tras otro,
Y á su amoroso lamento,
Tan solo responde el viento
Con su eterno rebramar.

III.

EL VIAJERO.

Es una noche de enero
Fria asaz y encapotada,
En que la luna no muestra
Su bello disco de plata.
Tal vez por acaso brilla
Con luz tímida y opaca
Del cénit en la alta cumbre

Una estrella solitaria.
Ruge el viento, y pardas nubes
Cual fiero escuadron avanzan,
Desprendiendo en su carrera
Menuda lluvia y escasa.
Brilla un relámpago á veces,
Y retumba en la montaña
Prolongado trueno, anuncio
De la tempestad cercana.
Por las fértiles llanuras
Que el Túria apacible baña,
No cruza ningun viviente,
Ni se oye una voz humana:
Solo el silencio interrumpe
Por la vega dilatada,
El ladrido de algun perro
Guardian de las cabañas,
Ó el monótono sonido
De misteriosa campana,
Que al rezo invita á los fieles
Mientras la tormenta brama.
Mas si en el ancho camino
Que se pierde en lontananza,
Y que la senda divide
Que conduce á la morada
De doña Elvira, se fija
La vista, cual sombra vaga
Veráse un hombre á caballo
Que al castillo se adelanta,
Y que á contemplarlo en breve
Con grave ademan se para.

Despues de un leve momento
De irresolucion avanza;
Llega á la puerta, y tres golpes
Con el pomo de su espada
Dando en ella, á poco rato
Se escuchan breves palabras
Del caballero en respuesta
Á una voz ronca y cascada,
Que el eco más bien de un buho
Parece que voz humana.
Pasa tiempo y el ginete
Tal vez de esperar se cansa,
Cuando la misma voz ronca
«Entrad» dice, y la ferrada
Puerta, se abre y dá paso
Al caballero que aguarda.

Y pues entró el caminante
Y la tempestad amaga,
No es justo, lector amigo,
Ó lectora, si eres dama,
La que el desenlace esperas
De esta historia mal contada,
No es justo á mi ver que siga
Sufriendo á campiña rasa

Del invierno los rigores,
Cosa en verdad no muy sana.
Salvaré si así te place,
Yá que tengo carta blanca
Para efectuarlo, del viejo
Y alto castillo la entrada;
Y aquello que vea y oiga
En sus lóbregas estancias,
Irételo refiriendo
En brevísimas palabras.

En un salon extenso y adornado
Con ricos muebles y lujosas telas,
Do se admiran los fúlgidos blasones
De la ilustre familia de Ledesma,
Á la luz que despide el chispeante,
Vivo fuego de tosca chimenea,
Se ven dos hombres, arrogante el uno,
De noble continente y faz severa,
Que viste el traje militar con brio
Aunque más de ocho lustros representa.
De rostro enjuto el otro y agobiado
Al peso de los años, manifiesta
En su triste mirada el mal terrible
Y los rudos pesares que le aquejan.
Es este el noble anciano propietario
Y señor del castillo y de la vega,

Y aquel el caminante que há un momento
Despareció tras la pesada puerta.
Al amor de la lumbre ambos sentados,
Mientras ruge á lo lejos la tormenta,
Se les escucha departir con grave
Y misteriosa voz de esta manera:

EL VIAJERO.

Dispensadme si á esta hora
Tan intempestiva vengo
Á demandar un instante
Vuestra atencion, caballero.
De un amigo moribundo
Cumplir el encargo debo,
Mision para mí sagrada
Aunque bien triste por cierto.
Voy de paso hácia la corte
Con letras para el gobierno
De su Majestad, y quise
Antes de marcharme veros.

EL HIDALGO.

Á gran honor tengo siempre
Recibir bajo mi techo
Á personas tan cumplidas
Como vos, y solo siento
No tener más digno albergue,
Buen hidalgo, que ofreceros.
Decid pues, que yá os escucho.

EL VIAJERO.

¿Recordais vos á don Diego
De Mendoza?

EL HIDALGO.

Fué su padre
Mi mejor amigo y deudo,
Á quien amé como hermano...
¡Paz hayan sus nobles restos!
Cuando la muerte cercana
Vió de sí, junto á su lecho
Hízome jurar que siempre
Velára por su heredero:
Su voluntad he cumplido;
Téngamelo en cuenta el Cielo.
Y hoy que triste y agobiado
Por la edad, cercano veo
El fin de mi vida amarga,
Préstame grato consuelo
Saber que Diego á mi hija
Ama con síncero afecto,
Y que tras de breve plazo
Tierno esposo de ella luego,
Será su sosten á falta
De este pobre anciano enfermo.
Ved, caballero, si al hijo
Del que tuve en tanto aprecio
Podré olvidar un instante:

Mas perdonad si indiscreto
Con mi digresion estuve....
Continuad pues, os lo ruego.

EL VIAJERO.

Inútil juzgo esplicaros,
Pues noticia tendreis de ello
Por demás circunstanciada,
El alto valor y esfuerzo,
Que demostró en la batalla
De Bitonto, nuestro ejército,
Por ver coronado en Nápoles
Al jóven príncipe egregio
Que ilustra los claros nombres
De Borbon y de Farnesio.
Allí lleno de entusiasmo,
Mandando los bravos tercios
De Aragon, ví á nuestro amigo,
Al valeroso don Diego.
Tres veces espada en mano,
Con frenético denuedo,
Á las trincheras se arroja
Do el enemigo á cubierto
Estaba de los disparos,
Y otras tantas con empeño
Tenaz rechazado, vióse
Obligado á dar el puesto
Á las tropas imperiales
Á pesar de su ardimiento.
El éxito de la lucha

Era por demás incierto:
Mas protegido Mendoza
Por la artillería, de nuevo
Entre una lluvia de balas
Se lanza á romper el centro
Del ejército enemigo;
Lógralo al fin, y al momento
La victoria antes dudosa
Se decide por los nuestros.

EL HIDALGO.

¡Bravo corazon el suyo!
Es Mendoza digno ejemplo
De campeones valientes.
Mas proseguid, caballero,
Que al veros tan conmovido
Me asalta el presentimiento
De alguna inmensa desgracia...

EL VIAJERO.

Desgracia grande en efecto.
Íbamos los dos, de órden
Del general, persiguiendo
Los soldados fugitivos,
Cuando de un peloton de ellos
Salió una bala traidora,
Que vino á dar en el pecho
De mi infortunado amigo...
Vacilar le ví, y al suelo

Caer, sin que yo pudiera
Remediar tal contratiempo.

EL HIDALGO.

Oh, decid, ¿y fué la herida
De gravedad?

EL VIAJERO.

Creíle muerto;
Mas ví despues que alentaba:
Hícele curar, y luego
Escoltado fué por guardias
Al cercano campamento.
Tres meses despues pasaron
Desde este dia funesto,
Sin tener noticia alguna
Del infelice don Diego.
Destinado fuí á Cápua,
Y mi inquietud y mi anhelo
Aumentábanse á medida
Que ráudo volaba el tiempo.
El permiso logré al cabo
De conmutar en mi empleo
Con un jefe amigo mio,
Y pasé á Nápoles lleno
De ansiedad, y temeroso
De un grave acontecimiento.
Á Montemar, el insigne
Caudillo de nuestro ejército,

Me presenté, y por él supe
Que Mendoza no había muerto.
Alegre corrí en seguida
Á verle en su alojamiento:
Mas ¡ay! que en vez de mi amigo,
De aquel gallardo mancebo
Lleno de valor y vida,
Hallé postrado en el lecho
Á un hombre yá moribundo,
Estenuado y sin aliento,
Á quien nunca conocido
Hubiera en tan lastimero
Estado, si de su boca
No escuchára el grave acento:
-«¡Vinísteis al fin!-me dijo:-
¡Oh! gracias á Dios que os veo.
Sentía morir sin que antes
Tuviera el dulce consuelo
De abrazaros, caro amigo,
Á vos á quien tanto debo.»
-¿Por qué morir?-contestéle;-
Desechad tal pensamiento:
Cobrad valor, que piadoso
La salud os dará el Cielo.
-«Cuatro meses há que pugno
Con la muerte, mas no puedo
Prolongar más esta lucha,
Terrible cual mi tormento;»-
Murmuró con voz tan ténue
Que apenas pude entenderlo.
Y luego en tono más firme

Añadió:-«Tomad, don Pedro,
Dos pliegos que habrá cerrados
Sobre mi mesa... uno de ellos
Es mi último *adios* á Elvira,
El otro es mi testamento.
Si muero y volveis á España,
Que los entregueis os ruego
Á don Cosme de Ledesma....»
No dijo más: un esfuerzo
Hizo supremo, y rendido
Hundió la frente en el lecho.
Entonces le alcé en mis brazos,
Mas pronto advertí que en ellos
Tan solo ¡ay Dios! estrechaba
Pálido cadáver yerto.
Cumplí su encargo y salíme
De aquel lugar de tormento,
Con lágrimas en los ojos,
Y lleno de angustia el pecho.
Y fué tan fatal mi estrella,
Que ni el adios postrimero
Al pié de la tumba pude
Dar á sus míseros restos;
Que aquel mismo dia la órden
De conducir prisioneros
Recibí; partí á Sicilia,
Y de allí con gran secreto
Venir mandáronme á España
Sin detenerme un momento.
Ayer arribé á Valencia,
Y á cumplir, doliente, vengo

La voluntad de mi amigo:
Tomadlos; hé aquí los pliegos.
-Y esto diciendo á don Cosme
Dió las cartas el viajero.

EL HIDALGO.

Asaz desconsoladoras
Son en verdad, caballero,
Las nuevas que me traeis,
Y estas lágrimas que vierto
Revelan á vuestros ojos
Mi profundo sentimiento.
Mas no por causa tan triste
Dejar de expresaros debo,
Al par que el dolor del alma,
Mi eterno agradecimiento:
Fiel vuestra mision cumplísteis
Y gracias os doy por ello.
Que acepteis hora os suplico
Mi cena frugal, y el lecho
Que tendreis yá preparado
En cómodo apartamento,
Por si restaurar os place
Vuestras fuerzas con el sueño.

EL VIAJERO.

En mucho, hidalgo, os estimo
El favor, aunque no puedo
Aceptarlo, que en mi ruta

Las horas contadas llevo.
Mas do quiera que la suerte
Me conduzca, nunca el tiempo
Borrará de mi memoria
Tan cumplido ofrecimiento.
Don Pedro de Vargas soy,
Y aunque poco valgo y puedo,
Con mi amistad fiel os brindo.

EL HIDALGO.

Y yo con placer la acepto.

EL VIAJERO.

Adios quedad, buen hidalgo.

EL HIDALGO.

Guárdeos, amigo, el cielo.

Salió el caminante,
Y á poco se oyeron
Las firmes pisadas
Del fuerte bridon;
Y allá en lontananza
Perdiéndose fueron,
Unidas al silbo
Del fiero aquilon.

Y en tanto que triste
Suspiro exhalando,
El viejo doblaba
La frente al pesar;
La luz en la estancia
Se fué aminorando,
Y todo en silencio
Volvióse á quedar.

IV.

CONSUELO EN DIOS.

¡Cuán triste á nuestros ojos
Preséntase el camino
De la azarosa vida
Si la ventura huyó!
¡Qué largas son las horas
Cuando fatal destino
Las gratas ilusiones
En nuestro pecho ahogó!

Son pálidas entonces
Las fúlgidas estrellas,
Sin brillo la alba luna
Y el rutilante sol.

Abrojos halla el alma
En vez de flores bellas;
No muestra yá la aurora
Su espléndido arrebol.

Feliz el que en la noche
De su letal desvelo,
El faro luminoso
De la esperanza vé:
Feliz el que olvidando
La tierra por el cielo,
Ventura y paz encuentra
En brazos de la Fé.

¡Oh mágica y sublime
Enseña bienhechora!
Por tí el alma cristiana
Se eleva hasta el Creador;
Pues eres, Cruz divina,
La playa salvadora
Que el hombre halla en los mares
De su cruél dolor.

Así la triste Elvira,
Que vió de su esperanza
Las bellas ilusiones
Cual vaga sombra huir,
La fuente de consuelo
En tí tan solo alcanza,
Y siente de amor puro
Su corazon latir.

¡Ah! sí; que yá á sus manos
Llegó el funesto pliego;
Yá vela parda nube
La estrella de su amor.
¡Ay míseral ¿qué espera
Del mundo audaz y ciego
Que al débil é inocente
Inmola en su furor?

¡El cláustro!... Único asilo
Do la virtud preciada
Consigue amparo siempre
Y eterno bienestar;
El cláustro solo anhela
Trocar por su morada,
Su traje por el velo,
Su amor por el altar.

Feliz el que en la noche
De su letal desvelo,
Cual ella el limpio faro
De la esperanza vé:
Feliz el que olvidando
La tierra por el cielo,
Ventura y paz encuentra
En brazos de la Fé.

No muy léjos del castillo,
En una agreste colina
Que domina
Desde la vega hasta el mar;
Se vé un humilde convento
Entre dos villas alzado,
De viejos olmos cercado
Y de un extenso pinar.

Allí, del mundo alejadas,
Viven en paz, venturosas,
Las esposas
Del divino Redentor.
Y nunca el fatal ruido
Del siglo turba su calma;
Que ellas tan solo en el alma
Guardan sacrosanto amor.

Allí busca doña Elvira
Con puro y ferviente anhelo
El consuelo
Que falta á su corazon:
Y vertiendo mudo llanto
En su celda solitaria,
Alza á Dios triste plegaria
Por olvidar su pasion.

¡Oh! pronto ceñirá el velo
Y la corona de rosas
Aromosas,
Á su frente virginal:

Pronto el son de una campana
Sus votos ¡ay! publicando,
Irá triste resonando
Como un canto funeral.

Mañana tal vez por siempre
Al Redentor consagrada,
Su mirada
No podrá al mundo volver:
Que léjos del padre anciano,
Fiel ante el ara y contrita,
Solo la imágen bendita
Podrá del Eterno ver.

V.

INQUIETUD Y ESPERANZA.

Entretanto que la bella
Y afligida castellana,
Ferviente dirige al Cielo
Sus amorosas plegarias,
Permite, lector amigo,
Que de la risueña Italia
Á las hechiceras costas
Te conduzca, do galana
Del apacible Tirreno

Parténope se levanta,
Tan hermosa como un dia,
En su concha de oro y nácar,
La diosa de los amores
Del mar de Grecia se alzára.

Más de un año ha trascurrido
Desde el dia en que la carta
Entregó y el testamento
Don Diego á don Pedro Vargas;
Dia fatal en que, atacado
De un parasismo quedára
Sin sentido entre los brazos
Del fiel amigo, que á España
Tornó en breve, de su muerte
Llevando la nueva infausta.
Al volver de aquel letargo
Y al verse solo en la estancia,
¡Cuánto sufrió!.... Delirante
Yá agitado recordaba
La llegada de Don Pedro
Y sus últimas palabras;
Yá al parecer sumergido
Quedábase en muda calma,
Mas á su ansiedad volviendo
Triste con afan buscaba
Los pliegos, y mil sospechas

Al no verlos le asaltaban.
Á veces por un momento
La verdad distinta y clara
Presentábase á su mente,
Y ver creia su carta
En poder de doña Elvira,
Que al dolor abandonada,
Lloraba su amor perdido
Y su perdida esperanza.
Presa de un vértigo entonces,
Sobre un papel intentaba
Trazar con su débil mano
Breves, sentidas palabras,
Y al comprender su impotencia
Á su delirio tornaba.
¡Oh, cuánto sufrió en un año!
¡Qué largas son, ¡ay! qué largas
Las horas para el amante
Que está lejos de su amada!
¡Qué largas para don Diego,
Que ni aun el consuelo alcanza
De expresar á la que adora
Las angustias de su alma!
Salvo por fin de la herida,
Si bien de la fiebre insana
Aun no repuesto del todo
En convalecencia larga,
Á partir yá se dispone
Para su querida España.
Yá el bajel que le conduce,
Libre de las fuertes anclas,

Sereno y gentil se mece
De Nápoles en la rada:
Y dando las blancas velas
Al blando soplo del áura,
Lento las cerúleas ondas
Surca de la mar salada.
Él, de pié sobre la popa,
Fija su triste mirada
En el lejano horizonte,
Ansiando ver de su patria
Las bellas y alegres costas,
El cielo que nunca empañan
Ni el humo de los volcanes,
Ni el vapor de impuras aguas.
¡Ay! negros presentimientos
Tal vez á su mente asaltan:
Quizá á Elvira se figura
Por siempre á Dios consagrada
Y para su amor perdida,
Y triste suspiro exhala.

¡Oh nave! parte ligera,
Rápida sigue tu marcha,
Que el amante que conduces
Vuela en pos de una esperanza.

Azul esta el cielo,
El mar está en calma,
Y lánguido pliega
El viento sus alas.

Boga, boga, marinero,
Deja la risueña Italia,
Al dulce son no te duermas
De amorosa serenata.

Hermosa es la noche,
La luna argentada
Tranquila se eleva
Rielando en las aguas.
Boga, boga, marinero,
Deja la risueña Italia,
Al dulce son no te duermas
De amorosa serenata.

Mil quejas de amores
Dá el mar á las áuras,
Que el eco, dolientes,
Repite en la playa.
Deja, deja, marinero,
Esas costas encantadas,
Que el doncel que vá en tu nave
Vuela en pos de una esperanza.

I.

LA SORPRESA.

Es del mes de febrero una mañana
Encapotada, silenciosa y fria,
En que la aurora entre la niebla umbría
Pliega su manto de topacio y grana.

Pálido el sol desde el lejano oriente
Lanza entre nubes macilento rayo,
Y los bosques en lánguido desmayo
Tristes le miran ocultar su frente.

Fuentes y aves, árboles y flores,
Todo parece reposar en calma;
Mudo reposo que entristece al alma,
Imágen de la vida sin amores.

Allá del Túria por la amena orilla,
Sobre noble alazan fuerte y brioso,
Camina un caballero presuroso,
Y la impaciencia en su mirada brilla.

Don Diego es: en su amoroso pecho
Lleva la horrible duda y los temores...

¿Será que al más cruel de los dolores
Sienta su corazon pedazos hecho?

Sin padres, sin fortuna, el puro anhelo
Le alienta solo de su amor profundo:
¿Qué esperanza le resta yá en el mundo
Si halla á su Elvira consagrada al Cielo?

Por eso en el afan que le devora
Acelera impaciente su camino,
Y el velo que oscurece su destino
Quisiera descorrer en una hora.

Absorto vá: tan solo el pensamiento
De hallar á Elvira cruza por su mente;
Mas viene á herir su oido de repente
La lúgubre campana de un convento.

Y este son, eco triste y misterioso
De una plegaria alzada en el retiro,
Le arranca á su pesar hondo suspiro,
Que el céfiro recoge silencioso.

Y rendido tal vez al implacable
Influjo de fatal presentimiento,
O llevado del puro sentimiento
De humillarse ante el Dios solo adorable;

Su marcha, inquieto, al monasterio guia,
Do en perpétua quietud felices moran
Vírgenes castas, que al Inmenso adoran,
Lejos del mundo y su asechanza impía.

Llega; y dejando el alazan atado
De un fuerte roble que á su paso encuentra,
En el humilde santuario entra,
Siempre de dudas y ansiedad cercado.

Solitaria está la iglesia;
Apenas la luz del dia
Por estrecha celosía
Llega en ella á penetrar;
Y este rayo macilento,
Que confuso se distingue,
En las antorchas se extingue
Que iluminan el altar.

Al verse don Diego solo
En tan oscuro recinto,
Perdido en el laberinto
Que su mente se forjó;
Al predominio cediendo
De aquella profunda calma,
Con terror vago en el alma
Ante el ará se postró.

Su misterioso tañido
La campana repetía,
Y acompasado se oía
Flébil cántico sonar;

Y este monótono acento
Que hasta don Diego llegaba,
Ora cerca se escuchaba,
Ora lejos, resonar.

Las anchas naves, de gente
Fuéronse á poco llenando;
Y los cánticos cesando
Viéronse al coro salir,
Las vírgenes venturosas
De aquel tranquilo convento,
Que vuelven con triste acento
Sus preces á repetir.

Luego por estrecha puerta
Que oculta en el muro estaba
Y que á un átrio inmenso daba,
Cual mágica aparicion,
Varios monges venerables
Salir al templo se vieron,
Que al coro se dirigieron
Cantando en místico son.

Alzóse el triste mancebo
De santo temor henchido,
Y á los monges, abatido,
Con planta incierta siguió:
Y del coro ante la reja
Con lento paso llegaron;
Y los cánticos cesaron,
Y la campana calló.

En breve reinó en la iglesia
Un silencio pavoroso,
Y al reflejo misterioso
De trémula claridad,
Bella una jóven novicia,
Ceñida de blancas rosas,
Se vió entre las religiosas,
Aun más bella en su humildad.

Y oyósela que juraba
Al Eterno amor perenne,
Y que el voto hacía solemne
De perpétua reclusion....
¡Ay! que al oir su voz pura
Y aquella promesa luego,
Sintió helársele don Diego
La sangre en el corazon.

Tal vez creyóse un momento
Presa de fatal delirio,
Y de tan cruel martirio
Quizá librarse intentó:
Y frenético á la reja
Lanzóse en su afan ardiente,
Y extático frente á frente
De doña Elvira se halló.

No era un sueño: ora por siempre
Por siempre ¡ay Dios! la perdía:
¿Quién yá en el mundo podría
Sus angustias mitigar?

Triste, abatido, sus ojos
En doña Elvira fijaba,
Y ella absorta lo miraba
Entre dudas y pesar.

En el semblante del jóven
Tal ansiedad se leía
Que ella con muda agonía
Su dolor al comprender,
Sintió su valor extinto,
Y desfallecida al suelo,
Envuelta en el blanco velo,
Viósela en breve caer.

Entonces en el concurso
Sordos murmullos se alzaron,
Y en don Diego se fijaron
Cien miradas á la par;
Mas él sin hacer aprecio
Del pueblo que murmuraba,
Siniestro plan meditaba
Insensato, realizar.

Fijó de nuevo los ojos
En doña Elvira un instante,
Y pálido, delirante,
De la reja se apartó:
Y entre la apiñada gente
Paso abriéndose, altanero,
Salvó la puerta, y ligero
Montó á caballo y partió.

VII.

LA MANO DE DIOS.

Yá con gigante paso, presurosa,
Avanzaba la noche,
Y del brillante luminar del dia
El rayo postrimero
En su estrellado manto recogía:
Yá entre la densa bruma de occidente,
Que velaba su frente,
El héspero gentil desparecía;
Cuando don Diego triste y agobiado
De su dolor al peso, entre las sombras
De un alto bosque, con incierta planta,
Vagaba silencioso,
Á un fatal pensamiento abandonado.
Al cansancio rendido
Yá su bridon había
Entre las duras peñas sucumbido;
Mas él siempre guiado
Por oculto designio caminaba,
Y á pié y solo, del monte en la espesura
Por las estrechas sendas se internaba.
Era lóbrego el bosque; por la oscura

Techumbre que formaba
El espeso ramaje de los pinos
Y de los viejos sáuces macilentos,
Apenas penetraba el tibio rayo
De la menguante luna,
Y el silencio tan solo interrumpían
De tan triste lugar los ráudos vientos,
Que ora leves, en lánguido desmayo,
Y sonoros la selva acariciaban,
Ora rudos, violentos,
Los árboles con furia sacudían
Y en las cóncavas peñas retumbaban.
Mas ni el horror del bosque
Detiene ni el rugido
Del huracan al infeliz don Diego,
Que enajenado y ciego,
Y abandonado á su terrible suerte,
Entre sombras perdido
En su angustioso afan busca la muerte.
La muerte, sí; la horrible
Y desastrosa muerte del suicida
Anhela en su delirio,
Que yá la dulce vida
Es solo para él atroz martirio.
¡Mísero amante! Cual la garza herida
Trepando vá por las gigantes rocas,
Y con inquietos ojos el horrendo
Precipicio midiendo
En que pueda dar fin á sus dolores.
Á veces un momento en su camino
Detiénese y suspira,

Y dulcemente murmurando «Elvira,»
Un recuerdo consagra á sus amores,
Que en acerbo pesar trocó el destino....
Mas ¡ay! que á los suspiros de amargura
De su angustiado corazon doliente,
Responde solo embravecido el viento,
Como en tremendo son el mar hirviente
Del triste náuta al dolorido acento.
Y yá cerca se hallaba
De la sima espantosa
Que buscaba en su loco desvarío,
Para el funesto sacrificio impío
De una existencia mísera, que odiosa
Era yá para él; que solo enojos
Y llanto y amargura le ofrecía;
Cuando una luz incierta y misteriosa,
Que en escondida cueva aparecía,
Mostróse de repente á su mirada:
Á contemplarla se paró un momento,
Y, cual guiado por secreto instinto,
Por la senda escarpada
Siguió que á la caverna conducía,
Y penetró en su lóbrego recinto. (10)

Y hallóse en una ermita
Oculta y silenciosa,
Iluminada apenas
Por macilenta luz:

Del Redentor del mundo
La imágen milagrosa
Allí se contemplaba
Pendiente de la cruz.

Y tanta mansedumbre
La noble faz mostraba
Del Celestial Cordero
Y tal dolor al par,
Que al verla el triste amante
Sintió que comenzaba
Un rayo de luz pura
Su mente á iluminar.

Y mil gratos recuerdos
De su tranquila infancia
Confusos le asaltaron
En rápido tropel;
Y vino á su memoria
La férvida constancia
Con que su tierna madre
Rogaba á Dios por él.

¡Su madre!... Al recordarla
Sintió calmar su anhelo,
Y su delirio insano
Entonces comprendió:
Y suspiró por verla
En el radiante Cielo,
Y ante el altar contrito
Y humilde se postró.

«Perdon, perdon, Dios mio,
-Clamó con triste acento-
Conozco tu clemencia,
Comprendo tu poder:
Soy polvo miserable
Que al soplo de tu aliento,
Cual átomo en los mares,
Podré desparecer.

«Mas tú, que por el hombre
Regaste en negro dia
La tierra con tu sangre,
En prueba de tu amor,
La calma de los justos
Concede al alma mia,
Y de mi triste suerte
Apiádate, Señor.

«Perdona si un momento,
Tus leyes olvidando,
En mi fatal delirio
De tu bondad dudé:
De hoy más mis vestiduras
Por un sayal trocando,
Mi débil existencia
Á tí consagraré.»

Calló el doncel: cercada
La efigie milagrosa
Mostróse ante sus ojos
De célico esplendor:

Y oyó que en blando acento
Voz dulce y misteriosa,
«En mi bondad confía,»
Le dijo con amor.

Quedó por un instante
En éxtasis profundo
Don Diego sumergido
Ante el Supremo Bien;
Y tal vez se alejaba
Su espíritu del mundo,
Abiertas contemplando
Las puertas del Edén.

Y yá cuando á su vista,
Cual sombra vagarosa,
Desparecido había
La célica vision,
Mostróse en su semblante
La calma venturosa
Que plácida inundaba
Su ardiente corazon.

Feliz el que en la noche
De su letal desvelo
El faro luminoso
De la esperanza vé:
Feliz el que olvidando
La tierra por el Cielo,
Ventura y paz encuentra
En brazos de la Fé.

EPÍLOGO.

Han pasado tres años. Un sepulcro
Del convento en la iglesia se levanta;
Lámpara macilenta allí fulgura
Que con su ténue resplandor lo baña.
Grabado el noble escudo de Ledesma
Se vé en la blanca losa funeraria,
Que los despojos de la triste Elvira
Aquella tumba silenciosa guarda.
Cuando en la noche la argentada luna
Por la anchurosa vega solitaria,
Reverberando en el tranquilo rio,
Su tibia luz, benéfica derrama,
Vése un monge llegar hasta el castillo
Y detenerse al pié de la ventana
Do en otro tiempo venturosa Elvira
Á su inocente amor se abandonaba.
Quizá un recuerdo allí viene á su mente
Y hondo suspiro de su pecho exhala,
Mas luego vuelve la mirada al cielo
Y pausado á emprender torna su marcha.
Mírasele llegar al santuario,
Ante el sepulcro detener su planta,
Humilde arrodillarse, y en silencio
Al Inmenso elevar tierna plegaria.
Y aparece tranquilo aunque en su frente

Sus huellas el dolor dejó marcadas....
¿Quién el arcano penetrar podría
De su profunda, misteriosa calma?
Dios, solo Dios que en la afliccion nos muestra
El puerto de segura bienandanza.
¡Dichoso aquel que en su bondad confía!
¡Alzad, humanos, al Eterno el alma!

LA PRIMERA VUELTA AL MUNDO.

ROMANCE HISTÓRICO.

Al Sr. D. Luis Vidart,
ilustrado filósofo y distinguido critico,
en prueba de sincera amistad.

LA PRIMERA VUELTA AL MUNDO.

ROMANCE HISTÓRICO.

I.

ANHELO DE GLORIA.

Por los evorenses campos,
Á la tibia luz del alba,
Con direccion á Castilla
Un hombre en silencio avanza.
Camina desalentado,
La frente al suelo inclinada,
Grabados llevando en ella
Los pesares de su alma.
Ingratitud, desengaños
Hicieron su vida amarga,
Y vió eclipsarse entre nubes
La estrella de su esperanza.

Soñando glorias y aplausos,
De ignotos mares las aguas
Cruzó con heróico aliento,
Renombre dando á su patria.
De Hernando de Magallanes
Las portentosas hazañas,
Desde la India hasta Europa
Veloz publicó la fama.
Mas ¡ah! que al volver gozoso
Á la corte lusitana,
En vez de aplausos y glorias
Tan solo desprecios halla.
Turba vil de cortesanos,
De esos que adulando alcanzan
Inmerecidos honores
Y que á la virtud ultrajan,
El afecto le robaron
Del confiado monarca,
Y de él desdeñado al verse,
Volvió los ojos á España.
¡España! que altiva entonces,
Al esplendor de sus armas,
Terror de reyes y pueblos,
En dos mundos dominaba.
¡España! nacion insigne
Que al genio acoge entusiasta,
Y, al par que guerrera triunfa,
La luz del saber propaga.
Allí, al pié del regio trono,
El gran Cisneros se alza;
Hijo del pueblo, elevado

Por sus virtudes preclaras.
  Él solo comprender puede
De Magallanes el ánsia,
Su noble anhelo de gloria,
Sus proyectos y esperanzas.
  Por eso el audaz marino,
De alto pensamiento en alas,
Apoyo busca en Castilla
Para empresas arriesgadas.
  Yá llega á la márgen bella
Del undoso Guadiana,
Que entre ambos pueblos se extiende
Cual ancho cendal de plata;
  Yá de la feliz Iberia
En las campiñas se halla,
Y su frente descubriendo
Con trémula voz exclama:
  «¡Salve nacion poderosa,
Noble tierra hospitalaria!
¡Oh! dame el sosten que en vano
Busqué en mi nacion ingrata.
  Al sabio Colon un dia
Tendiste tu mano franca,
Y él, de tu bondad en pago,
Un mundo rindió á tus plantas.
  Dame acogida: mi mente
Cual la suya inquieta vaga,
Y el cielo muestra á mis ojos
Desconocidas comarcas.
  Por mí del Sud en los mares
Tu enseña gloriosa izada,

Aclamado en cien regiones
Verás el nombre de España.»
  Así dijo: conmovido
La vista tornó á su patria,
Y al darle el *adios* postrero
Lanzó un suspiro del alma.
  Dos lágrimas resbalaron
Por sus mejillas tostadas,
Que una historia de dolores
Y de ansiedad revelaban.
  Y alzábase el sol radiante
Sobre la enhiesta montaña,
Cuando dejó el buen marino
La orilla del Guadiana.

II.

LA PARTIDA.

  Es una tarde de estío,
Tarde apacible y serena,
En que el sol brilla sin nubes
Y la brisa el rostro quema.
  En la ciudad populosa
Que el altivo Julio César
Cercó de muros y torres
Y que manso el Betis riega,

Curioso el pueblo se agita,
Y en oleadas inmensas,
Del claro, apacible rio
Se extiende en ambas riberas.
Allí á un tiempo se confunden
El soldado con la dueña,
El noble con el pechero,
El monge con la mozuela.
Todos á un punto la vista
Dirigen con impaciencia;
Y unos con malicia rien,
Y otros con ardor vocean.
En el muelle de Triana
Vense cinco carabelas
Prestas á surcar los mares
Que bañan ignotas tierras.
Las cinco dan orgullosas
Al viento sus blancas velas,
Y en sus mástiles izada
Se vé la hispana bandera.
Mas una de ellas tan solo
Escudo imperial ostenta,
Signo supremo de mando
Del gefe que la gobierna.
Este, severo y tranquilo,
Á las miradas se muestra
Del pueblo, que entusiasmado
Y alegre le victorea.
Mas no falta entre las turbas
Quien hondos temores sienta;
Y, presagiando desastres,

Á los náutas compadezca.
No falta quien sonriendo
Suelte á críticas la lengua;
Séres menguados que siempre
El genio á su paso encuentra.

-Decidme, seor soldado,-
Una anciana con tristeza
Pregunta;-¿Dó van las naves?
¿Anuncio serán de guerras?
=Desechad vuestros temores,
-El soldado le contesta;-
Esas naves solo anuncian
El alto poder de Iberia.
Ellas en remotas playas
Ostentarán nuestra enseña,
La luz de la Fé llevando
Y el saber que España encierra.
-Difícil, seor soldado,
Y arriesgada es tal empresa;
Plegue á Dios no hallen la muerte
Los que buscan fama en ella.
=Si mueren.... grato es la vida
Dar á la patria en ofrenda;
Será un altar cada pecho
Do viva su gloria eterna.
Felices ellos, anciana,
Que honrar á Castilla anhelan,

Y altos timbres y blasones
Rendir á sus plantas sueñan.

-¿Quién es el audaz marino
Que manda las carabelas?-
Pregunta á un paje gallardo
Una recatada dueña.
=El ilustre Magallanes,
Cuyo nombre es en América
Y en Europa respetado
Por su valor y su ciencia.
-Nunca supe que en España
Caudillo tal existiera,
Ni encomiado su talento
Escuché, ni sus proezas.
=Buena dueña, no es extraño
Lo ignoreis; lejanas tierras
Descubrió, pero en su patria
No le honraron cual debieran..
Al perínclito monarca
Que altivo en Castilla reina
Hoy sus servicios ofrece,
Y él, justo, su arrojo premia.
Ved: de Santiago en su pecho
Colocó la roja enseña,
Y allá del Sud en los mares
Campo á su valor presenta.

-Mucho el favor á extrangeros
En la corte recomienda;
Y suelen ser tales dones
De los españoles mengua.
=Callad, que injusta ofendeis
De la majestad la alteza:
Lo manda Cárlos y....—Es justo:
Que humilde el pueblo obedezca.
=Es justo, sí: que si el sabio
Con su fama el mundo llena,
Patria del sabio es el mundo:
¡Que honrado por todos sea!

Así murmurando unos,
Y otros la voz en defensa
De la expedicion alzando,
Roncos el espacio atruenan.
En tanto el gran Magallanes
Áncoras levar ordena,
Y á su voz vibrante y firme
Se dá la armada á la vela.
Yá, cual cisnes, se deslizan
Las gallardas carabelas,
Del padre Betis undoso
Por la corriente serena.
Brillar se mira entre todas
La Victoria, que ligera
De Juan Sebastian del Cano
Obedece á la hábil diestra.
Cano, en Vizcaya nacido

Y de noble descendencia,
Su denuedo en la mirada
Y en la alta frente revela.
Fiel y entendido piloto,
Sereno al timon espera
Las órdenes de su gefe,
Que al punto cumplidas quedan.
Al verlos partir se agrupa
Más la muchedumbre inmensa,
Y agitando blancos lienzos
Con gritos el aire puebla.
«¡Viva la armada española!»
Clama de entusiasmo llena;
Y este *viva* el manso Betis
Al mar en sus ondas lleva.
Mas yá los buques se ocultan
Del rio en las anchas vueltas,
Y los vítores se apagan,
Y á poco el silencio impera.
La multitud pesarosa
Á sus hogares regresa;
Los vió partir, mas no sabe
La suerte que les espera.
Tendió la noche su velo,
Y la luna amarillenta
Alumbró con tibio rayo
La abandonada ribera.
Ni naves se ven ni pueblo,
Soledad profunda reina,
Mas en el alma de todos
Grabado el recuerdo queda.

III.

EN EL MAR.

Allá van las naves bellas
Por medio la mar undosa,
Aguas y vientos cortando
Con sus elevadas proras.
Allá van... Solo las guia
Del Sud por la extensa zona
La inmensa audacia de un hombre
Sediento de honor y gloria.
Mas su espíritu sublime
Con fé pura se acrisola;
Él la doctrina de Cristo
Llevará á playas remotas.
Por eso Dios lo protege
En su ruta peligrosa....
La cruz brilla en su bandera
Y la cruz su empresa abona.

Largo tiempo ha trascurrido,
É inhospitalarias costas
Solo á sus ojos se muestran
De áridas islas ignotas.

Paso hallar para el Oriente
Por el Sud solo ambiciona,
Porque dé la vuelta al mundo
La noble enseña española.
No con mas ardor anhela
La tierna y amante esposa,
Tras larga ausencia, el regreso
Del esposo á quien adora,
Que el marino lusitano
Ver coronada la obra
De su arriesgado viaje
Con el láuro de victoria.
¡Ay! qué mar, hondos bajíos,
Tierra inculta y escabrosa,
Hielo eterno, que en su marcha
Le detiene y le aprisiona,
Solo mira; y en los buques
Alzarse amenazadora
De rebelion la voz fiera,
Pidiendo su muerte pronta.
Mas si la esperanza al débil
En los riesgos abandona,
Aun más en ellos el fuerte
Muestra el valor que atesora.
Alza su voz Magallanes,
Y á sus parciales convoca,
Y á poco la imbécil chusma
Vencida á sus piés se postra.
«¡Perdon, perdon!» gritan unos;
«¡Muerte, muerte!» otros pregonan,
Y la inmensa mayoría

La ordenanza fiel invoca.
«Que se cumpla» clama entonces
El marino con voz ronca,
Y á sus capitanes llama
Y á discusion los provoca.
En el consejo opiniones,
Cual siempre, contradictorias
Surgen, pero vence al cabo
La justicia vengadora.
Fulmínase con presteza
La sentencia expiatoria,
Que de terror conmovida
Escucha la chusma toda.
Y á poco de las entenas
Á merced del viento flotan
Las cabezas de los jefes
De la rebelion traidora.

Tras largo, aterido invierno
Su faz primavera asoma,
Y rumbo hácia el austro polo
Las naves de nuevo toman.
Cuatro de ellas al impulso
De los vientos salvar logran
Los escollos, mas la quinta
Se detiene temerosa.

Don Álvaro de Mezquita,
Su capitan, á la aurora
De un dia frio y nebuloso,
Tras noche oscura y medrosa,
Solo se encuentra en los mares;
Y, sumergida la flota
Juzgando, cambia de rumbo,
Y la vuelta á España toma.
Presa de vagos temores
Puerto al fin alcanzar logra,
Do esparce nuevas que llenan
De angustia á Castilla toda.
Cada cual á su capricho
Las comenta y las destroza,
Que está la lengua del vulgo
Siempre á comentarios pronta.
Unos creen á Magallanes
Cautivo de fieras hordas,
Otros náufrago le juzgan,
Y su triste fin deploran.
En tanto el noble marino
Salvar el estrecho logra
Que dará á la edad futura
Testimonio de su gloria:
É inmenso luego á su vista,
Entre asombrada y dudosa,
Preséntase un mar, tranquilo
Cual bello lago de Escocia.
Plegaba allí el fiero noto
Sus alas impetuosas,
Y osaba rizar apenas

Las gallardas banderolas.
¡Ni un rumor! Lentas las naos
Por sus aguas silenciosas
Se deslizan: Magallanes
Mar Pacífico le nombra.
Mas pasan meses, y nunca
Los náutas la tierra abordan,
Agua y cielo solo miran
En muda calma horrorosa.
Yá el hambre reina en los buques,
Y la peste asoladora
Extiende su yerta mano
Y á cien víctimas inmola.
En tal situacion, al Cielo
Plegaria elevan piadosa;
Solo Dios salvarlos puede,
Y humildes su gracia imploran.

¡Un dia más! ¡Oh! ¿Sordo el Cielo
Será á su oracion devota?
¿Tendrán por premio la muerte
Á su aspiracion honrosa?
No, no; que á la luz radiante
Del sol, que las aguas dora,
Un punto se vé, que en isla
De allí á poco se transforma.

«¡Tierra! ¡tierra!» grita Cano
Desde el navío *Victoria*,
Y este inesperado grito
El gozo á los pechos torna.
Todos la vista dirigen
Á la isla salvadora
Y dando al Eterno gracias,
La rodilla humildes doblan.
La tarde avanza: yá llegan
Á la suspirada costa,
Y muéstranse á sus miradas
Fértiles selvas umbrosas.
Clava en tierra Magallanes
La hispana enseña gloriosa,
Y un «¡Viva España!» resuena
Repetido por las ondas.
Espira el dia: entre nubes
El sol al ocaso toca;
Su último rayo refleja
En la bandera española.
Dichoso el bravo Marino,
De alegría el alma loca,
Así díce al bello astro
Que los espacios colora:
«¡Oh sol, que partes sereno
Á alumbrar la culta Europa,
Lleva la nueva contigo
De nuestra feliz victoria.
Sepa España que su enseña
Radiante en Ásia tremola:
Dí á la Reina de dos mundos

Que es del mar del Sur señora»
Quiere seguir; mas su acento
La viva emocion ahoga,
Y de júbilo en sus ojos
Dos lágrimas puras brotan.
Al par sus fieles marinos
Cual él de entusiasmo lloran,
Y tierno suspiro envían
Á su patria venturosa.
Sobre ellos tranquila noche
Tendió su apacible sombra,
Y aun se escuchaban sus ecos,
Repetidos por las olas.

VII.

LA MUERTE DEL CAUDILLO.

¿Por qué el pabellon los buques
Bajan en señal de duelo
Y en los mástiles ondean
Negras flámulas al viento?
¿Por qué en los rostros se mira
De los fieles marineros
Terrible ansiedad pintada

Y profundo descosuelo?
¿Ruje acaso airado el noto,
Y en el mar, antes sereno,
La tempestad se desata
Con ronco y temible estruendo?
No; que no empaña una nube
El azul del firmamento,
Y apenas el agua riza
Con blando rumor el céfiro.
¿Por qué, pues, en los semblantes
Ese dolor mudo, intenso,
Y esa ansiedad se retratan?
¿Por qué, por qué, justo Cielo?
¡Ay! que el sabio Magallanes,
De marinos prez y ejemplo,
Lejos de su patria duerme,
Duerme perdurable sueño.
Surcar mares ignorados
No era bastante á su anhelo,
Dar quiso á la noble Iberia
Nuevos, católicos reinos.
Y en Yubagana, en Zebut
Y en Mautan, con alto esfuerzo,
Propagó la ley de Cristo
Entre los rudos isleños.
Empero muchos, audaces,
Sus palabras desoyeron,
Cerrando, torpes, los ojos
Á la luz del Evangelio.
Trabóse horrible contienda,
Y en duro choque sangriento

Allí murió por España
Y por la Fé combatiendo.
Olvidados, confundidos
Quedaron sus nobles restos;
Ni una cruz se alza en su tumba,
Ni de amor mudo recuerdo.
No su sombra sáuce amigo
Extenderá sobre ellos,
Ni en blando rumor sus hojas
Suspiros darán al viento.
Mas, ¿qué importa, si en las almas
De sus bravos compañeros
De su valor y su gloria
Viven siempre los recuerdos?
Sí, sí; buen Marino; en vano
Te siguió destino adverso,
En vano te cubre el ángel
De las tumbas con su velo;
Tú brillarás de la fama
En el encumbrado templo,
Cual brilla espléndido Arturo
En la inmensidad del cielo.
Brillarás; pero, ¿qué digo?
¿Quién, ora, tendrá denuedo
Para completar tu obra
Y alcanzar seguro puerto?
Yá tres de las fuertes naves
Perdidas los náutas vieron,
Que nada resistir puede
Á los embates del tiempo.
Una resta: poderosa

Luce erguidos masteleros,
Y yá sus velas extiende
Al leve soplo del éuro.
¿Perecerá, cual las otras,
Del mar en el hondo seno,
La gloria de Magallanes
Con ella despareciendo?
No, no será: es la *Victoria*;
La manda piloto diestro,
Que sabrá triunfar osado
De los rudos elementos.
Vedle impasible: yá ordena
Levar áncoras; los riesgos
Nunca el valor aminoran
De su corazon sereno.
¡Oh Cano! cántabro insigne,
De náutas claro modelo,
Sigue impávido; tu triunfo
Asombrará al universo.

V.

EL REGRESO.

Es del templado Setiembre
Una apacible mañana,
De esas que lucen tan solo

En la risueña Vandalia.
Bella se muestra la aurora
En su trono de oro y nácar;
Tímida á su luz fallece
Blanca estrella solitaria.
Sereno el mar las riberas
De Puerto-Lucero baña,
Y en blando rumor le envía
Olas de luciente plata:
Olas que al vecino bosque
Lánguidos suspiros lanzan,
Que amorosas les devuelven
Las puras, fugaces áuras.
En la florida Sanlúcar
Ni un acento se levanta;
Tranquila al sueño se entrega
Por las ondas arrullada.
Desierto el mar aparece:
Solo inmóviles se alzan
Varias naves, allá lejos,
Del Betis en la ancha entrada.
Mas súbito se presenta
Negro punto en lontananza,
Que vá creciendo á medida
Que hácia el puerto se adelanta.
Ser alto buque se observa
Del sol á la lumbre clara,
Que lleva gallardo al viento
Cien banderas desplegadas.
Ráudo la distancia acorta
Que del puerto le separa,

Y mientras más se aproxima
Con más rapidez avanza.
Llega al fin: los marineros
Aferran foques y gavia,
Sueltan áncoras, y á poco
Retumban sonoras salvas;
En bronco son anunciando
Cuatro cañones por banda
Á la descuidada gente
La venturosa llegada.
Conmuévese el pueblo todo,
Y presuroso á la playa
Á saber la causa corre
De novedad tan extraña.
Todos la preguntan: nadie
Razon dá que satisfaga
La justa ansiedad del pueblo,
Que inútilmente se afana.
Mas yá una chalupa arroja
La tripulacion al agua,
Y un jefe con seis remeros
El muelle del puerto gana.
Yá sube, yá le rodea
La multitud... Sus palabras
Rayos son que de alegría
Conmueven todas las almas.
Es Juan Sebastian del Cano,
Honor y prez de Vizcaya,
Que logra al fin ver, dichoso,
El puro cielo de España.
Consigo de cien naciones

Trae de sumisíon la carta,
Digno presente que lleva
De Castilla al gran monarca.
¡Oh dicha! De gozo lleno,
El pueblo en calles y plazas,
Cual mar hirviente se agita,
En confusas oleadas.
Yá el bronce herido en las torres
Su voz al espacio lanza,
Y á recibir sale el clero
Al feliz é ilustre náuta.
Por do quier prorumpe en *vivas*
La muchedumbre entusiasta,
Y en ellos de Cano el nombre
Sube del céfiro en alas.
Así premia justo el pueblo
Su heroismo y su constancia.
¡Felices los que tal honra
Por sus virtudes alcanzan!

¡Noble España! alza la frente,
Vuelve en torno la mirada:
No existe nacion que pueda
Eclipsar tu ínclita fama.
Tú la primera reinaste
De América en las comarcas,
Mas esto á tu heróico brio

Y á tu ambicion no bastaba.
  Era poco: ser quisiste
De polo á polo aclamada,
Y altiva la vuelta al mundo
Dió tu bandera preclara.
  ¡Oh! sí; la primera fuiste
Que pudo empresa tan alta,
Triunfante llevar á cabo
Ante la Europa asombrada:
  La primera que orgullosa
Miró llegar á sus playas
Á los de América unidos
Los ricos frutos del Ásia.
  ¡Noble España! alza la frente;
Muestra esas brillantes páginas,
Do tu poderío inmenso,
Do tus victorias resaltan.
  Y vosotros, oh marinos,
Que de su grandeza en aras
Ofrecísteis vuestras vidas,
Llenos de ardiente esperanza;
  Magallanes, Cano insigne,
Ved cuán altos se levantan
Hoy vuestros nombres, orgullo
De españoles entusiastas.
  Sí: que al par que cien confines
Del índico mar los guardan,
De Iberia en los fastos brillan
Entre inmarcesibles palmas. (12)

ADIÓS Á MI LIRA.

Si en plácido acento
Cien trovas al viento
Dió, Ercilia adorada, mi labio en tu honor:
Si pude un momento
Soñar con la gloria,
Del vate aspirando á la alta victoria,
Tú fuiste mi numen, mi estrella tu amor.

Á tí fatigado
Llegué, y abismado
En tristes ideas, ansiando morir:
Y al son acordado
De tu harpa de oro
Lució mi esperanza, de dicha tesoro,
Y en Dios confiando pedíle vivir.

Y dulce consuelo
Obtuve del Cielo,
La paz á mi alma, supremo favor;
Y en férvido anhelo
Pulsando la lira,
Cediendo al encanto feliz que me inspira,
Humildes cantares elevo al Señor.

De antiguas historias
Las gratas memorias
Despues, cara Ercilia, ansioso evoqué.
Por tí las victorias,
Por tí los amores
De cien damas bellas, los fieros rencores
De altivos monarcas, cantar anhelé.

Y ansié en mi desvelo
El lóbrego velo
De antiguas edades, fogoso rasgar:
Y en rápido vuelo
Alzando la mente,
De Grecia la sabia, de Roma potente
En versos sonoros los triunfos narrar.

Mas ¡ay! que humillado
Sentíme y postrado
De tanta grandeza al vivo esplendor:
En vano alentado
Soñé con la gloria,
Con fúlgidos láuros de grata victoria...
Juzgueme pequeño, faltóme valor.

¿Será que no alcanza
Falaz la esperanza
La dicha soñada jamás á cumplir?
¿De grata bonanza
Jamás en el suelo
Fulgura la estrella, y solo en el Cielo
Sus rayos divinos veremos lucir?

¡Ah! si: de la vida
La dicha mentida
Veloz desparece, cual niebla otoñal.
La imágen querida
De gloria, un momento
Feliz nos halaga, mas pasa cual viento,
El alma llenando de angustia mortal.

Tras mágica aurora
La luz bienhechora
Que alumbra á los genios ansié con ardor.
Mas, ah, engañadora
De mí se retira,
Y hoy triste diciendo ¡adiós! á mi lira
En tí busco amparo, consuelo en tu amor.

Ercilia, perdona
Si digna corona
De triunfos gloriosos jamás te ofrecí.
Mi sien yá abatida
De nieve se cubre,
La mente sin vida
Ni finge ilusiones, ni glorias descubre;

La edad de los sueños pasó para mí.
Mas tú, Ercilia mia,
Serás grato puerto do busque la calma;
Serás á mi alma
Raudal misterioso de eterna poesía;
Y si alzo de nuevo mi canto algun dia
De amor siempre un eco tendrá para tí.

Sevilla. Julio de 1867.

FIN.

NOTAS.

1. Esta composicion obtuvo en los certámenes poéticos celebrados por la Academia Bibliográfico-Mariana de Lérida el año de 1863, la lira de plata y oro, primer premio destinado á la oda por aquella corporacion.

2. Alúdese en estos versos á la favorable acogida que en Alemania y Francia ha obtenido por muchos la obra impía de Mr. Renan titulada *la vida de Jesús.*

3. S. M. la reina doña Isabel II fué la primera que contribuyó con una respetable suma para que el antiguo templo fuese restaurado.

4. Alude el autor á la solicitud que la Diputacion Arqueológica Sevillana elevó á S. M. la Reina, por conducto de S. A. R. el infante D. Sebastian Gabriel, á fin de conseguir una subvencion del Gobierno para continuar las escavaciones.

5. Este pensamiento y otro análogo del romance siguiente, son imitaciones de la introduccion á *la oracion por los caminantes*, del precioso devocionario de niños titulado *La guirnalda de la inocencia*, que con tanta aceptacion ha dado á luz mi amigo el Sr. Carbonero, á quien dedico esta poesía.

6. He aquí la bellísima composicion original del ilustre escritor francés entusiasta de las glorias y de las poéticas tradiciones de nuestra patria.

Á CEUX QUI DÉMOLISSENT

L' ARC DE SANCHO ORTIZ.

—C'est l'arc sous lequel le Cid d'Andalousie provoqua en duel et tua, par ordre du roi, Bustos, son ami et le frère de sa fiancée.—

Quand le noble Bustos expira sous le glaive,
De sa main défaillante il montra cet arceau,
Et dit: «Que la nuit tombe ou que le jour se lève,
Tant qu'il sera debout, tu gémiras sans trève,
Te souvenant, Ortiz, que tu fus mon bourreau.»

Et le voilâ tombé, l'arc aux souvenirs sombres!
Vieux témoin de Bustos, te voilâ condamné!
Et ce soir, au milieu de tes tristes décombres,
Pendant que j'evoquais les deux tragiques ombres,
Une voix murmurait: Ortiz est pardonné!

C'est bien. Son crime fut le crime de cet âge,
Où quand le roi parlait il fallait obéir.
Il eut, aimant la sœur, le sublime courage
De défier le frère; et d'un ferme visage,
Dans la maison du mort il rentra pour mourir.

Dors, brave Ortiz! mais toi qui, dans ta frénesie,
Et d'un bras désormais que rien n'arrètera,
Vas arrachant du sol de notre Andalousie
Les monuments de l'art et de la poésie,
Niveleur sans pitié, qui te pardonnera?

Seville, avril, 1862.

7. Aluden estos cuatro versos á la admirable verdad con que el Sr. Romea representa los papeles de Gloucester y Tom, en los dramas *Los hijos de Eduardo*, y el *Campanero de San Pablo.*

8. La sentencia de nulidad del matrimonio de doña Blanca de Navarra con don Enrique de Castilla, fué confirmada por el Papa Nicolas V en noviembre de 1453, un año antes de que don Enrique ocupase el trono. El autor se ha permitido alterar en dos años la fecha de los sucesos, á fin de dar mas interés al diálogo de doña Blanca y su esposo, y de velar en lo posible el motivo bochornoso que se alegó para la separacion de ambos cónyugues.

9. D. Modesto de la Fuente en su Historia de España, tomo IV. Cap. XXIX pág. 433, al hacer mencion de la carta dirigida por doña Blanca á su esposo, en la que le cedia sus derechos al reino de Navarra, dice, refiriendose á un escritor español, que *no puede leerse, aun despues del trascurso de tanto tiempo sin que se enternezca el corazon más duro.*

El autor de este libro, que deseaba dar á conocer tan interesante carta, no ha podido conseguirlo por mas esfuerzos que ha hecho: en su lugar inserta á continuacion dos de los notables documentos que referentes á este suceso existen en el archivo de Simancas, y que por mediacion de su buen amigo el Sr. don Gonzalo Segovia y Ardizone, debe al distinguido literato vallisoletano Sr. don Francisco Ruiz de Verzosa, que con suma amabilidad se prestó á hacer la más escrupulosa búsqueda en el citado archivo.

Archivo general de Simancas.
Capitulaciones con Aragon y Navarra.
Legajo n.º 1.º

COPIA

del estracto de las declaraciones y cesion del Rey de Navarra hecha por Doña Blanca á favor de Don Enrique IV año de 1462.

JHS.

Lanyo mcccclxij el xxiij dia de abril en la orden de Ronces en presencia de mi el notario e testigos infra escriptos, la muy yllustre señora la princessa doña blanca primogenita é propietaria senora del Regno de navarra, dixo como á ella levaba contra su voluntad e forçada *entre* la tierra de ultra puertos el Senor Rey don johan de aragon su padre etc. et en cara segun era informada la avia de desterrar é deseredar del dito Regno e la tener presa en poder del Rey de francia ó conde de foix e avia de ser. . . . (1) . . .ada e podria ser compelida a fazer Renunciacion donacion o allenacion del drecho que ella avia en el dito

(1) Las primeras letras de esta palabra no se leen.

Regno e en otras partes agora fuese al dito conde e a su muger fijos e nuera o al Ynfante don fernando daragon o a otras etc. et caso que lo tal acaesciese que aquello faria forçada e contra su voluntat etc. e venia á presumir et creer estas cosas sobreditas o algunas dellas le fuesen puestas aldelante ella fiziesse porque de algunos dias aca le tenia el dito su padre goardas etc. e porque constase de su voluntàt por entonzes estando en su plena libertad e sin que goardas algunas presentes fuesen dixo que en caso que ella fiziesse donacion Renunciacion o otra allenacion del dito Regno o de parte dell o de otras tierras senorios e drechos que a ella en cualquiera otra parte pertenesciesse etc. assaber es a los ditos condes de foix, su muger fijos nuera e ynfante don fernando e a otros algunos excepto al señor Rey de Castilla e conde de armeynach dixo et protesto que aquella desde agora para la ora que revocaba cassaba y anulaba y queria fuesse cassa nula e de ninguna valor como actos ó cosas que por fuerça e contra su voluntat y en grandísimo danyo e perjuicio suyo e de los que della avrian causa serian fetos etc. et requir ser retenido acto publico etc. Testigos Pero Perez dirurita canbiadineros X.s (cristobal) de Vergara m.l dostal de la dita princessa.—Notario Boronder.—

Ano ut supra. El xxvj dia de abril en la villa de sant johan del pie del puerto la dita senora princessa dixo como ella era certifficada que era concordado et concluido entre el dito Rey de aragon su padre e el Rey de francia e conde de foix que ella fuesse sacada del dito Regno de navarra e pribada del drecho e dominio de aquell e devia ser puesta fuera del dito Regno en poder

del dito Conde de foix en vearne etc. e lo tal acaesciendo veyase faria por la total destruccion suya e de sus drechos. . . . (1) . . . . e que por proveyr cuanto podia a la salut e reparacion de sus persona e

(1) Está roto el papel del original.

dijo que encomendando sus ditas persona e drechos al senor Rey de Castillà conde darmeynach conestable de navarra don johan de beaumont e pero perez dirurita etc. a ellos juntamente e a cada uno divisamente creaba e fazia creo constituyo e fizo por sus ciertos e bastantes procuradores para demandar procurar aver e cobrar la livertat de su persona et en siguiente el dito Regno de navarra ques suyo de drecho ó cualesquiere otros senorios tierras (2) e drechos que ella ha e le pertenescen etc. e si por otra via aquesto obtener non podran ayan de mover e fazer guerra e cobrar la persona suya y el Regno e otros drechos suyos etc. et generalmente para fazer todas aquellas cosas que a ellos junta e divisamente parezcan ser fazederas etc. assi mesmo dandoles poder para tratar e firmar matrimonio della e por ella con cuoalquiere Rey e Senor que a los ditos procuradores bien visto sera etc. dandoles para todo lo suso dicho e lo incedent dello la dita princessa todo su poder conplido vezes vozes e lugar etc. e aver por bueno todo lo que por ellos o cualquiere dellos sera feto etc. se obligo con todos sus bienes etc. et renuncio su fuero etc. Testigos Xs. (cristobal) de Vergara é don m.l dororbia—Notario Boronder.—Año mes dia lugar e testigos contenidos supra. La dita senora princessa constituyo por sus procuradores bastantes al dito Pero perez dirurita e m. dirurita su hermano e a cada uno dellos para que ellos o cualquiere dellos como avian ovido noticia que ella avia feto alguna donacion renunciacion

(2) Puede leerse «acciones.»

o otra alienacion del dito Regno o de parte dell e de otros senorios e bienes suyos a los ditos conde de foix su muger fijos nuera e ynfante Don Fernando o a otros. . . . (1) . . . excepto al Rey de castilla e conde darmaynach etc. ayan a reclamarse e reclamen ante el papa Rey de Castilla su consejo, cort o auditores o otros Reyes e jueces eclesiasticos e seculares del todo lo que ella avia feto en fa. . . . (2) . . . dellos como de cosa que sera feta contra su voluntat e forçada etc. e pedir los remedios convenientes de drecho para la anichilacion de cuanto por ell. . . . (3) . . ; sera assi feto segun es contenido per el acto de la protestacion por ella antes de agora feto.

(1) No se lee por estar roto el original.

(2) Está roto el papel.

(3) Roto el papel.

JHS.

Lanyo mcccclxij xxix[s] dia de abril en la villa de sant johan del pie del puerto en presencia de mí el notario e testigos infra scriptos la muy yllustre senora la princessa doña blanca primogenita e senora propietaria del Regno de navarra, dijo como el senor Rey don johan Rey de aragon su padre e otros caballeros naturales de navarra contraveniendo a ciertas promesas que feto le avian en dias passados que no passaria ella mas adelante que ponp (1) o caso que day passase no mas abant que de la dita billa de sant johan et que todavia en sus honor regno de navarra e drechos que a ella como a primogenita del dito Regno pertenescian non le seria en Res prejudicado ni a ella lebarian alla sino por tratar e concluir matrimonio con el

(1) Ponplona.

duch de berri hermano del Rey de francia agora de nuevo el dito senor Rey su padre le mandaba yr a sant pelay ques frontera del senorio del Rey de francia e de bearne et era a pleno certificada quel dito su padre e caballeros nabarros que con el eran tenian acordado en lugar de casarla desterrar y echarla del dito Regno suyo de navarra e la poner en poder del dito Rey de francia, o conde de foix presa ó detenida en castillo e le avia á costreynir a que fiziese Renunciacion donacion o allenacion del dito Regno de navarra enterament o de parte dell e de otros bienes senorios e drechos a ella pertenescientes, assaber es al dito conde de foix su muger fijos y nuera ques hermana del dito Rey de francia o al infante don fernando ques fijo del dito Rey de aragon o ad algunas otras personas los quales ella tenia por formados qui avian seydo causa o causadores de los graves danyos et muerte del glorioso senor principe don Karlos primogenito de los Regnos de aragon e propietario senor del Regno de navarra e por muerte dell ella avia suceydo drechamente en el dito Regno de navarra e non contentes del enorme caso feto en el dito Principe veya que assi bien a ella querian desterrar e deseredar del dito Regno suyo e la poner en poder de sus enemigos donde no dudaba le tratassen presto la muerte de su persona en pues de quitadole el dominio del Regno e bienes e o por le quitar dello por acometer e fazer de los cuales ditos dos casos e por cada uno dellos ella creya de drecho el dito conde de foix ni la infanta doña leonor su muger hermana de la dita princessa ni fijos algunos suyos en pues dias della no deviessen suceyr en los ditos Regno e bienes por ellos o algunos dellos aver cabido en los ditos muer-

te e desterramiento e apresonamiento de los ditos principe defunto e della que era princessa etc. et queriendo ella conoscer y conosciendo los grandes afanes y trevajos que por el Rey don johan Rey de castilla que fue e en pues ell el senor Rey don enrrique Rey de castilla primo hermano de los ditos principe e princessa ata aqui an seydo suportados e los grandes socorros e ayuda que en persona con grant número de gentes e gastos an feto ata aqui al dito principe por Recobrar el dito Regno de navarra que a el de drecho pertenescia e a ella en pues dias del e mirando que ninguno mejor pueda a ella ayudar e Recobrar livertat de su persona ni el Regno quel dito don enRique Rey de castilla et en cara caso que ella finase sin aver livertat ni cobrar el dito Regno veya que ninguno podia emprender ni demandaria mejor la muerte del dito principe ni en cara la de ella quel dito Rey don enRique por los Respectos suso ditos e por otras justas causas que exprimir no curaba la dita yllustre princessa certificada de todo su buen drecho no forçada falagada ni por otra ninguna via ni arte engaynosa a ello fazer inducida antes de su buen grado e sincera voluntat a ello movida, dixo que fazia en la meior forma que de drecho fazerlo podia fizo cession e pura e acabada donacion entre bibos e por ninguna manera no rebocadera por ingratitut ni por otro caso alguno que sea o ser pueda al dito Rey don enRique para si e sus herederos succesores e ovientes causa assaber de todo el dito Regno de navarra e del diretto dominio daquell e de todos los senyorios tierras Rentas e drechos que ella avia e ha e le pertenesce de aver assi en el dito Regno de navarra como en los Regnos de castilla en cuoal-

quiere manera e por cuoalquiere titulo causa o razon que sea o ser pueda dandole facultat e autoridad para quel en cuoalquiere manera que le placera aya e se pueda aprovechar e apropiar del dito Regno e de todas las otras Rentas ordinarias y extraordinarias a dominio daquell e regir e gouernar por si e sus diputados aquell como Regno e cosa propia del cual dito Regno e de los otros senorios tierras Rentas e drechos conpresos en la dita donacion del dito Rey de castilla aya é pueda disponer por siempre a su voluntat como de cosa propia etc. Todavia la dita princessa con tales condiciones fizo la dita donacion quel dito Rey de castilla aya de travajar e travaje por via de guerra cuanto possible le sea de aver e cobrar la persona della en livertat y en pues de aver é cobrar el dito Regno para que ella durante su vida lo tenga e possida aprovechandose e manteniendo sobre ell, e si era caso que ella casase e oviese fijos legitimos el dito Regno sera para ellos y el dito Rey de castilla relaxara aquell esentamente la dita princessa o sus fijos pagandole las expensas que seran por el fetas en Recobrar la livertat della y el dito Regno etc. et en caso que la livertat della aver nou se podiese o ovida la dita livertat la dita princessa fallesciesse sin criaturas legitimas, en tal caso el dito Rey de castilla terna por suyo propio el dito Regno de navarra y todos los otros senorios tierras e Rentas que ella ha ó le pertenescen de aver en castilla toda vez con tal condicion quel dito Rey don En-Rique sea tenido de vengar las muertes del dito principe e della etc. e con que el aya de sustentar favorir e ayudar e darles vida e mantenimiento onesto al conestable e a sus fijos a don johan de veaumont e a sus hermanos e a los cria-

dos e servidores del dito principe e princessa a saber es a aquellos que lealmente les han servido etc. la tal dita princessa ovo en convenio prometio e se obligo tener et serbar la present donacion e contra aquella no ir ni venir ni la rebocar e caso que contra ello fuesse o la rebocasse quiso que lo tal non valiesse etc. para lo cual se obligo so pena de un milion de doblas de oro etc. la cuarta parte para la sede apostolica etc. e las tres partes para el dito Rey de castilla etc. obligando a ello el dito Regno, e todos los otros sus bienes e drechos etc. et Renuncio su fuero e todas otras leyes e drechos etc. e a mayor conplimiento prometio e juro su buena fe de tener e cunplir todo lo sobredito e contra ello no yr ni venir etc. Testigos X^{s}=(cristobal) de Vergara m^{l}. dostal—e pero perez de yrurita canbiador.— notario Boronder.—

Es copia.—Francisco Diaz.

10. La cueva de que aquí se hace mencion, conocida con el nombre de Cueva-Santa, se halla situada entre la provincia de Valencia y la de Castellon de la Plana. Son innumerables los milagros que se refieren de las efigies que en ella se veneran.

11. Magallanes partió de Sevilla con cinco buques el 10 de Agosto de 1519. (Robertson: Histoire de l'Amérique, tomo III. pag. 248.)

12. Juan Sebastian del Cano arribó á Sanlúcar el 7 de Setiembre de 1522, habiendo dado la vuelta al globo en tres años y veintiocho dias. (Herrera, decad. 3, lib. 1.°, cap. 3.°; lib. 2.°, cap. 1.°-Pigafetta ap.-Robertson, tomo 3.°, pág. 252.-Segun Sandoval, cronista del Emperador Cárlos V, Cano no arribó á Sanlúcar hasta el 6 de Setiembre de 1523.)

ÍNDICE.

Págs.

Prólogo. VII

POESIAS LÍRICAS.

A Dios en el augusto sacramento de la Eucaristía. 5
A la Sma. Vírgen María en Monserrat. 8
A la muerte de Jesús. 20
A Jerusalem. 23
A Ntra. Sra. de Castellanos. 27
En la restauracion del templo de Ntra. Sra. de la Soledad. . 31
A Ntro. Sto. Padre el Papa Pio IX. . , ... 34
A S. M. la Reina D.ª Isabel II, en su llegada á Sevilla. . . 39
A SS. AA. RR. los Srmos. Sres. Infantes Duques de Montpensier, con motivo de la restauracion de la capilla de Valme. Soneto. 44
A S. A. R. el Srmo. Sr. Infante don Sebastian Gabriel de Borbon, en las ruinas de Itálica. 45
Al mar. 48
Recuerdo de la adolescencia. La vuelta de las golondrinas. . 55
A mi madre en una enfermedad. 60
A los soldados heridos en la guerra de Africa. Soneto. . . 64
El Otoño 65

En la solemne profesion religiosa de Sor Magdalena de los Dolores Chaves 69
A mi apreciable amigo don Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca. Soneto. 72
La amistad. A Ercilia. 73
En el album de la Srta. D.ª Manuela Fernandez de Salamanca. 75
Hero y Leandro. 77
A S. M. la Reina D.ª Isabel II en su visita á Itálica. Soneto. 81
Betulia libre. Traduccion de P. Metastasio. 82
Al insigne pintor Murillo. 84
Anhelo del alma 89
En el album de la Srta. doña Ana de Ibarra 90
A Ercilia. 92
A un amigo poeta en sus bodas 95
A Polonia en 1863 97
El llanto de una madre. En el regreso de los valientes marinos españoles, vencedores en el Pacífico. 101
Las ruinas de Itálica 106
Agitacion de amor. 112
A mi buen amigo el Marqués de Cabriñana. Soneto. . . . 114
En la primera misa de mi querido amigo el joven Pro. don Luis G. Herrera. 115
A S. M. la Reina D.ª Isabel II en su llegada á Badajoz. . . 118
A mi querido amigo don Narciso Campillo Soneto. 121
A los demoledores del arco de Sancho Ortiz. Traduccion de Mr. A. de Latour. 122
A mi querida amiga la Sra. doña María del Pilar Sinués de Marco. 124
A don Julian Romea. Soneto. 126
La muerte de Safo. 127

SUEÑOS DE PRIMAVERA.—LEYENDAS.

Introduccion. 137
La Peña de Martos. Leyenda primera 141
Desdichas de una reina. Leyenda segunda. 169
Elvira de Ledesma. Leyenda tercera. 303
La primera vuelta al mundo. Romance histórico. 355
Adiós á mi lira. 380
Notas 385

BOSTON PUBLIC LIBRARY.

CENTRAL LIBRARY.

ABBREVIATED REGULATIONS.

One volume can be had at a time, in home use, from the Lower Hall, and one from the Bates Hall, and this volume must always be returned with the applicant's library card, within such hours as the rules prescribe. No book can be taken from the Lower Hall of this Library, while the applicant has one from any Branch.

Books can be kept out 14 days, but may be renewed *within* that time, by presenting a new slip with the card; after 14 days a fine of *two* cents for *each* day is incurred, and after 21 days the book will be sent for at the borrower's cost, who cannot take another book until all charges are paid.

No book is to be lent out of the household of the borrower; nor is it to be kept by transfers in one household more than one month, and it must remain in the Library one week before it can be again drawn in the same household.

The Library hours for the delivery and return of books are from 9 o'clock, A. M., to 8 o'clock, P. M., in the *Lower Hall;* and from 9 o'clock, A. M., until 6 o'clock, P. M., from October to March, and until 7 o'clock, from April to September, in the *Bates Hall.*

Borrowers finding this book mutilated or unwarrantably defaced, are expected to report it; and also any undue delay in the delivery of books.

***No claim can be established because of the failure of any Library notice to reach, through the mail, the person addressed.

[50,000, Nov., 1870.]